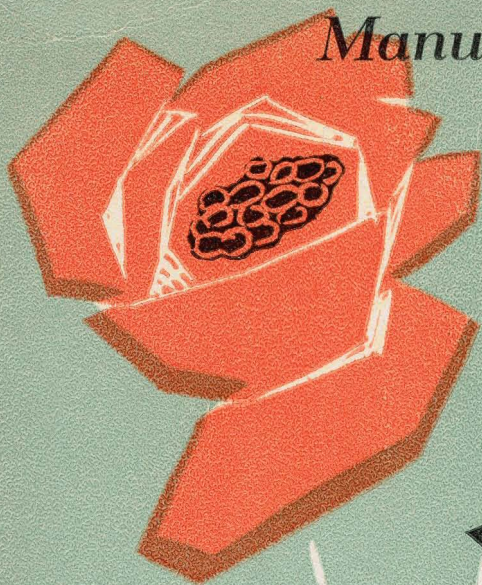


Manuel Socorro



AMAPOLA

(NOVELA)

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1969

HLG 8278 X

MANUEL SOCORRO



AMAPOLA

CANARIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>126096</u>
N.º Copia <u>623890</u>



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1969

Depósito Legal G. C., 222-1969

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

LOS TRABAJOS DEL ESTUDIANTE

«Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza... y en haber dicho que padece pobreza me parece no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto».

«No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer aún, llegan al grado que desean».

CERVANTES.

Capítulo XXXVII de la I Parte del «Quijote».

El paisaje de la Vega de San Mateo no es muy conocido. ¿Cuántos de los que pasean por la carretera del Centro se fijan en él? El paisaje de la Vega de San Mateo es muy bello. Un gran valle entre montañas y laderas. Vallecillos, como los de la Lechuza y Lechucilla. Laderas, como la del Mesón. La Montaña Cabreja, ancha y panzuda, con laderas de pinos, chumberas, viñas, castaños, nogales...

La Vega de San Mateo está separada de las vegas de Valsequillo por una pequeña cordillera llamada el Montañón.

En las estribaciones del Montañón, hay lugares bellísimos y famosos, con ribetes mitológicos, según el cronista más famoso de las Vegas. ¿Quién no ha oído hablar de la Cueva del Sol? ¿Por qué la Cueva del Sol? El sol tiene una larga carrera que recorrer durante el día. Hay que imaginarse al dios Febo en su carro, cuando sube las cuestas del Montañón va ya jadeante. Los caballos sudorosos, fatigados, desean sombra y descanso. Febo se compadece de ellos, y, al encontrar un lugar fresco, los desunice, les sirve pienso y se tiende en él cuan largo es a descansar. ¿Verdad, lector, que es atrayente y simpática la historia de este lugar?

¿Por qué escogió Febo este estratégico lugar frente a la Vega de San Mateo y no otros de las bellísimas Cumbres canarias? Caprichos del dios —dice uno de los más famosos cronistas de Las Vegas—. Pero no hay tales ca-

prichos. Fue la atracción que en su ánimo ejerció el recrearse en tanta belleza como desde allí se domina.

Y los vecinos de Las Vegas, agradecidos y admirados. Ahí es nada albergar por unas horas, diariamente, al padre del día, y brindarle placer y fresco reparador.

Pero el orgullo de la Vega de San Mateo no reside solo en esto. Está principalmente en la fecundidad de sus tierras, que hacen de esta región un vergel. ¿Quién no se ha deleitado, cuando hace viaje a La Cumbre, en los cercados colmados de huertas frutales, en las laderas ocupadas por bosques de castaños, en los caminos y veredas bordeados de arbustos cargados de encendidas pomos o de racimos de uvas negras y apetitosas?

La Vega de San Mateo es un paraíso. Hasta los terrenos más baldíos ofrecen huertas de duraznos, recreo y admiración del turista.

Y cuando vamos por la carretera, que a Valsequillo conduce, tenemos que parar el coche muchas veces ante el cúmulo de bellezas naturales, o conseguidas por el trabajo del hombre. Sobre todo, cuando se llega al Calero, entrada de la Lechucilla.

Es la Lechucilla uno de los valles más pintorescos de esta región. Se halla al terminar las montañas del Saucillo. Toda ella es un vivo tapiz de castaños y huertas frutales. Casas de labor, de tipo canario, están esparcidas por todo el valle. Hay cronistas que nos hablan del origen mitológico de estas bellezas naturales de la Lechucilla.

Un día —dicen— tuvo que ausentarse de La Cumbre el pastor Siete Fuentes. No llovía. El ganado se moría de hambre. ¿A dónde acudir? Iré —dijo— al dios Febo para que mitigue sus rayos y permita la venida de la lluvia. El mejor sitio para hablar con él era la Cueva del Sol.

—¿Estás aquí, Siete Fuentes? Ayuda a desenganchar los caballos. ¿Qué hay de nuevo por esa Cumbre?

—Muchas cosas y muy tristes. El ganado se muere de hambre y de sed. Los rayos solares lo secan todo.

—Sois unos gandules. No trabajais. Os pasais el día echados detrás de unas rocas, hablando mal de otros. Arad, sembrad, cubrid de arena las llanuras, canalizad los riegos y tendreis comida para vosotros, y pastos para vuestros ganados.

Y en estas pláticas y discusiones se pasaron toda la tarde.

Febo le preguntó a Siete Fuentes por una zagala muy rubia que un día había visto pasear por los Llanos de la Pez. Siete Fuentes malhumorado le respondió que no la conocía, ni le interesaban las zagalas.

—Soy viejo —le dijo—. Mi cuerpo está helado. Mis ojos cansados. Mesa Llana colma todas mis aspiraciones. Soy ejemplo de moral.

—¿Qué dices, hipócrita? ¿Tu, viejo? ¿Tu, moral? ¿Crees que desconozco tus conquistas por esas Cumbres? Sabes. Tu sabes de esa zagala. ¿Es tu coima, sinvergüenza?

—No. No. No. Soy un ser sincero y veraz.

—¿Tu, veraz?

Y se levantó Febo echando llamas por los ojos. Engancha sus caballos. Sube en su carro. Tiende el látigo y corre volando por el Montañón, lleno de ira.

Siete Fuentes, camina, dando zancadas por esas laderas en dirección a los Saucillos. Aquí cae, allí se levanta, hasta que llega al pie de una gran montaña, donde da un mal paso. Cae cuan largo era. Allí estuvo tres días y tres noches, sin poderse levantar.

Pasaron unos vecinos de la Lechucilla. Le atendieron. Uno de ellos le llevó a su casa. Le curó con unos emplastos y sanó.

Siete Fuentes reanudó el camino hacia la Cumbre, no sin antes dar las gracias por la hospitalidad:

—Para demostrar mi agradecimiento haré de vuestro valle un jardín de frutales, de viñedos, de bosques de castaños, mieses copiosas y frutas de todas clases. El sol pasará por aquí y no os quemará. El aire os acariciará. Las aguas brotarán a raudales de vuestras montañas.

¿Se han cumplido las promesas de Siete Fuentes? Desde luego. La Lechucilla es uno de los rincones más bellos de la Vega de San Mateo.

2

A la Vega de San Mateo es mi paseo predilecto en verano. Así que se sale del pueblo, hacia el barrio del Cantillo, a una y otra parte de la carretera, que hacia Valsequillo conduce, nos encontramos con el fino y metuculoso trabajo de estos agricultores. ¡Qué sinfonía de colores, de sonidos y de aromas! Huertas de duraznos, cultivo de lechugas, sembrados de millo, de trigo. Ambiente aromado. Zumbido de insectos, que liban las mil flores de los zarzales de las cercas. Cantos de alegres pájaros. Bullir de agricultores que cuidan de sus cosechas. Charloteo del agua por las acequias, o que cae en los estanques, o que corre, parlera, por las acequias. Cantos cadenciosos de las mozas que lavan. Griterío de niños que juegan por los caminos.

Y a medida que subimos por la carretera se intensifica este ambiente de geórgica virgiliana.

Y esto un día y otro día. Caminamos despacio para mejor gozar del momento. De vez en cuando una casita

a uno y otro lado de la carretera. Una mujer que tiende ropa. Un niño que ríe junto a su hermano. Una moza que cesa en sus cantos, al advertir nuestra presencia.

Pero de todas estas casas llama poderosamente la atención una recién construida. Blanca, huecos acabados de pintar. Patio lleno de tiestos con flores. Arbolitos muy jóvenes. Geranios rojos y rosados en las esquinas. La casita es sencilla, bella y atrayente. Piso alto que da a la carretera y piso bajo, o sótano, hacia el barranco de Los Chorros y la Montaña Cabreja. Situación estratégica. Está situada en medio de una huerta de castaños añosos.

¿Quién la habita? Mi curiosidad queda excitada nada más verla.

En medio del jardincito, y junto, casi, a la carretera, se sienta una señora joven, con una niña en el regazo. La madre, de vez en cuando, da un beso a su hijita. La niña ni juega en el jardín, ni sale nunca de los brazos de su madre. Ni ríe ni llora. La madre tampoco se mueve de su sitio. A veces apoya —pensadora— la cabeza sobre las manos y piensa, piensa... ¿En qué piensa esta joven madre?

A veces levanta la cabeza, y sus ojos quedan fijos en la Montaña Cabreja, que enfrente se alza, panzuda y retadora.

Se nota que la madre que allí está inmóvil, como una Madona de Rafael, no es de este pueblo de la Vega de San Mateo. ¿Será una familia de Las Palmas que pasa aquí una temporada? Eso parece.

Y no distraen a esta joven madre de su ensimismamiento los habitantes bullangueros que residen en las habitaciones del piso bajo. Ni la mujerona que lo habita siempre traficando, unas veces con la escoba en la mano, otras atendiendo a las gallinas y palomas, conejos y cabras. Ni el ladrar del perro que amarrado está dentro de

su choza. Ni el incesante y monótono piar de gorriones en los castaños vecinos.

Esta joven parece, más bien, la estatua del dolor.

Al verla así, un día y otro día, una semana y otra semana, entra en uno gran curiosidad.

¿Quién será esta joven madre? ¿Por qué está siempre sentada? ¿Por qué no se pasea por estos lugares? ¿Por qué la niña no juega, y juega y ríe detrás de las mariposas? ¿Por qué ocurre esto todos los días? ¿Todos los días tarde y mañana?

Aquí hay un enigma. Aquí se oculta un secreto. Aquí hay un alma que sufre. ¿Cómo se llama esta señora? ¿De dónde es?

Este secreto hay que desvelarlo.

Hasta que un día en que el cronista deja el coche y hace el paseo a pie, se tropieza con la mujerona que habita en el piso bajo de la casa en cuestión.

—Señora, perdone mi curiosidad. ¿Me puede decir quién es esa señora que vive en el piso alto de la casa que usted habita?

—Nada le puedo decir. Es una familia de Las Palmas, que tiene una niña enferma. Según me dicen ella es natural de la Vega de San Mateo.

—¿De la Vega de San Mateo? Me extraña verla siempre sola y que no esté con ella el marido.

—El marido trabaja en Las Palmas y viene por las tardes, cuando sale del trabajo. Si usted quiere más detalles otro día puedo dárselos. Son las doce y me estarán esperando mi hijo y mi marido que llegan del trabajo.

—Gracias, señora.

Esta señora encubre una historia muy interesante. Tanta melancolía, tanta tristeza, pose tan dramática debe tener un contenido muy sugestivo.

3

Un domingo cualquiera. Salgo de paseo por mi ruta habitual. Habían pasado bastantes días de la entrevista con la mujer del piso inferior, al que habitaba la Madona de Rafael.

¡Cómo me atrae siempre la vegetación exuberante de este Barranco de los Chorros! Pero aún me atrae más la incógnita de la Madona.

¿Cómo se llama? ¿Cuál es su marido? ¿Por qué ha venido a la Vega?

Me gusta el paseo, pero me intriga toda esta problemática.

En domingo, la gente agricultora descansa. Y hasta los pájaros parece que cantan de otra manera. Los insectos están dormidos. El mirlo silva más suavemente. Los chicos corren silenciosos.

Pero, en cambio, los coches no cesan. Suenan las bocinas y los conductores parece que van locos. El paisaje es más tranquilo y más callado. Grupos de hombres, mujeres y niños se sientan al margen de la carretera. Y hablan, hablan, hablan. Y ríen.

La naturaleza toda se ve de otra manera el domingo que en los otros días de la semana.

Paso por delante de la casita. No está la madona sentada en su silla en aquel momento. En cambio, en medio del patio se halla repantigado en un sillón un señor de alguna edad. Cara barbada y unos ojos saltones. Se mueve con bastante soltura sobre la butaca. Tiene la niña de la madona en sus brazos. Y se ríe con ella. Más allá está una señora que habla con el señor.

Me fijo:

—¡Ah, este señor es don Jaime García, alto empleado del Banco Hispano en Las Palmas! Esa señora debe ser su esposa. Y la niña su nieta. Han venido a pasar el domingo con el hijo en la Vega. Porque ya no me cabe duda. El hijo de don Jaime es el marido de la madona. ¡Cómo disfruta don Jaime con su magnífico puro!

El velo se va descubriendo.

Pasé de largo. Pero me iba contento. El secreto se iba aclarando poco a poco.

Pocos días después me encuentro a un amigo, empleado del Banco, quien me lo aclaró todo. Fernando, el hijo de don Jaime, se casó con una chica de la Vega de San Mateo, llamada María de los Dolores. Este joven matrimonio tenía una hija enfermita, a quien los médicos habían recetado campo y sol. Y encontraron esta casa junto al barranco de los Chorros. Don Jaime y su esposa pasaban algunos domingos en la casa de su hijo.

Y algo más me dijo el amigo:

—En casa de los señores García hubo una explosión de júbilo al nacer la niña. Es que el matrimonio no tuvo hijos durante dos años. Los padres no salían de casa de Fernando. Siempre contemplando a la hermosa criatura. Pero al cumplir el año la niña se enfermó. La vieron todos los especialistas de Las Palmas, y la niña no curaba. Al fin, uno de ellos le recomendó el campo, cuyos aires le vendrían muy bien. La niña estuvo tres meses y siempre se hallaba mal. Mucha palidez. Debilucha. Inapetente.

Los gastos crecían. Ni el sueldo de don Jaime ni el de Fernando, también empleado del Banco, bastaban para sufragar los gastos de estancia, transportes, médicos y medicinas.

Y se adoptó, por unanimidad, la resolución de volverse a la Ciudad.

Todo se va esclareciendo menos una cosa. ¿Por qué la tristeza habitual de la madona, sentada en el patio de la casa? Aquella madre tenía una historia. Historia íntima, según veremos.

4

Era una tarde maravillosa. Una hermosa tarde de domingo. Ya el sol había enganchado sus caballos en su carro de fuego y dejaba su ocioso lecho caminando a buena marcha por las más empinadas montañas de la Isla. Se oía el buen trote de los caballos subiendo la cuesta de los Saucillos.

Mientras la luna se asomaba, con su cara llena de risa, sobre la montaña de la Bodeguilla. ¡Qué contraste! Febo lleno de furor. Diana irónica y satisfecha de su lenta carrera. También los dioses tienen sus debilidades. Esta tarde de domingo es todo un poema.

Los habitantes de la Vega descansan aquí y allá sobre los márgenes de la carretera, a orillas de los sembrados, en los montículos de los terrenos, observando a los que pasan divertidos. Los niños juegan con sus pelotas y forman algazara.

Cuando me acercaba a la casita, objeto preferente de mi curiosidad en este bellissimo paisaje de Los Chorros, veo sentada junto a la carretera a la mujer gorda y rechoncha que vive en el piso bajo.

—¿Qué mira, señor?

—La casa cerrada. Y el cartel que cuelga de la cerca con el anuncio: SE ALQUILA. ¿Es que se han marchado ya los inquilinos que la habitaban?

—Se han marchado.

—¿Y a mitad de verano?

—Mire, señor, cuando falta esto...

Y señá Olegaria —así se llamaba la mujer gorda y rechoncha que conmigo hablaba— expresaba con la mano la falta de dinero de los anteriores inquilinos.

Olegaria, lector, es una de tantas mujeres que vegetan por nuestros campos ampliando su volumen, recibiendo y dando noticias, por ella más o menos deformadas, murmurando del prójimo a todas horas, quejándose del tiempo, haga frío o calor, abominando de los negocios, ya sean prósperos o adversos, criticando sin reparo a los demás, quejándose de dolores imaginarios...

¿A qué horas trabajaba en su casa la señá Olegaria? Porque ella estaba siempre en las esquinas. O conversando en casa de las vecinas o recorriendo los gallineros y los palomares. Apenas oía ladrar el perro, ya estaba señá Olegaria en la puerta para ver lo que pasaba.

¡Cuánto tendría que sufrir la inquilina de Las Palmas con esta mujerona, redonda y rechoncha, de oídos finos y lengua muy liviana!

Se le antojó que sus huéspedes no tenían dinero y lo propagaba por todas partes.

—Para que usted entienda, señor, yo soy viuda, y con un hijo. Vivíamos en un casucho allí enfrente, cerca de El Retiro. Pero el dueño nos echó diciendo que lo quería para él. Pero ¿usted sabe para qué quería el casucho?, para poner un bar y vender vino tinto con agua y queso tierno echando el suero. Así fue. Pero Dios lo castigó. Se arruinó en pocos meses y tuvo que vender la casita y ponerse a vivir en un cuartucho indecente del barrio de Solís.

Nosotros mientras tanto edificamos esta casita tan bonita que usted ve. Vivimos en el bajo y alquilamos el alto. Yo no quería alquilarlo a esta familia que se fue.

Me parecía de pocos alcances económicos. El era un esmirriado con cara de vicioso. Ella era una dolorosa que no reía nunca. Mi presentimiento, señor, salió verdad. Pero le habló a mi hijo el Alcalde del pueblo para un empleado del Banco Hispano. Como estaba en un banco creyó mi hijo que tenía dinero. Pero las apariencias engañan. Llegaron aquí con una cama, dos taburetes y dos o tres cosas más. Decían que venían a curar la hijita. Hacían una vida muy rara. Se notaba que era gente que no lo pasaba bien. Reñían por nada. Muchos días la señora esperaba al señor hasta las tantas de la noche y el señor no llegaba. Cuando llegaba, ella no le tenía la comida preparada. Ella era una señora que no entraba casi en la cocina. Latas y más latas. Siempre comida fría, por no trabajar. Toda su ocupación era leer. Leer por la mañana, leer al mediodía, leer por la noche. Yo creo que hasta descuidaba la niña por la lectura.

—¿Qué lee?

—No sé, señor. Yo entiendo poco de libros. Supongo que serán noveluchas, revistas policiacas o cualquiera sabe. Dejó aquí un cajón de libros.

—¿Puedo verlo?

—Sí, señor. Pase.

—Es un cajón de libros de texto. Novelas en rústica. Revistas viejísimas. Libretas de apuntes... y una libreta de bastante volumen, que, en la portada, decía: DIARIO INTIMO. Este encuentro cayó en mis manos con indecible emoción. Creo que la trastornó con otras libretas, y la dejó aquí por un descuido. ¿Tan poca importancia le daba ella a este diario? No puede ser. Volverá cualquier día por él.

—A mí no me haga caso, señor, pero esta mujer se ve que ha sido muy maltratada por la vida, y vive ya sin ilusión.

—¡Pobrecilla! ¿Puedo quedarme con esta *Libreta*, al menos hasta que ella vuelva por aquí en su busca?

—Sí, señor. Ella no volverá. Nos queda a deber un mes de alquiler. Y no volverá. Y yo ¿para qué quiero ésto?

—Gracias.

5

La señá Olegaria fue una providencia para el cronista. ¡Qué hallazgo más provechoso el del «Diario Intimo»! Pero este contento —decía el cronista— me va a durar poco. Cuando la Madona se dé cuenta, lo reclamará en seguida.

Y así, el cronista pasó unos días desasosegado. ¿Cuántos? ¿Una semana? Cuando se levantaba pensaba en ello. Lo mismo al acostarse. ¿Habrá venido?

E inquieto e intranquilo, se encaminó —con el pretexto de pasear— a casa de señá Olegaria. ¿Qué puede pasar?

Y, como a la señá Olegaria le gusta tanto hablar, no le extrañará la visita. ¡Hablar! Dar y recibir noticias. ¡Pobre Olegaria! Más de una vez perdió la comida, que al fuego tenía, por estar hablando en las esquinas.

Doña Pepita, una señora muy sabida, vecina suya, contaba y no acababa de Olegaria.

—¿Quién? ¿Olegaria? ¡No me diga! Es una sanguijuela. Chupa y deja chupar. ¿Cuántas veces no se le marchó la leche que había dejado sobre el fuego, porque a nadie deja con la palabra en la boca? Le gusta más hablar que comer. Como está tan gorda le cuesta trabajo moverse de donde está.

Y ¡qué conversaciones sostenía con doña Pepita!

—¿De dónde son tus inquilinos, Olegaria? Me han dicho que él es un señor de la Ciudad, pero ella dicen que es una campesina de la Lechucilla. ¿Es verdad, Olegaria?

—Eso dicen, querida. ¡El es tan fino! Nunca deja de dar los buenos días, aunque una esté oculta detrás de un matorral. Se baña todos los días. Y se afeita. El pobre, y cómo corre después, para alcanzar el coche de horas, que sale del pueblo.

—¿Todos los días va a Las Palmas?

—Toditos, y al trote, querida. Al principio le hacía ella una tacita de café; pero, después que se acatarró, le da más gusto quedarse en la cama. El pobre señor, si quiere café, tiene que tomarlo en algún bar del pueblo.

—¿Dicen que ahora se queda alguna noche en Las Palmas?

—Sí. Y ella se pone a llorar. Y a veces exclama muy compungida: ¡Ay, Fernando, Fernando! Cierra su puerta, y a dormir.

—¡Pobrecilla!

Y así continuaban doña Pepita y Olegaria una o dos horas.

Y, frente a frente a señá Olegaria, me encuentro otra vez, precisamente en el patio de la casita, donde contemplaba a la Madona con la niña en los brazos. Aún luce en la cerca el rótulo SE ALQUILA. Las flores y tiestos se hallan algo mustios. ¿Echan de menos a la Madona?

—¿Todo sigue igual, Olegaria?

—Todo, señor.

—¿No ha tenido noticias de ellos?

—Pues mire, sí. El otro día pasó por aquí un conocido mío de la Lechucilla y me dió bastantes noticias. Ella, para que usted se entere, es hija de Vicente Dávila y de María Blanco. Se trata de una familia muy pobre. Viven

del salario de Vicente, que trabaja con los propietarios de fincas. Habitan en una casita muy pobre, situada en un altozano del camino que de la Lechucilla conduce a la Lechuza. Cuando nació esta niña, después de cuatro años de casados, le dieron el nombre de *María de los Dolores*. ¿Por qué Dolores? —dijeron algunos vecinos—. A lo que la madre respondió: El dolor es el ambiente real de nuestro hogar.

—Ya lo sabes, Vicente, —decía María a su marido— cuando se bautice, la pones Dolores. Me está dando que esta niña va a sufrir mucho en la vida. Y usted, doña Petra —la que iba a ser su madrina—, no se olvide.

La niña en la escuela demostró gran capacidad y talento, y, entonces, doña Petra le prometió costearle los estudios en Las Palmas. Y en Las Palmas se educó. Y se enamoró de otro estudiante llamado Fernando García. Este, en un principio, hablaba con ella más bien en plan de burla. Y por los colores de su cara, que demostraba su origen campesino, la comenzó a llamar *Amapola*. —Venid conmigo esta tarde —decía a sus amigos— y os presentaré a Amapola, mi novia. Y comenzó a divulgarse por los medios estudiantiles la fama de guapa de María de los Dolores, que todos llamaban Amapola.

Desde entonces intensifiqué mis paseos a la Lechucilla, donde pude adquirir preciosos datos sobre la vida de Amapola.

En el año 1945 vino a Las Palmas a estudiar la joven María de los Dolores Dávila, desde un pintoresco pueblo del interior de la Isla, Vega de San Mateo.

María de los Dolores era una de tantas jóvenes que reclutan las Maestras Nacionales por esos campos canarios, todos los años, para que el día de mañana les sucedan en su ruda labor de difundir el saber y la cultura.

María de los Dolores se había distinguido mucho en la Escuela de la Lechucilla, regida por doña Basilisa. Niña despierta, inteligente, bien parecida; pero muy pobre.

María de los Dolores era hija de un obrero muy pobre, pendiente para mantenerse él y su mujer, de un salario miserable que ganaba a los labradores del barrio. El matrimonio de Vicente Dávila y María Blanco no tenía sino dos hijos: María de los Dolores y Benito.

Vivía esta familia muy humildemente en el caserío de la Lechucilla. En invierno pasaban hambre. En verano trabajaba también María, en las recolecciones de frutos y de pastos, y lo pasaban algo mejor.

Había que ver su morada. Una casita pequeña. Un jardincillo de flores mal cuidado, donde podían más las hierbas silvestres que las plantas cultivadas. Siempre vivas, rosales, mimos, alguna dalia...

La casita estaba colocada en una pequeña pendiente. Parecía más bien un nido. Una ventanita hacia el pueblo, y el servicio en el patio trasero. La cocina en una cueva detrás de la casa, donde se hacía toda la comida sobre tres teniques. Las paredes del cuevuco adornadas de cacharros y utensilios de cocina.

La cuevita hacía de recibidor y de estancia ordinaria de la familia.

El piso de la casa bien empedrado. La única habitación dividida por una cortina de cretona. Una cama en cada parte. Una para el matrimonio y otra para la hija María de los Dolores. Benito aún no había salido de la cuna.

El ajuar era muy pobre. Unas sillas desvencijadas.

Una banqueta coja. Unas perchas para colgar la ropa. Un ropero viejo para guardar la ropa de los domingos, cuando la había.

El matrimonio se levantaba de madrugada. El padre tenía que acudir al trabajo y la madre tenía que prepararle el desayuno.

Vicente trabajaba con los labradores, en la preparación de las tierras. El trabajo no era fijo.

Vicente era sencillo, honrado a carta cabal y se excedía siempre en el cumplimiento de su deber. Por eso los labradores le preferían a cualquiera otro obrero.

Además, tenía la ventaja, sobre otros obreros, de que entendía de labranza. Lo mismo tomaba el arado que dirigía la yunta. Hacía los surcos muy bien. En tiempos de zafra, Vicente no podía acudir a todos los compromisos.

Jamás se le vió charlando ni criticando de los amos. Era callado y rendía bastante en el trabajo.

A veces, por enfermedad de los amos hacía muy bien la faena del boyero, cuidando muy bien del ganado.

Sin embargo, el salario era escaso. No cubría las necesidades de la casa. Y, por eso, cuando había trabajo, especialmente en los tiempos de siembra y recolección María, su esposa, salía también a trabajar a los campos. Por estas épocas María solía ahorrar algunas pesetas para comprar ropa y zapatos para todo el año.

Las relaciones de esta familia con todos los vecinos eran muy buenas. Todos admiraban la honradez y laboriosidad de la familia de Vicente Dávila. Y ello le producía bastantes beneficios.

María acudía presurosa a ayudar en los días de siembra sin cobrar nada. Si algún vecino enfermaba, allí estaba María, día y noche, a ayudar a la familia.

Y de ahí le vino la gran amistad con doña Petra, con motivo de la enfermedad de su padre.

Juanito Castro, padre de doña Petra, era el labrador más hacendado de la Lechucilla.

María le asistió muy bien durante la enfermedad. Petrita decía a María que ella, aunque hija, no podía asistir a su padre por ser una mujer soltera.

El público se hacía cruces. ¡Mujer soltera! ¿Qué importa? ¿Una mujer soltera deja morir a su padre de miserias, y en nombre de la moral? ¡Ay Petrita!

—Yo te pagaré muy bien, María. Atiéndelo. Que no eche de menos a su hija.

Y una noche mientras Petrita dormía a pierna suelta y María velaba junto al lecho del enfermo, Juanito Castro entregó el alma a Dios, siendo sus últimas palabras: Petra, Petra, ¿dónde estás?

7

Figura muy importante de nuestra historia es Petrita Castro. Petrita Castro era hija de Juanito Castro, labrador de bastante hacienda. Tal vez el más rico de la Lechucilla.

Juanito Castro vivía en una casa de dos pisos. Las casas de dos pisos eran escasas en la Lechucilla. Casa amplia, soleada. Con un gran corredor, que durante el verano, tomaba un color amarillo, de los racimos de maíz que en él colgaban. Casa de pocas habitaciones, como casi todas las del campo canario, pero amplias y cómodas para la labranza. Tenía, hacia el Norte, tres ventanas.

En torno a la casa estaban los alpendres con las vacas y terneras. Juanito Castro, como hemos dicho, era uno de los más ricos del barrio. Juanito Castro tenía dos yun-



tas de vacas. Tenía, además una yegua, un burro y varias cabras y ovejas. Durante el año sacrificaba dos cerdos, que era el alimento de la familia en los crudos inviernos de la Lechucilla.

¿Hijos? Dos varones y dos hembras. La más vieja era Petrita. Petrita aprendió a leer y escribir en la escuela de la Vega de San Mateo, a donde acudía todos los días. Los demás hijos también acudieron a la escuela, pero dejaron de asistir los varones, porque no había personal que cultivara las tierras.

Los hijos, como tenían fama de ricos, se casaron pronto. Una de las hijas se casó con Rosendo Hernández de la Lechuza. Y, en Lagunetas casaron los dos varones.

¿No tenía pretendientes Petrita? Si. Pero ella le dijo que todavía no pensaba casarse. Petrita llevaba la contabilidad y gobierno de la casa. Manejaba mucho dinero, y, si se casaba —solía decir a sus íntimos— perdía este privilegio.

Petrita fue novia de Antonio González. La gente murmuraba de este noviazgo. —La quiere por sus bienes.

Petrita era fea y además hombruna. Tenía un carácter muy fuerte. Le gustaba mandar, como a un sargento de caballería.

Como el casamiento se retardaba, Antonio se cansó de Petrita y se marchó a Cuba.

¿Comentarios de Petrita?

—Si es un gandul, querida. ¿Para qué le quiero?

Pero una hermana de González daba esta razón:

—¿Para qué se casa mi hermano con Petrita? ¿Para que le maneje como a un chiquillo? En esa casa no habrá otros pantalones que los de Petra.

El papel de Petrita subía en el barrio cada vez más. La casa de los Castro siempre fue en el barrio un oráculo. Allí venía el señor Cura a decir la Misa de los enfer-

mos y tullidos. Allí se dirigía el Alcalde cuando necesitaba algo de la Lechucilla. Allí tocaba siempre la guardia civil en sus rondas. Allí hacían noche los vendedores ambulantes. La casa de Petrita era el refugio de todo el mundo, hasta que, pasando el tiempo, Petrita pasó a ser doña Petra.

Petrita tenía un carácter duro, independiente. Por poco se enfadaba y le cantaba las verdades del barquero a cualquiera. Había leído algo. Recibía un periódico de la Ciudad y estaba al cabo de todas las noticias. Le gustaban las novelas. Y daba consejos a todo el mundo, y a todo el que se le metiera por la puerta. Hablaba alto como un predicador. Y era muy tacaña. A veces servía de depósito del dinero ahorrado por algunos pobres trabajadores. Le llamaban el banco de la Lechucilla y, a veces, se encontró a más de un pobre hombre que salía llorando de casa de Petrita.

—¿Qué le pasa Estanislao?

—Nada. Nada, mujer.

—Los hombres no suelen llorar así, a no ser por cosas muy graves.

—Es que esa Petrota, sabes, me ha negado mi dinero. Por mi cuenta tenía yo ciento cincuenta duros. Y ahora resulta que apenas tengo cien. ¡Baladrona!

¿Cómo se podía casar esta hembra? No se lo podía permitir su afán de lucro y su hambre de dinero.

Se disgustó con todos los hermanos a la hora de partir los bienes paternos. No estaba conforme con las partes hechas. Y eso que a ella le tocó una doble parte. Al morir su padre, trajo un notario y se hizo un testamento a su gusto. ¿Se dió cuenta su padre? No se sabe, porque estaba casi inconsciente. Pero es lo cierto que ella, por los servicios extraordinarios prestado a su padre, se dejó a sí misma dos partes de la finca, los animales y las casas.

Por estas y otras hazañas iba doña Petra perdiendo prestigio en el barrio. Doña Petra era muy avara. Sin embargo, María Blanco seguía en la casa por las lambujas que alcanzaba y, además, por las grandes promesas que doña Petra le hacía a cada instante.

—Cría bien a María de los Dolores —le decía—. Críala bien, porque esa niña, la única ahijada que tengo en el barrio, va a ser mi compañera y heredera. ¿Para quién crees tu que quiero todo lo que tengo?

—¡Ay, doña Petra! ¿Cómo quiere usted que alimente a mi hija? Si apenas ganamos la comida.

—Vamos, no te lamentes. Vosotros siempre estáis lamentándoos. Y no es así. De casa recibis bastante. Os doy la comida que sobra. Os doy leche para la niña. Os doy mis vestidos y toda la ropa que dejó mi padre.

—Y nosotros se lo agradecemos.

—La limosna, María, perdona todos los pecados y abre las puertas del cielo. Dios —decía a boca llena— nos ha dado las riquezas para que se las administremos a los pobres.

—¡Ay, si así fuera, señora! Pero el rico mientras más tiene más quiere. Y al pobre lo mira peor que a un perro.

—Ya verás. Yo haré de Dolores una señorita. Dice la maestra que es muy despierta y aplicada. Yo le pagaré los estudios, si quiere estudiar.

Con el tiempo doña Petra se llevó a María de los Dolores a su casa. Al principio todo fue bien. Pero cuando la niña demostraba gran apetito, la señora en lugar de alegrarse, le decía:

—Que buen apetito tienes, Dolores. No te hartas nunca. Tu eres cara por la comida.

A veces no le daba merienda, al llegar de la escuela. Y la niña enflaquecía. La tenía con zapatos rotos, y doña Petra llegó a decirle:

—Y tu padre ¿no te compra unos zapatos?

La tenía trabajando todo el día menos cuando iba a la escuela.

Esa era la caridad de doña Petra y el amor que tenía a su pupila y ahijada.

Una cosa es predicar, doña Petra, y otra dar trigo.

8

La maestra de la Lechucilla se llamaba doña Basilisa. Doña Basilisa era una señora muy bondadosa. No muy alta. Gruesa. Frisaba ya en los cincuenta. Cumplidora y enamorada de su profesión.

¡Cuánto le debe la Lechucilla a doña Basilisa! Se había identificado con los problemas del pueblo. Era una señora serena, discreta y muy buena consejera. Doña Basilisa se había propuesto que no hubiera un solo analfabeto en la Lechucilla y lo consiguió.

Doña Basilisa era el refugio de todos, porque todos tenían en ella una sabia orientadora y una persona íntegra, sin trastienda y llena de amor a todos.

¡Cuánto puede hacer un maestro en un pueblo! En poco tiempo —si se lo propone— lo transforma y lo convierte en un pueblo civilizado y activo.

A la Lechucilla acudían muchas gentes de Las Vegas y de Las Palmas a abrir pozos y galerías para sacar agua. Y, muchas veces, esto ocurría con perjuicio de los nativos.

Más de una vez se vió a doña Basilisa recorrer casa por casa para dar sus buenos consejos y que aquellos buenos vecinos no se dejaran sorprender ni explotar por gente oportunista y advenediza. Y se dió el caso de oír comentar a alguno:

—Si no es por doña Basilisa caemos en la trampa. De aquí que doña Basilisa tenía su casa llena de todos los frutos que cosechaban los labradores de la Lechucilla. Le querían mucho y le obsequiaban con todo.

Doña Basilisa se hallaba muy contenta, aunque sufriendo mucho durante el invierno que era allí muy riguroso. El clima de la Lechucilla era un clima muy fuerte.

Cuando llegó a la escuela María de los Dolores le fue muy bien recomendada por doña Petra.

—Es una niña muy sufrida —le dijo doña Petra— y muy callada. Me parece que no sirve para el estudio; pero sus padres quieren que sepa al menos leer y escribir. Usted verá, doña Basilisa. A mi me atiende bien. Barre. Limpia. Me trae el agua y me hace todo. Pero no sé si es capaz para el estudio.

—¿La tiene como sirvienta, doña Petra?

—Sí, señora. Una pobre no puede aspirar a más. Le doy unas pesetas que le vienen muy bien a sus padres. La visto y la calzo, y le doy de comer. ¿Qué más?

—¿Y el cariño y la protección?

—¡Ah, claro! Y el cariño. La quiero muchísimo. Es mi ahijada y le hago algún regalito, como un pañuelo o una blusa, de vez en cuando.

—Lo más importante, digo, es el cariño.

—Es obediente. Le reprendo y no me devuelve la palabra. Aunque alguna vez la encuentro llorando debajo del árbol que está en el patio.

—¡Ah, si llora! ¡La pobre!

A doña Basilisa le cayó mal este último informe y se propuso conocer a fondo la protección y amor de doña Petra a su ahijada.

—Quien bien te quiere te hace llorar —dice el refrán— pero aquí hay gato encerrado. Yo lo averiguaré.

María de los Dolores era puntual a la escuela al principio. Luego, no.

—¿Por qué vienes tan tarde, María de los Dolores?

—Es que doña Petra me tiene trabajando y no me deja venir antes. Dice que como aprenda a leer y escribir basta de escuela.

—Bueno. Ya veré yo esto.

Y un día se tropezó por el camino a doña Petra.

—Tenía mucho deseo de verla, doña Petra. Quiero saber si son excusas de la niña, o es verdad que usted la tiene empleada y no la deja venir a su hora a la escuela.

—Mire usted. Algún día la tengo empleada. Para algo es mi criada. A leer y a escribir se aprende pronto.

—No. No, doña Petra. La escuela no es eso. La escuela tiene sus horas y hay que ser puntual. Si no, no se adelanta nada.

—Entonces que se la lleve su madre. Yo no puedo pagar, si no me hace las cosas.

Y dejó a doña Basilisa plantada en medio del camino.

Doña Petra procuró en adelante más tiempo a María de los Dolores para que fuese puntual, pero pocas veces llegaba.

Pasó el tiempo y un día se presentó en la escuela doña Petra.

—De María de los Dolores vengo a hablarle, doña Basilisa. ¿Cómo se porta? ¿Ya sabe leer y escribir?

—Es una niña modelo, doña Petra. Ya sabe leer y escribir. Ya sabe cuentas y es una de las primeras de la escuela.

—Entonces, ¿la quito ya de la escuela?

—Eso de ninguna manera. María de los Dolores no sale de la escuela.

—¿No? Es una niña muy pobre. ¿Para qué aprende más? Debe ayudar a sus padres. Ya está bien.

—No. María de los Dolores debe seguir estudiando.

—¿Dónde?

—Aquí y en Las Palmas.

* —¿Se ha vuelto usted loca? ¡Doña Basilisa, por Dios!

—Y usted le prometió a sus padres ayudarles y pagarle sus estudios y...

—Esos gastos son muchos. Los años están muy malos. Yo no me comprometo a eso. ¿Cómo puede estudiar en Las Palmas una niña tan pobre? Hace muchos años que no llueve...

—Doña Petra, no se lamente. Usted es la más rica de la Lechucilla. Y esa niña es una lástima. Es una niña superdotada.

Doña Basilisa no hizo caso de las lamentaciones de doña Petra, y, aquel año, presentó a María de los Dolores para ingreso en el Instituto. La niña sacó *Matrícula de Honor*. Y la maestra llegó aquel día a la Lechucilla tan hueca como un pavo real.

Por todo el pueblo se corrió la voz. Era algo insólito, aunque la gente no sabía calibrar en su justo valor este triunfo.

Los padres de María de los Dolores se alegraron mucho; pero se oponían a que su hija estudiara en Las Palmas.

—¿Cómo la sostenemos allí? Somos muy pobres. ¿Qué podemos darle nosotros? Si no tenemos para comer con el salario de la semana.

Doña Petra para aparentar y no desdecirse de sus deberes para con la ahijada se humanizó un poco y dijo:

—Yo te ayudaré, María de los Dolores. Sé que son muchos los gastos pero por mí que no se pierda tu talento.

Y corrió por todo el pueblo —unos lo creían y otros no lo podían creer— que doña Petra le pagaba los estudios a María de los Dolores.

—No puede ser —decía uno—. Esa tacaña le pagará unos meses, para que se diga que es generosa; pero después cerrará el puño.

—Si le sobra dinero —decía otro— ¿por qué no lo ha de hacer?

—Doña Petra es también soberbia. Le gusta el viento y la buena fama. Aunque no lo siente cumplirá su palabra para que su nombre sea bendito por la gente.

—Veremos —decían otros—. En casa de doña Petra las pesetas que entran ya no las vuelve a ver el sol.

Y doña Basilisa instaló a María de los Dolores y a otra compañera de Las Lagunetas en un cuartito de la azotea de una casa de la calle de Villavicencio, para que siguieran el primer curso de Bachillerato.

9

La biografía de María de los Dolores va, desde ahora en adelante, a ser contada por ella misma. No tema el lector. María de los Dolores tiene bien ganada la fama de sincera, sencilla y veraz. Así la formó doña Basilisa.

—Hijas mías —les decía— la verdad ante todo.

María de los Dolores es incapaz de mentir, y, menos de fingir.

¿No te acuerdas —lector— del *Diario íntimo* que fue encontrado entre unos libracos desvencijados que fueron entregados al cronista por Olegaria, la mujerona redonda, en la casita del Barranco de los Chorros? Pues en este

Diario nos describe, día a día, su vida en un cuartito de su azotea de Las Palmas María de los Dolores.

Empecemos a transcribir:

10 de octubre.

«Llevad un Diario de vuestra vida, nos decía doña Basilisa. Anotad de noche en una libreta vuestras impresiones del día. ¡Con qué satisfacción las leereis, cuando la vida vaya pasando!» Y así empiezo hoy este «Diario», lejos de mi casa y de mi familia.

12 de octubre.

¡No la puedo olvidar! ¡Qué buena maestra es doña Basilisa. Un ángel del cielo ha caído en la Lechucilla. A ella le debo estar estudiando en Las Palmas. A ella y a doña Petra. ¿Mis padres qué me pueden dar?

13 de octubre.

Hoy he dado mi primer paseo por Triana acompañada de Alicia Gutiérrez.

—Oye, Alicia, ¿en Las Lagunetas hay calles como ésta?

—¿Qué tonterías estás diciendo, María de los Dolores?

14 de octubre.

Alicia me convidó hoy a comer. ¡Cómo me acordé de mi Lechucilla! ¡Tenía un queso tierno!

18 de octubre.

Creo que el Profesor de Naturales me ha puesto hoy buena nota. ¡Qué asignatura más hermosa!

19 de octubre.

Hoy ha estado lloviendo todo el día. ¿No dicen que en Las Palmas no llueve?

20 de octubre.

Las primeras castañas de la Lechucilla me han llegado hoy. ¡Qué ricas! ¡Cómo le han gustado a Alicia!

22 de octubre.

¡Qué sorpresa tan grande! Doña Basilisa me ha venido a ver. Ya casi no me acordaba de sus facciones tan simpáticas. ¡Con qué intensidad me abrazó y me besó! Se ve el cariño que me tiene. ¿Está más anciana?

24 de octubre.

Hoy he tenido mala suerte en Geografía. No entiendo esa Geografía astronómica. Paciencia.

25 de octubre.

¿Por qué hoy no me puedo quitar de la imaginación a mi pequeño hermano? ¿Estará enfermo?

27 de octubre.

¡Ay, cómo lloran los niños de la vecina de abajo! No puedo estudiar así. ¿Nos vamos Alicia de paseo?

31 de octubre.

Llueve. El agua nos entra por la buhardilla. Hay que secarla. ¿Con qué?

1 de noviembre.

¡Qué distinto se ve el mundo desde la azotea de una casa!

—¿Piensas tu lo mismo, Alicia?

—Al menos en la Cumbre hay horizontes, montañas, riscos, laderas... Aquí todo es cal y cemento.

2 de noviembre.

Dos días sin clase. ¡Qué aburrimiento!

3 de noviembre.

Ya se cumplió el mes del alquiler de nuestra habitación. ¿Con qué lo pago? La familia de Alicia es más previsora. Ya le mandó el dinero.

5 de noviembre.

Estoy pensando en lo mucho que voy a sufrir. ¿A quién pido dinero? ¿A mis padres? Nada me pueden dar. ¿A doña Petra? ¡Qué tragedia!

10 de noviembre.

El dinero para el pago del alquiler no ha llegado. Alicia me lo ha prestado. La dueña de la habitación me pone una cara... Alicia iba a comprarse unos zapatos. Creo que se lo podré devolver muy pronto.

12 de noviembre.

Lo presenté al levantarme. Pedro Jiménez, el de la Lechucilla se presentó a media mañana y me entregó diez duros de parte de doña Petra. Los tenía en su poder desde el día cinco. Estaba enfermo.

13 de noviembre.

—¿No sabes, María de los Dolores? Se murió Rosalía, la hija de Antonio Pérez, según me dijo Pedro Jiménez.

—¿Qué me dices? Rosalía estaba conmigo en la escuela.

—¿Sabes lo que me dijo, al marcharse, Pedro Jiménez? Estudia mucho, niña. Son muchos los sacrificios que se están haciendo por ti.

15 de noviembre.

¿Qué como hoy? Pedro Jiménez me trajo unas castañas, que me mandó mi madre. ¿Quién se las daría? Nosotros no las tenemos.

—Hoy comemos castañas, Alicia. Ricas castañas de la Lechucilla.

—Y yo pongo higos.

—Magnífico almuerzo para un estudiante.

16 de noviembre.

Alicia se compró hoy unos zapatos. ¡Bonitos zapatos! ¿Y yo cuándo podré comprarme los míos?

18 de noviembre.

Mal día. Hoy me preguntó la lección la señora González. ¡Dios mío! ¿Qué será eso de la esfera armilar? ¿Me pondría un cero? Sentía vahidos. ¿Qué tendrán que ver las castañas con la esfera armilar?

20 de noviembre.

Estamos sin luz. El quinqué de petróleo no funciona. Carece de combustible. Las tiendas están cerradas. Además, ni Alicia ni yo tenemos dinero para comprarlo. ¿Cómo prepararemos las lecciones de mañana? Madrugaremos

25 de noviembre.

¿Cómo llegaremos a fin de mes? Los tenderos de comestibles nos ponen mala cara. No les gusta fiar. Comeremos gofio, sin queso y sin sardinas. Alicia escribió hoy a su familia. ¿Y yo?

27 de noviembre.

—¿Nos compras, María de los Dolores, un billetito para nuestra rifa?

—Imposible. Estoy pasando, hija mía, una crisis muy aguda.

—Excusas. Tu tienes dinero.

—¿Se me conoce en la cara? ¿Yo dinero? Ni en sueños, querida.

29 de noviembre.

¿Más castañas? ¡Pobre madre mía!

30 de noviembre.

¡Qué invierno! Ni en la Lechucilla he sentido yo frío tan fuerte. Poco abrigo me dan las mantas.

—En Las Palmas, hija, no hace frío.

Pero no contaba mi madre con el estómago vacío.

2 de diciembre.

Ya queda poco para las vacaciones de Pascua. ¿Y los exámenes? Hay que pasar por los exámenes antes de las vacaciones. ¿Cuántos suspensos tendré?

3 de diciembre.

Hoy he tenido un percance. Al ir al Instituto tropecé en la calle y caí. Una caída sin consecuencias. ¿Sin consecuencias? Al levantarme me di cuenta que me había roto el zapato. No pude menos de llorar. Al perro flaco todas son pulgas.

7 de diciembre.

Mañana no tengo clase. Pero tengo que estudiar las Matemáticas. El día 10 exámenes.

10 de diciembre.

Paseo por Triana. No ha sido la primera vez. ¿Me ha gustado? Algo me marea el ir y venir de tanta gente.

12 de diciembre.

Ya no se habla en clases y patios, sino de las vacaciones. Ya tengo ganas de ver a mis padres y a mi hermanillo. ¡Ah, y a doña Petra, mi protectora y a mi maestra doña Basilea.

15 de diciembre.

Todos alegres. Y yo indiferente. ¿Por qué habré empezado estos estudios? Apenas llevo unos meses y ya estoy cansada. ¿Llegaré yo a terminar?

18 de diciembre.

Hoy me han dado la Libreta de notas. Ninguna de mis notas baja de ocho. ¿Buenas? Creo que sí. Ahora a la Lechucilla. ¿Llevaré este Diario?

20 de diciembre.

En la Vega de San Mateo me encontré con doña Petra. ¿Está más gruesa doña Petra? ¡Con qué afecto me abrazó y me besó!

—Gracias, doña Petra. ¿Cómo le podré yo pagar estos beneficios?

A doña Petra le gustaba que se lo recordara. La esponjaba de satisfacción.

27 de diciembre.

—He encontrado a mis padres acabados, doña Petra.

—¡Los pobres! Trabajan mucho. Eso que yo...

29 de diciembre.

—¡Qué frío hace!

—Esta es ya la Cumbre, hija. ¿No tienes abrigo? Te compraré uno.

31 de diciembre.

Ayer fue doña Petra a la Vega y me compró un abrigo. Cuando lo veas, Alicia, te vas a quedar bizca. Alicia Gutiérrez tampoco tiene abrigo.

7 de Enero.

Al fin, he visto a mi maestra doña Basilisa. Había

ido a Agaete, su pueblo. Lo primero que me pidió fue el cuaderno de notas. Se quedó muy contenta.

10 de enero.

Cuando me fui a despedir de doña Basilisa me dió veinte duros.

—Adminístralo bien, querida. Los gastos en Las Palmas son muchos. Y me da en las narices, que hay días en que pasas muchos apuros. Cuando los padres de una son tan pobres... Ya te irás convenciendo: como los padres, nadie. Nadie. Nadie, María de los Dolores. Nadie puede reemplazar a los padres en estos menesteres por muy Mecenás que sea.

12 de enero.

Estoy en Las Palmas de nuevo. En mi buhardilla. Sala. Cocina. Comedor. Todo en una pieza. Alicia no ha llegado. ¿Qué le pasará?

14 de enero.

Anoche dormí poco. No podía despejar de mi mente lo que me dijo doña Basilisa: *Como los padres, nadie.*

Es verdad, doña Basilisa. Pero también es verdad que si no fuera por doña Petra yo no hubiese salido de la Lechucilla.

15 de enero.

Ahora estamos bien. La despensa está bien provista. No paso hambre. Estudio mejor. Sin preocupaciones. Esta tarde llega Alicia.

20 de enero.

Hoy he salido con Alicia a dar un paseo por las calles de la Ciudad. Alicia viene de Las Lagunetas hecha una real moza. Parece más grande y más guapa.

Cuando pasábamos por la calle de Viera y Clavijo, se nos acercaron unos chicos a decirnos bromas:

—Pareceis dos amapolas —nos dijeron—. Derrochais salud y color. ¿Sois de la Cumbre, señoritas?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Amapolas! ¡Rojas amapolas!

25 de enero.

—¿Vamos? —dijo Alicia Gutiérrez.

—¿Otra vez? Tengo que estudiar.

—Yo también; pero me gusta ver a esos chicos.

—¿Cuáles? ¿Los de las amapolas? ¿Sabes que me ha calado hondo eso de las amapolas?

Y salimos, pero no los encontramos.

30 de enero.

Era sábado. Aquel día comí muy poco.

—¿Qué te pasa, María de los Dolores?

—No me encuentro bien.

—¿Te ha hecho daño el flechazo de las *Amapolas*?

31 de enero.

Hoy íbamos por Triana, tan tranquilas, cuando de repente nos enfrentamos con los mismos chicos.

—¿Se puede saber cómo te llamas? —me preguntó uno de ellos.

—María de los Dolores.

—¿Te gustaría que en adelante te llamara *Amapola*?

—Como quieras.

María de los Dolores, como otras chicas del Centro y de las Cumbres de la Isla, había llegado al Instituto con la timidez propia de las jóvenes campesinas. Y también con el rostro lleno de finos colores y de salud.

María de los Dolores era una niña. Mejor, era ya casi una joven, bastante desarrollada. De facciones finas, que el aire y el sol de la Lechucilla matizaban de cierta rusticidad.

No obstante, se hacía muy simpática entre sus compañeras.

Tenía un carácter franco y alegre.

Nada de replegarse sobre sí misma.

Nada de hurañez.

¿Corta de trato? Eso podía esperarse de una campesina. Pero no era así. Su inteligencia clara sorprendió a muchos. Y pronto fue respetada y admirada.

Poco después del incidente con el chico que le llamó *Amapola*, por la semejanza del color de su cara con la bellísima flor silvestre, María de los Dolores se hizo muy popular en los medios estudiantiles del Instituto.

Con frecuencia se veía rodeada de chicos y chicas que sostenía con ella una amena charla. Pero de igual a igual. Ella respondía y replicaba muy bien.

A veces intentaban embromarla, pero pronto sus respuestas ingenuas e ingeniosas les hacían cambiar de táctica. El ataque se convertía pronto en variada charla.

—Cómo te llamas?

—¿No lo sabes?

—¿Te gusta el nombre de *Amapola*?

—Bastante.

—¿Cambias el nombre de María de los Dolores por el de Amapola?

—Si tu quieres.

María de los Dolores llevaba las bromas con mucho arte.

Sus ojos, grandes y negros, le brillaban y no demostraba disgusto alguno.

—Adiós, Amapola.

—Adiós, chico.

Un día el chico que le había dado el nombre de Amapola, se encontró con ella y Alicia en Triana.

Se habló de todo. De estudios. de Profesores, y, al final, de las bellezas del campo. Con bastante romanticismo, por cierto, pero sin pedantería, con la naturalidad y la ingenuidad de los jóvenes.

—Oye, María de los Dolores, ¿tu te has fijado en el campo, cuando nos encontramos con una llanura llena de mieses verdes, salpicada de amapolas?

--Si. ¿Por qué lo dices?

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

—¡Qué bello paisaje, verdad! La flor roja de las amapolas domina toda la extensión del prado, con sus encendidos colores. El vientecillo primaveral mece las onduladas mieses, destacando el color rojo y centelleante. Son bellísimas las amapolas tanto más que son flores silvestres, nacidas al acaso. Acá y allá. Sin orden. Y se imponen por la agudeza de su color. No se cansa uno de admirar un paisaje de este tipo. Yo querría estar allí siempre. Un prado de rojas amapolas es de las cosas más bellas que ofrecen los campos de nuestra Isla.

—Se ve que te gusta el campo, Fernando. Y que lo has estudiado con toda atención.

—Mucho, muchísimo. Imagínate lo que he gozado cuando he podido admirar ese campo, trasladado a esta Ciudad de Las Palmas.

—Gracias.

* * *

2 de febrero.

Y allí, en el seno de la intimidad y de la confianza, hubo una noche este diálogo entre las dos amigas:

—¿Te gusta que te llamen Amapola?

—¿Por qué no?

—¿Más que María de los Dolores?

—Si me lo dice un chico como Fernando.

—¡Ah, ya comprendo! Amapola quiere decir bella. ¿No es eso?

—Si, bella y campestre. Soy una campesina, Alicia.

—Pues a mi me atrae bastante la Ciudad.

—¿A quién no?

4 de febrero.

Hoy he tenido un percance. Me han puesto un cero en Lengua Española. Me descuidé. Si doña Basilisa lo supiera...

6 de febrero.

¿Qué relación tiene este cero con el nombre de Amapola? No. No puedo seguir así. Claro. Soy ya una mujercita de catorce años y ya me atraen los novios.

Pero tengo que decirle a Fernando que me deje tranquila. ¿He venido yo acaso a Las Palmas a buscar novio?

10 de febrero.

—María de los Dolores, ¿vamos a paseo?

—No. Hoy no salgo. Tengo que hacer algunos ejercicios de Matemáticas.

—¿Te preguntan mañana?

—No sé; pero me pueden preguntar.

—Esta noche estudias. Vamos.

—A la luz del quinqué. ¿No es eso?

—Si veo a Fernando, ¿qué le digo?

—Que me quedé estudiando.

Y a poco de llegar Alicia:

—¿Lo viste?

—Si y me preguntó por Amapola.

—¿Qué le dijiste?

—Que tenías que estudiar.

—¿Pasó contigo la tarde?

—Poco tiempo.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía que hacer un recado de su padre al Puerto de la Luz.

15 de febrero.

Amapola pierde la cabeza.

Amapola tiene hambre.

16 de febrero.

Amapola no puede estudiar.

Amapola tiene hambre.

18 de febrero.

—¿Comemos, María de los Dolores? —me dijo Alicia.

—Come tu, Alicia. Yo no me siento bien.

19 de febrero.

He ido hoy al coche de horas. Nada. ¿Se ha olvidado de mí mi familia? Van ya tres días y casi sin comer. ¿En qué piensa doña Petra?

20 de febrero.

Hoy no puedo ir a clase. No puedo mantenerme de

pie. Alicia, por lo que me dijo, anda también muy escasa de provisiones.

24 de febrero.

Fernando me acosa a preguntas.

—Te encuentro rara, Amapola. ¿Estás enferma? ¿Tienes hambre? ¿Qué te pasa?

25 de febrero.

Hoy escribo a mi familia. ¿Podrán ellos mandarme algo?

27 de febrero.

Hoy me he visto obligada a confiárselo todo a Alicia. Yo no quería venir a estudiar. Si he venido, ha sido por las promesas de doña Petra.

—Come conmigo. Mientras tenga yo.

—No puede ser. Dejaré de estudiar. Así no puedo seguir.

1 de marzo.

—¡Oh, doña Petra! ¿Usted por aquí?

—Si, hija. He venido a la Ciudad, y vengo a visitarte. ¿Cómo estás? Te encuentro muy desmejorada. ¿Estudias mucho?

—Bastante, doña Petra. Pero...

—¿Qué te pasa, hija?

—¿Mis padres han recibido una carta mía?

—No sé. ¿Te pasa algo?

—Es que mire usted. Yo...

—¿Deseas dejar los estudios?

—Puede ser. Me encuentro mal.

—¿Has visto al médico?

—Ya sé. Me han dicho que te has echado un novio.

¿No es eso?

—Un chico habla conmigo, pero. .

—No. No. No. Para buscar novios no te pago yo los estudios en Las Palmas.

—Es que...

—¿Qué? ¿Te parece bien que yo esté sacrificada pagándote estudios y estancia, y tu ocupada en noviazgos?

—Yo me marcho. Yo...

—Hablaré con tus padres y con doña Basilisa. Así no puedo yo gastar mi dinero.

3 de marzo.

¿Cómo le iba ya a decir a doña Petra lo que me pasaba? ¿Es que le podía decir que pasaba hambre? ¿Quién le iría con el cuento de que tenía novio?

4 de marzo.

Doña Petra lo sabe todo. Pero lo ignora todo. ¿Por qué me preguntó si tenía buen apetito? ¡Tacaña! ¿Me estará haciendo la forzosa? ¿Me querrá sitiar por hambre, para que me vuelva a la Lechucilla de criada suya?

7 de marzo.

—Ah, doña Basilisa.

—¿No me esperabas, María de los Dolores?

Y me lancé a ella y la abracé, cubriendo su rostro de besos y lágrimas.

—Doña Petra me llevó noticias tuyas muy alarmantes. No dejarás los estudios. Sería la única vez que fracaso con una alumna. He visto a todos tus profesores.

—¿Qué le han dicho?

—Todos te elogian. Les he dicho que piensas dejar los estudios, y me han respondido que haces un disparate.

—No puedo seguir, querida maestra.

—¿Por qué?

—¿Se lo digo?

Me lo tienes que decir. ¿Esa es la confianza que tienes conmigo?

—Yo estoy sufriendo mucho. Porque tengo hambre.

—¡Dios mío, me lo figuraba! ¿Y esa bienhechora de doña Petra?

—No tiene sino palabras. Predica. Habla sin ton ni son; pero no da trigo.

—¿Se lo dijiste?

—Me dió vergüenza.

—Yo creo que te lo arreglaré todo.

9 de marzo.

¡¡¡Hambre!!! Esa es la palabra. ¡Hambre! ¿Lo arreglará todo doña Basilisa?

11

Piensa mal y acertarás, dice el refrán castellano. ¿Acertaba María de los Dolores al pensar que doña Petra le dejaba pasar hambre a propósito?

Porque, ¿qué se proponía entonces doña Petra? ¿Que María de los Dolores dejara los estudios y se volviera a la Lechucilla, para servirle de criada?

La verdad, que no le venía mal a la señora. Con ello mataba dos pájaros con una sola piedra. Tendría criada y no tendría que sacar mensualmente la pensión que le estaba pagando en Las Palmas.

¡Estos ricos! Pero doña Petra, tal vez, más sabia por vieja que por rica. Doña Petra era rica, pero también era muy cuca y muy tacaña.

¿Qué falta hacían en el mundo las maestras de escuela? Ninguna. ¿Que no saben las gentes leer y escribir? Me-

jor. El animal más tranquilo, más serio y más trabajador es el burro. Y lo importante es la seriedad y el trabajo. El trabajo sin rezongo ni protestas. Eso es lo que hace grandes las naciones.

Por eso creo que aquí, en este asunto de María de los Dolores, lo más útil es que la niña deje la floriquería del estudio y me sirva de criada. ¡Ay, cuánta falta hacen hoy las buenas criadas!

A ver, que pase hambre, para que se venga aquí a comer gofito y a trabajar.

Así creyeron algunos que razonaba doña Petra, cuando en realidad es que se le presentaba ocasión y un pretexto pintiparado para conseguir sus propósitos más arteramente. El novio de la niña. ¿Quién ha visto que una chiquilla de trece años tenga novio? Y, sobre todo, estando dedicada a los estudios. ¿Y una niña pobre y viviendo de caridad?

Claro que a doña Petra le alentaba mucho en su papel de bienhechora el que se dijera que le pagaba los estudios a una niña pobre. Le gustaba que su nombre sonara por todas partes, como un paño de lágrimas.

¡Cómo se pavoneaba del bien que hacía ante los vecinos, en cada esquina de la casa!

—Ya usted lo ve, Sinforosita, ¿qué necesidad tengo yo de proteger a los hijos de nadie? ¡Ay, cómo me ha hecho sufrir últimamente María de los Dolores, la hija de María Blanco!

—¿Su ahijada, doña Petra?

—Mi ahijada. A quien yo crié, como quien dice. A quien yo alimenté, vestí y calcé más de diez años.

—Y ¿qué le ha pasado?

—Nada, querida. Me comprometí a pagarle los estudios de maestra, y me enteré el otro día en Las Palmas que ya tenía su novio.

—¿Sí? ¡Una chiquilla, querida!

—Claro, como dice la maestra doña Basilisa que vale tanto para estudiar... Y el otro día me dicen que está siempre pegado a ella un jovencuelo de esa Ciudad. Vaya usted a saber quién es. No agradecen nada. Siempre tiene una que hacer caridades para que Dios le perdone los pecados; pero hay que tener discreción.

—Pues no estaba enterada.

—Una niña tan buena y usted cree que hasta ha cambiado el nombre. Ya no se llama María de los Dolores, sino Amapola.

—¡Jesús! ¡Jesús!

—Sí, señora. Amapola. La niña sale mucho y se divierte por la Ciudad, y una aquí trabajando para darle la comida, el vestido, los zapatos y el alquiler de la habitación. No. No. Se acabó mi protección.

—¡Con que le dicen Amapola!

—Y ¿sabe usted, Sinforosa, por qué? Porque tiene una cara bonita, con unos colores muy finos y se parece a las amapolas.

—Desde luego, doña Petra, la chiquilla es guapa, guapísima. Es sangre y leche. Y algún muchacho se ha fijado en ella y se ha enamorado. Ley de la vida, doña Petra.

—Pues, para enamorar, la Lechucilla. A Las Palmas fue a estudiar, no a enamorar.

—Y ahora tendrá que venirse, porque...

—No creo. Según me han dicho, la maestra le está ayudando.

—¡Pobrecilla!

Luego se supo que doña Petra no decía toda la verdad. No suspendía su protección a María de los Dolores por haber ésta encontrado un novio en su camino. No. Doña Petra se proponía ahorrar mucho dinero, porque tenía intención de casarse pronto. Y ya se sabe. Los amo-

res del marido suelen anular todos los otros afectos particulares. El matrimonio presenta un amor egoísta, que empalidece los otros amores.

—¿Se casa doña Petra? —decían todos en la Lechucilla.

—Pero, ¿qué dices? Una mujer tan vieja.

—Un vegestorio, querida.

—Un marimacho.

—Ese hombre quiere suicidarse.

Y sin embargo, era verdad.

Doña Petra había tenido en su juventud un amor. Este novio se llamaba Antonio González. ¿Por qué no se casó? Los amigos le aconsejaron que no lo hiciera.

—Te vas a casar —le dijeron— con una mujer que te maneja a ti y te convierte en un muñeco. Tendrás sermones por la mañana, sermones al mediodía, sermones por la noche. Serás un hombre digno de lástima.

Antonio lo pensó bien. Se convenció de la verdad de lo que le decían y se marchó para Cuba.

A los dos años —tantas calamidades estaba pasando— escribió desde allá a Petrita.

—Si me quieres todavía, dejaré Cuba, saldré para Canarias y me casaré contigo.

Petra es rica —decía él—. Lo tiene todo. Y si me caso con ella yo también lo tengo todo. ¿Que me echa un sermón por cada dedo? Con no oírlos tengo. ¿Que me trata en plan de sargento? Le vuelvo las espaldas. Por lo pronto encuentro la mesa siempre puesta y tengo la barriga llena. Se acabó mi hambre, se acabaron mis trabajos y calamidades.

Petra tardó algún tiempo en contestarle, pero al fin lo pensó bien y se dijo:

—¿Voy a estar sola toda la vida? Yo tengo mis años. ¿Quién me quiere a mí? ¿Quien se atreve a hablarme? Na-

die. Le escribiré a Antonio y le daré un sí tan grande y tan redondo como un castaño de esas laderas.

Y en estos trámites estaba doña Petra cuando retiró su protección a María de los Dolores.

—Chica, le dijo a ésta— hasta ahora ha sido una cosa. Ya sabes que me voy a casar y debo mirar por lo mío. Doña Basilisa que te llenó la cabeza de pájaros que te ampare. ¡Estas maestras con tal de alcanzar regalitos y tener la casa llena, no hacen otra cosa que reclutar estudiantes por estos campos y... y que los costee otro y ellas se quitan de arriba la carga, prodigando elogios e inventando Mecenaz.

* * *

Prosigue la biografía de María de los Dolores contada por ella misma.

20 de marzo.

¿Quién lo había de decir? Doña Petra me abandona. Ella que tantas promesas me hizo. Y toma como pretexto que me he dedicado a los novios. Y de mi cuaderno de Notas, ¿qué? ¿Qué dicen mis notas?

25 de marzo.

¿Conseguirá sostenerme doña Basilisa? Trabaja por conseguirme una beca. Dice que tiene en el Instituto buenas amistades.

29 de Marzo.

Se ve que doña Basilisa es una señora sincera. Dice lo que siente. En cambio doña Petra habla mucho. Es una cotorra. No siente lo que dice. Es tacaña. ¡Con lo que a ella le sobra...!

1 de abril.

Al olor de su abundancia vino ese don Antonio González. ¡Pobrecillo! No sabe él donde se va a meter. En manos de un sargento implacable que no le dejará tranquilo ni un minuto.

10 de abril.

Mis provisiones van a menos. Estoy pasando hambre por temor a que se me acaben; creo que mi compañera Alicia lo ha notado.

—No te apures María de los Dolores. Come más y estate tranquila. En esta semana espero que se llene mi despensa.

15 de abril.

—¿Salimos hoy Amapola?

—No. Tengo que estudiar.

—Es jueves y...

—Jueves y ¿qué?

—Que Fernando espera a su Amapola.

—Que pase ganas. Dicen que con la espera se aguza el amor.

—También puede perderse.

20 de abril.

Se tarda en llegar mi vitualla. Pero llegará de un momento a otro. Doña Basilisa no se puede descuidar. ¡Cómo sufrirá mi pobre madre! Menos mal que Alicia suple deficiencias.

25 de abril.

—¿Cuándo vamos a ver las amapolas, María de los Dolores?

—¿Este es precisamente el tiempo. El campo debe estar hermoso; pero...



—Pero ¿qué?

—Imposible dejar ahora los estudios.

Este diálogo me ocurrió ayer con Fernando.

30 de abril.

A la procesión de San Pedro Mártir asistí ayer acompañada de Alicia y Fernando, y oí esta conversación junto a mi:

—¿Esta es la novia de Fernando García?

—Creo que sí.

—¿La que llaman Amapola?

—Vale bastante; pero no creo que esos colores sean naturales.

—Son.

—Acércate. Es una chica muy fina.

—¿Y es de la Vega de San Mateo?

—Sí.

—Pues tiene una cara de inglesa, con facciones españolas.

—La española inglesa.

1 de mayo.

No puedo seguir estudiando. Ni Alicia ni yo hemos comido hoy nada. Un triste bocadillo para engañar el estómago. He pasado el día tendida en la cama.

3 de mayo.

¿Qué se creen nuestros proveedores en el campo? ¿Que somos espíritus? Ha venido Fernando y no lo pude recibir. Le mandé decir que estaba enferma.

10 de mayo.

Tengo que estudiar mucho. Mañana tengo los exámenes de Geografía y Matemáticas. ¡Ay! Las matemáticas que Dios confunda. No puedo con ellas.

15 de mayo.

Voy saliendo de los exámenes y con buenas notas, que le tengo que pasar por los ojos a doña Petra. —¿Has venido a Las Palmas a enamorar? —me dijo.

¿Así se engaña a ninguna criatura?

He venido a Las Palmas a pasar hambre. Y a usted, doña Petra, ¿le gustan los novios?

18 de mayo.

Llevo tres sobresalientes y una Matrícula de Honor. Cuánto me alegro, sobre todo, por mi maestra doña Basilisa.

27 de mayo.

Todo el curso con sobresaliente y Matrícula de Honor. He pasado el tiempo en Las Palmas enamorando, doña Petra.

28 de mayo.

Hoy he pasado bastante tiempo con Fernando y con Alicia. Fernando está contentísimo. El también ha sacado buenas notas. Estudia cuarto de Bachillerato. Hace este año la Reválida. Está bastante preocupado.

30 de mayo.

Alicia Gutiérrez aprobó también todo el curso. Me alegro mucho. ¡Qué buena compañera es! De cuántos apuros me ha escapado esta compañera de Las Lagunetas.

31 de mayo.

Estoy ansiosa de ver a mi familia. De volver a mi Lechucilla. ¿Cuándo me iré? Es un problema gordo. No tengo dinero para pagar el coche. ¿Cómo resolver el problema?

1 de junio.

No he dormido en toda la noche. Hasta el último momento la angustia y el desamparo. Alicia ha sido visitada hoy por su madre. ¿Será ahora también mi providencia?

2 de junio.

No puedo permanecer aquí, porque no tengo qué comer. No puedo irme porque no puedo pagar el coche. ¡Dios mío!, ¿qué hago?

3 de junio.

—¿Mañana nos vamos, María de los Dolores?

—No sé.

—¿Fernando no te deja ir?

—No. No es eso. El siente que me vaya. Pero comprende que no puedo seguir aquí.

—¿Entonces?

—¡Ay, Alicia!, el pobre no tiene derecho a vivir.

—Ya comprendo. Yo te pagaré el coche.

—Cuánto siento molestarte una vez más. ¿Qué fuera de mi sin tu compañía?

4 de junio.

Mis padres no me esperaban. Me encuentran muy desmejorada. Y yo a ellos. En casa se pasan calamidades. Calamidades que no se pueden referir.

5 de junio.

Al salir de la Vega de San Mateo hacia la Lechucilla me llamó la atención un cercado de rojas amapolas.

6 de junio.

¿Amapolas?

7 de junio.

¡Qué vida tan distinta esta de la Lechucilla! Ayudo a mi madre en las tareas de la casa.

9 de junio.

Mi madre sale a trabajar al campo en las tareas de recolección con los labradores. Hoy ha ido a recoger trigo.

—Madre, consígueme trabajo a mi también. En el tiempo de zafra hay trabajo para todo el mundo. ¿Por qué no he de ganar yo también un jornal?

12

Don Jaime García vivía en la calle de García Tello. ¿Número? No estamos seguros, pero con toda probabilidad era el número 20. Don Jaime García era un apasionado del barrio de Vegueta. Ciudad vieja de Las Palmas. Calle de García Tello. Don Jaime protestó cuando a la ampliación de esta calle, desde la de los Reyes hasta el mar, se le dió el nombre de «Domingo Doreste-Fray Lesco».

—No porque Fray Lesco no se lo mereciera, sino porque toda la calle debía llevar el mismo nombre. Calles tiene Las Palmas y el barrio de Vegueta, dignas de ostentar el nombre de nuestro gran escritor don Domingo Doreste.

Don Jaime García se había casado con la joven Gloria Betancor, cuando aún ésta no tenía 16 años. Gloria era muy agraciada, muy pizpireta y traía a muchos jóvenes convertidos en unos chifletas.

Gloria era una joven extraordinariamente vanidosa. Los vestidos lujosos y los perfumes delicados eran para

ella siempre pocos. No pensaba sino en salir, aparentar y rendir a sus pies a los hombres.

Estó suponía a sus padres muchos gastos, y más de una vez produjo en la casa hondas desavenencias.

Se debía al panadero, al casero, la luz, el agua... Era un desfile diario de cobradores con recibos.

—Venga usted mañana. Venga usted la semana que entra.

Y, a la semana siguiente, ocurría lo mismo. Gloria y sus lujos acaparaban todos los ingresos de la casa.

—¿Qué quieres, hombre —decía la madre—. La niña está mereciendo y no podemos desatenderla.

—Si. La niña mereciendo y nosotros ayunando, y siendo la burla de los vecinos.

Cuando don Jaime la pidió a sus padres, éstos le dijeron que era muy joven, y que no estaban seguros de que supiera dirigir la casa. Y de ello estaba también seguro don Jaime, que solía decir a sus amigos:

—Yo sé que Gloria no sabe freir un huevo; pero no puedo estar separado de ella un momento.

Y se casó un 11 de febrero, día de la Virgen de Lourdes, para que Dios le diera suerte.

—Vas a alcanzar palos, Gloria, si no sientas la cabeza —le decía su madre pocos días antes de casarse. Tan liviana y tan pizpireta era nuestra Gloria.

Pero cosa rara. Después de casada, Gloria se hizo la joven más seria del barrio de Vegueta. Para salir un rato a Triana, tenía que sacarla don Jaime, después de muchos ruegos.

Pasó mucho tiempo en que el matrimonio de Jaime y Gloria sufrió mucha pena. Muchos desconsuelos y desilusiones. Pasa un año y Gloria no daba señales de tener un hijo. Pasan dos años y el matrimonio iba todos los lunes a la misa de Santa Rita, en San Agustín, para pedirle un

hijo. Y, a los tres años Santa Rita los oyó y Gloria dió a luz un hermoso niño que le presentaron al lunes siguiente en su altar con las caras llenas de risa.

El niño recibió el nombre de Fernando, y todos los lunes visitaba con su madre a Santa Rita de Casia.

La casa de don Jaime era una casa muy modesta y de medios también bastante modestos. Hasta que un día, por intermedio de un amigo muy influyente, consiguió un empleo en el Banco Hispano.

Jaime no asistía a tertulias ni sociedades de recreo. Su empleo y su casa. Y sus libros. Era un hombre apasionado de la lectura. Le gustaba fumar bien y leer buenas novelas. Conocía mucha literatura nacional y extranjera.

Don Jaime era una figura inconfundible. Tipo alto y doblado. Cara ancha. Ojos vivos. Con bigote y patilla. Paso lento. Andares mesurados. Su presencia infundía respeto. Entre sus compañeros del Banco estaba muy bien conceptuado.

Así que don Jaime empezó a cobrar en el Banco notó que le lucía menos.

—¿Qué pasa aquí? Gloria, ¿cómo te explicas que el sueldo de ahora, con ser mucho mayor no alcanza para el mes?

Pero pronto pudo darse cuenta de que su señora lucía ahora excelentes vestidos confeccionados a la última moda. Había renacido en ella la vanidad de sus buenos tiempos.

—Por algo —dicen que decía ella— soy la señora de un empleado del Banco Hispano.

Y el pobre don Jaime comenzó a sufrir bastante con el despilfarro de Gloria.

Fernandito crecía como los demás niños. Y, sin darse cuenta, sus papás, vieron crecer su descendencia con tres hijos más, una de ellas hembra.

Gloria se multiplicaba en su quehacer. Intentó poner sirvienta, pero no la encontró. Gloria era muy limpia. La casa brillaba por su aseo y buen aroma en todas partes. Gloria no tenía más debilidad que vestir bien.

Cuando los niños llegaron a la edad escolar, Gloria se levanta muy temprano y prepara el desayuno a sus hijos.

Los niños iban al Colegio de San Ildefonso, regentado por maestros y Licenciados.

Al cumplir los diez años, Fernando fue preparado para el ingreso en el Instituto. Fernando era un niño corriente y moliente. Su padre le descuidaba bastante. Era poco aplicado. Le gustaba mucho el fútbol, lo que se traducía en un gasto excesivo de zapatos. A veces un par de zapatos no le duraba una semana.

—Hay que poner remedio en el caso de Fernando —dijo un día Gloria a su marido.

—¿Por qué?

—En una semana ha roto un buen par de zapatos. ¡Ese fútbol!

—A ver si nos sale un buen y famoso futbolista.

—Y nos trae millones a casa.

—En serio, Jaime. Ahora que va a ingresar en el Instituto hay que prohibirle el fútbol.

Y Fernando hizo el examen de Ingreso, y fué suspendido por faltas de ortografía.

—Entra Fernando, ¿por qué te han suspendido?

—Porque tenía más de tres faltas de ortografía.

—No está mal. Y hay hasta ministros con faltas de ortografía. En estas vacaciones me voy a ocupar de ti. Así podrás aprobar en septiembre. Una persona con faltas de ortografía es un carretero.

Don Jaime hizo varios dictados a su hijo y pudo comprobar que el suspenso había sido justo. En un párrafo de diez líneas tenía más de doce faltas de ortografía.

—Oye, Fernando, ¿qué Colegio es ese Colegio tuyo? Ahí no se ocupan de los chicos.

Y, en efecto, pasó a la aritmética y la geografía, y en todas partes encontró garrafales deficiencias.

—Estamos arreglados con estos señores Maestros y Licenciados. Ahí no se enseña nada o eres tu un zoquete a quien no le entran las cosas. Y eso que me dijeron que tu estabas bien preparado de Ingreso. ¡Vaya preparación!

Fernando ingresó en septiembre y fue matriculado de primer año en el Instituto. Don Jaime no se descuidaba, y todos los meses iba a recibir del Jefe de Estudios el Cuaderno de Notas de su hijo.

Fernando era un alumno regular, que vigilado por su padre, se convirtió en un buen alumno.

No obstante estudiando el tercer curso, Fernando tuvo un bajón en las notas. ¿Qué ocurre? Don Jaime se puso en guardia. Consultó a los Profesores y nadie le daba una razón convincente. Hasta que un día se le ocurre ir por Triana y encuentra a Fernando muy entretenido con una chica. ¡Ahí está! Fernando está enamorado. Fernando ha aflojado en sus estudios, porque está enamorado.

No le dijo nada. Pero otro día se hizo el encontradizo con él.

—Con tal que me vea, basta. Lo que quiero es que sepa que lo estoy vigilando. Estas cosas no se le pueden prohibir a los chicos. Ellos se van curando poco a poco.

En efecto, Fernando, con otros chicos del Instituto, se dedicaba desde hacía tiempo a dar bromas a las chicas.

Y un día le llamó la atención una muchachita algo tímida, que se escondía tras sus compañeras y se veía que tenía cierto rubor. Notó Fernando que esta chica tenía algo especial. Por su presencia y buen parecer se distinguía de todas las demás.

Comienzan las bromas. Y los chistes. A Fernando le



llamó mucho la atención aquella campesina y la llamó dos o tres veces *Amapola*. Lo que en un principio fue broma, luego se convirtió en atracción recíproca.

Y así comenzaron las relaciones de Fernando y María de los Dolores.

13

María de los Dolores otra vez en la Lechucilla. Eran sus primeras vacaciones de verano. Y venía cargada de Matrículas de Honor y Sobresalientes. ¿Orgullosa? Nada de eso. Llena de sozobra y de temor. ¿Volvería otra vez a Las Palmas? Era poco probable. En Las Palmas también se come y se necesitan recursos para vivir. ¿Cómo conseguirlos? Doña Basilisa... ¿Conseguiría sus propósitos la buena señora.

María de los Dolores extrañaba este ambiente del campo. ¡Qué tranquilidad, qué quietud, qué silencio!

Las noches las dormía de un tirón, y aún le parecían cortas. Las mañanas eran saludadas por los cantos de los gallos, los balidos de cabras y ovejas, los ladridos de los perros. Movimiento de campesinos hacia los campos de trabajo. Sol implacable sobre los campos. Días pesados y sudorosos. Y, al anochecer, se refugian todos de nuevo en la choza. Era la hora de las confidencias entre madre e hija. Y el padre sentado en el exterior de la casa tomando el fresco. Y el pequeño en las faldas de la madre.

—Dime, María de los Dolores, ¿sufirías mucho en Las Palmas?

—Mucho, madre.

—¿Por qué? ¿Por estar separada de nosotros, porque trabajabas mucho, o porque te trataban mal?

—Y por...

—Dímelo. Soy tu madre.

—Pasé mucha hambre y muchas escaseces.

—¿No te mandaba doña Petra?

—No, madre. En un principio algo. Pero luego, nada.

—Es que doña Petra me llamó un día y me contó que tu no estudiabas nada, porque te habías echado un novio. Que se había equivocado contigo. Y que, en adelante, te retiraría su protección. —¿Y entonces, doña Petra? —Que se venga a su casa. A Las Palmas se va a estudiar, no a buscar novios. —¿Y cómo me hago yo ahora? Somos muy pobres para tales gastos. —Y me volvió la espalda.

—Y ¿es verdad que tienes novio, Dolores?

—Sí, madre.

—¡Tan pequeña! ¿Tu no comprendes que eso lejos de tu madre no está bien? ¿No te faltará tiempo para el estudio?

—Sé, madre, que no está bien. Pero, aunque rechacé a Fernando cuanto pude, él insistió. ¡Es tan bueno y tan guapo!

—Hija, ¿vas a perder tus estudios por un muñeco de esos?

—Mira, madre, doña Petra con novio o sin novio, me hubiera retirado su protección. Le dolían mucho los recursos que me estaba mandando, hasta el punto de tenerme muerta de hambre. Creo que ella vió los cielos abiertos, cuando se enteró que tenía novio. Lo que ha hecho conmigo lo ha hecho por tacaña. ¿Por qué no se ha enterado de las notas que he sacado? ¿Me ha impedido el novio sacar esas notas?

Estas y otras pláticas hubo entre madre e hija, que el cronista ha preferido consignarlas tal cual las encontró en el *Diario* de María de los Dolores.

4 de julio.

Hoy recibí carta de Alicia Gutiérrez. Dice que está aburrida. ¿Es que no le gusta el campo?

5 de julio.

Hoy he ido a Misa a San Mateo. El camino es bellísimo. Muchas huertas de árboles frutales. Muchos chalets, llenos de flores. El agua sonando por las acequias. Los labradores cuidando sus animales. El sol acariciando con sus rayos todos los seres.

7 de julio.

—Dolores, todavía no me has dicho por qué te llaman Amapola.

—Muy sencillo, madre. Soy una pobre campesina, criada en plena naturaleza, como esas flores rojas que tapizan los sembrados. ¿No ves los colores de mi cara? ¿No te has fijado en mis ojos? ¿No te has parado a contemplar mis movimientos y mis expresiones? Soy una verdadera amapola.

10 de julio.

Hoy recibí una carta de Fernando. Y lo que son estas pobres gentes de la Lechucilla. Curiosos y ladinos. La carta desde la Vega de San Mateo hasta aquí pasó por muchas manos. Me la entregaron casi abierta.

Ya todo el mundo en la Lechucilla sabe que María de los Dolores tiene novio. Y se hacen cruces. ¡Tan joven y con novio! Pero la que ha puesto el grito en el cielo es doña Petra:

—Si, señores, yo la protegía y la ayudaba; pero desde que me enteré que tenía novio, le retiré mi protección.

12 de julio.

Hoy domingo fui de paseo al Calero y me llevé una

gran sorpresa. Me encontré con Fernando. Estuve toda la tarde con él. Hubo expectación y extrañeza.

Hablamos mucho. Le dije que probablemente este año no bajo a estudiar.

—¿Por qué?

—Porque no puedo. Los gastos son muchos y no tengo quien me los sufrague. Soy muy pobre, Fernando.

—¿Has probado a conseguir una beca?

—Sí. Doña Basilisa, mi antigua maestra, interviene en el asunto.

—Yo no puedo creer que te quedes después de las notas tan brillantes que has sacado este año.

Fernando quiso acompañarme hasta mi casa, pero yo le disuadí.

—¿Quieres que te hable claro y sinceramente?

—Sí.

—Soy muy pobre. Mi casa es una choza. Mis padres son unos pobres trabajadores, y se sentirían humillados, si les llegas a la casa sin más ni más. ¿Comprendido? No debes ir. Más adelante veremos.

—No quiero molestarte. Me iré de aquí. Te agradezco tu sinceridad.

—Y yo tu comprensión.

—Adiós, Amapola

20 de julio.

Hoy no he salido. Solamente a misa al pueblo y después encerradita en este bosquecillo.

Dejemos ahora de leer. Recemos. Meditemos.

—¿Cómo soy yo? Un cuerpecito débil. Un alma grande, sincera, abierta. Fernando dice que le encanto por esta sencillez y sinceridad.

¿Qué soy yo? Una débil amapola que deshoja el soplo de un airecillo.

31 de julio.

Hoy hice yo la comida. ¿La hice bien? Mi madre salió al trabajo del campo. Dice que está ahorrando para pagarme a mi la estancia en Las Palmas. ¡La pobre!

2 de agosto.

Hay una gran zafra en la Lechucilla. Hoy salí yo también a trabajar.

También Amapola trabaja.

Por cierto se me ha quemado la cara. Si me ve Fernando. Con este salario y el de estos días viviré en Las Palmas una semana.

6 de agosto.

Carta de Alicia. Ella también trabaja. Hay que ser como las hormigas. En el verano se trabaja para el invierno.

15 de agosto.

—Te esperaba, Fernando. En la Vega de San Mateo me lo encontré a la salida de misa.

—¿Qué te pasa en la cara, Amapola?

—Caricias del sol.

—¿Está enamorado de ti?

—Es que he estado en el campo, al aire libre, toda la semana.

—¿Trabajando?

—Trabajando. Tengo que ganar dinero para costearme la carrera.

—Cada vez te encuentro una faceta nueva, Amapola.

20 de agosto.

Doña Basilisa no ha podido conseguirme la beca. Solamente una ayuda económica. Hoy llegó a casa muy desilusionada.

—¿Cómo vas tu a vivir en Las Palmas con esa cantidad?

—Creo que sí, doña Basilisa. Yo soy muy frugal.

—¿Y zapatos y vestidos, y otros gastos?

—Yo me las arreglaré. Gracias, doña Basilisa.

30 de agosto.

Hoy he tenido un grato encuentro. Cuando iba bajando la cuesta hacia el pueblo me tropecé al Sr. Cura. Me conoció en seguida.

—Tenía verdadero deseo de encontrarte, María de los Dolores. Tu llegas de Las Palmas y te recluyes en la Lechucilla. Ya sé que hiciste muy buen curso. Me lo dijo doña Basilisa. ¿Cuándo te vas de nuevo?

—A principio de octubre.

—¿Estás contenta?

—No mucho. Son muchos los sacrificios y estrecheces.

—Lo sé. Este año —ya se lo dije a doña Basilisa— supliré yo algunas deficiencias.

6 de septiembre.

—Te veo muy preocupada, Dolores. ¿Me quieres decir por qué?

—¡Ay, madre! Cuando una se ve sola en un cuarto de la azotea en Las Palmas. Y con el estómago vacío. Con dos y tres libros delante. Mal alumbrada por un candil de petróleo. Oyendo el rechinar del viento. El balido de alguna cabra... Sin que nadie se apiade de una.

—Creo que eso no te sucederá más.

—Dios la oiga.

—De lo que ganamos tu padre y yo. De lo que has ganado tu misma durante estos meses trabajando en el campo, he podido yo ahorrar unas pesetas que te ayudarán a pasar esos malos ratos en que tu te has visto.

—Figúrate, madre. Por todo capital he pasado yo todo un mes mi estancia en Las Palmas con dos pesetas.

10 de septiembre.

—Mañana vamos al pueblo para comprarte todo un equipo. Sé de un comerciante que me lo facilita a plazos. Te hacen falta vestidos y zapatos. Todo un equipo.

—Gracias, madre. Lo que tengo vale muy poco.

15 de septiembre.

Con mi nuevo equipo bajé hoy al Calero. A poco llegó Fernando, que se alegró al verme vestida de nuevo.

—¿Cuándo hay castañas, Amapola?

—Muy pronto. A fines de mes.

17 de septiembre.

Hoy estuvo en casa doña Basilisa. ¡Cómo se preocupa por mí! Me dijo que la Campaña por el Estudiante necesitado va muy bien. La estimula el señor Cura. De doña Petra no quiere ni que le hablen.

—Esa señora no tiene sino palabras y vanidad. Quiere que le tengan por filantrópica; pero que abra otro el bolsillo. Ahora no piensa sino en el Indiano, con quien se va a casar.

19 de septiembre.

Hoy me tropecé con el Indiano. ¡Dios mío, qué serpiente! Un hombre, alto, secarrón. Ojos hundidos. Cara arrugada. Pómulos chupados. Bigote largo y bastante cano. Andar despacioso, pidiéndole permiso a un pie para cambiar otro. Cuando reía parece que lo hacía forzado, presentando una dentadura postiza de relumbrante oro. Doble leontina de oro sobre el pecho. Frecuentes golpes de tos seca y profunda. Se le nota que gasta poca salud.

¿Está bueno el seso de doña Petra?

21 de septiembre.

Hoy había fiesta en la Vega. Hoy no se trabaja en todo el pueblo. Mi padre no ha salido de casa. ¡Qué bueno es mi padre! ¿Cuándo trabajaré yo para que él no trabaje?

23 de septiembre.

—¡Hola, Amapola! ¿Ya tienes hechas las maletas?

—Aún. ¿Crees tu, Fernando, que debo bajar este año?

—¿Por qué no?

—¡Ay, Fernando! Te hablo con tanta sinceridad como a mis padres. Son muchas las calamidades que pasé este año. Más de cinco noches me acosté sin probar bocado. Hambre, hambre, hambre.

—Eso no me lo digas más. Este año entro yo de empleado en el Banco y algo me han de pagar.

—Ni que se diga que...

—No se dirá nada. Nuestras cosas las sabemos y padecemos nosotros solos. ¿No son así más dulces y llevaderas?

29 de septiembre.

Cuando fui hoy a la fuente, me tropecé con Antonia, mi antigua amiga, que también había ido a buscar agua. ¡Qué agua más fresca y más divina!

Al regresar, cada una con su talla en la cabeza, Antonia me dijo:

—¿Cuándo te marchas, María de los Dolores?

—Dentro de unos días.

—Corría por el barrio el rumor de que este año no bajabas a estudiar, pero veo que no es cierto.

—Casi, casi me quedo.

—¿Por qué?

—Somos muy pobres, Antonia, y los gastos muchos.

—¡Ay, hijal, retirarte su protección esa señora; pero en el pecado lleva la penitencia. Pobre señora. Ahora tiene bastante con el Indiano.

Y ambas se rieron y se alegraron.

1 de octubre.

Hacia un domingo espléndido. Amapola y algunas amigas bajaron al Calero, con intención de pasear por la carretera de Valsequillo. Cuando estaban más alegres y entretenidas, les da alcance Fernando.

—¿Cómo has venido?

—Eso no se pregunta, Amapola.

Fernando fue presentado por Amapola a sus compañeras.

—Siento haberles interrumpido la alegría de la tarde.

—Al contrario, nuestra alegría se hace más grande. Estamos celebrando la partida de María de los Dolores.

—¿Si? ¿Cuándo bajas?

—Las clases comienzan cualquier día.

Y Fernando no consintió que Amapola se separara de sus compañeras.

10 de octubre.

De nuevo estoy en Las Palmas. Ahora no hago otra cosa que pensar en la Lechucilla. No puedo dormir. El calor es sofocante. Estoy sola en esta azotea. Alicia no ha venido. Lo ha hecho bien.

Las amistades y relaciones que en el Instituto hacen los jóvenes estudiantes difícilmente se olvidan —dice el puntual cronista de esta verdadera historia, haciendo un

paréntesis muy atinado, al llegar a este punto de su interesante narración—. La verdad que una estadística sobre estos primeros contactos entre los jóvenes sería muy interesante. ¿Cuántas de estas amistades se rompen en poco tiempo? ¿Cuántas se conservan toda la vida? De los cien alumnos que en un año determinado concluyen el Bachillerato ¿cuántos siguen con la misma novia y contraen con el tiempo matrimonio?

Y es inútil que padres de familia o Profesores intervingan demostrando a dichos jóvenes lo prematuras que son estas relaciones. Ellos se salen con la suya siempre, dando la excusa de que lo hacen para pasar el tiempo y en plan de broma. Pero allá en sus adentros, practican estos escarceos con todas las veras de su alma.

Y esto es lo que les ocurrió a Fernando y Amapola.

Amapola, como era bien parecida, fue muy solicitada. Y así lo consigna en su Diario:

5 de noviembre.

—¿Te llamas Amapola?

—No, mi nombre es María de los Dolores.

—¿Tu, Dolores, con esa cara tan alegre, tan atractiva y tan apacible? Si, eres Amapola. No lo puedes negar.

—¿Y qué?

—Nada. Ya sé que tu novio se llama Fernando. ¿Lo quieres?

—Si.

—¿Mucho? ¿No serías tu capaz de dejarlo por mi?

—¿Cómo te atreves? Retírate.

—Piénsalo bien, Amapola. ¿Sabes mis condiciones? El día que lo sepas te va a pesar. Me llamo Gilberto Acosta. Estudio sexto de Bachillerato y pienso ser médico. Ahí es nada. Tener un novio médico. Decídete. Fernando es un pobrete. Hijo de un simple empleado.

—Así lo quiero yo.

Y Amapola le volvió la espalda. Amapola no podía tolerar que se hablara mal de Fernando.

—Volveré otro día, Amapola. Creo que te convenceré.

10 de noviembre.

Gilberto Acosta. Rico. Guapo. Y fresco. ¿No sabe él que tengo novio? ¡Atrevido!

17 de noviembre.

—Eres mujer de suerte —me dijo Alicia, cuando se lo conté—. No seas tonta. Escoge el que más te conviene.

—Ya lo escogí, Alicia.

—¿No te pesará?

Paseo por Triana.

—¿Conoces a aquel chico que va solo por allí? —le dije yo a Fernando.

—Es del Instituto. Y he observado que hace tiempo que te mira mucho. ¿Está interesado por ti, Amapola?

—Creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el otro día, al salir del Instituto, se acercó y se me declaró.

—Pero, ¿no sabe él que eres mi novia?

—Lo sabe, pero fue tan atrevido que se me presentó con todos los atributos de un Príncipe Azul. Va a estudiar para médico. Es de noble familia. Rico. Y me ofreció muchas cosas.

—No sigas. Habrase visto chico tan fresco. Y tu ¿que le digiste?

—Que tengo novio y que no estoy dispuesta a cambiar.

18 de noviembre.

No he podido dormir en toda la noche pensando en la

escena de ayer. Creo que Fernando no se indignó mucho, al saber que me pretendía otro. No lo tomó por la tremenda. ¿Habrá algo en él contra nuestro amor? ¿No se habrá cansado ya de mí? Lo encontré bastante frío.

Se lo dije a Alicia y ésta me dijo:

—No te preocupes. Ni pierdas sueño. Creo que Fernando te quiere. Si no te quisiera no hubiera ido este verano tantas veces a la Lechucilla.

—Pero lo encontré ayer algo frío.

—Es su temperamento. ¿Qué quieres? ¿Que cogiera un palo contra Gilberto?

22 de noviembre.

Tenía que ser. A perro flaco todas son pulgas. Se me han ido los puntos de una media. ¡Una media! ¿Y ahora? No tengo repuesto ni esperanza de tenerlo. ¿Cómo puedo yo comprar otras medias?

25 de noviembre.

Se acabaron para mí las bodas de Camacho. Mis provisiones van escaseando. ¿Se va a repetir lo del año pasado? ¡Pobres estudiantes los estudiantes pobres!

30 de noviembre.

Gracias a Alicia he podido hoy comer algo. La ayuda económica de doña Basilisa no acaba de llegar. ¿Puedo yo seguir ayunando?

1 de diciembre.

Hoy no asistí a clase. No podía. Estoy agotada. Pretextando enfermedad me he estado en la cama, todo el día. En la cama se siente menos hambre.

4 de diciembre.

Ya se oye hablar de vacaciones de Pascua. ¡Qué bien me vienen a mí!

7 de diciembre.

Alicia me preguntó hoy si estaba mejor. ¿Yo enferma?
—Fernando estuvo ayer —me dijo— preguntando por ti. Le vi muy preocupado.

8 de diciembre.

Alicia me trajo una novela. He pasado el día de fiesta sin sentir. La novelita era interesante. Así la preocupación y el hambre se sienten menos.

10 de diciembre.

—¿Sabes quién ha preguntado hoy por ti?
—Si tu me lo dices.
—Gilberto, tu otro pretendiente.
—¿Qué dijo?
—Que se enteró que estabas enferma y...
—Y vino a verme. ¡Pobrecillo!

20 de diciembre.

Al fin estoy de nuevo en la Lechucilla y en mi casa.
—Hija mía, ¿has pasado muchas calamidades?
—Muchas, madre.
—Deja de estudiar. Los estudios no se hicieron para personas tan pobres como nosotros. ¿Quieres? Tu padre está también de acuerdo conmigo.
—No, madre. ¿Y mi porvenir?

26 de diciembre.

—Este año no te pude mandar castañas.
—¿Por qué, madre?
—No pude conseguirlas. La cosecha era escasa.
—¡Qué bien me hubieran venido!
—Y ¿cómo aguantaste el hambre, hija mía?
—Me fingía enferma y no me levantaba de la cama.

—¿Perdías la clase?

—Y a veces toda una semana.

—¿Lo sabe doña Basilisa?

—No. Me da vergüenza decircelo.

30 de diciembre.

Hoy estuvo aquí doña Basilisa, muy contenta. Me traía el primer trimestre de la ayuda económica. Jamás he tenido tanto dinero. Esto me da alientos para seguir.

2 de enero.

—Dolores, tengo que pedirte una cosa.

—¿Qué, madre?

—Me vas a prestar veinte duros para comprarle medicinas a tu padre.

—Encantada, madre. Coge el que quieras. Allí está.

15

6 de enero.

Paseo por el Calero. Es día de Reyes. ¿Esperaba yo a alguien? Si. Esperaba a Fernando. ¿Por qué no ha de venir hoy Fernando? Si. Fernando tiene que venir.

Llego a la carretera, y, en lugar de Fernando, me encuentro al otro, a Gilberto. ¿Quién le enseñó el camino?

—Gilberto, no puede ser. Lo sabes. Te lo he dicho muchas veces. Tengo compromiso con Fernando. Adiós.

—Espera. No te marches. Oyeme.

—No puedo oírte. Fernando está al llegar.

—Fernando me dijo que no vendría más.

—Imposible. Eso es mentira.

Me eché a llorar. Y de prisa me volvía a mi casa. Cuando iba a mitad del camino, con otra compañera, me da alcance Fernando.

—¡Amapola! ¡Amapola! Espérate. Yo ya estoy aquí. Tu no sabes cuánto te agradezco este desaire que le has dado hoy a Gilberto. ¡Magnífico regalo de Reyes! Siéntate un poco. Conversemos.

10 de enero.

Se han terminado las vacaciones. Se ha terminado el paisaje, el frío y la llovizna de la Lechucilla. ¿Cómo pude resistir el frío estos días? Las comidas pocas, parcas y de escasa nutrición; los abrigos, ligeros.

Pero aún era peor el frío de las almas. Mi padre enfermo, mi madre angustiada, la escasez y la pobreza sitiando por todas partes mi pobre casa.

11 de enero.

Aún recuerdo la última noche. Mi madre lloraba, sentada en un rincón.

—¿Por qué lloras, madre?

—¿No lo ves? En este invierno perecemos. El frío, la enfermedad y la miseria acabarán con nosotros.

—¿Crees que no debo irme?

—¿Por qué no? Sálvate tu de este purgatorio.

—¿Crees que puedo hacer algo por vosotros?

—No sé.

—Dímelo.

—Si pudieras tu prestarme 200 pesetas. De aquí que tu las necesites te las podré devolver.

—Si, madre. Te dejaré 300. Yo me las arreglaré como pueda.

—Dios te bendiga, hija mía.

13 de enero.

¡Si doña Basilisa se entera de que yo ya me he gastado la mayor parte de la Ayuda Económica! Pero tengo qué pensar cómo puedo vivir, y pagar el alquiler de mi habitación.

20 de enero.

Muy poco he dormido esta noche. Pero creo que he encontrado un camino. ¿Por qué no he de trabajar yo también y ganarme la comida del día? ¿Qué hago yo todo el día encerrada en mi habitación?

Hablaré con la mujer de la limpieza del Instituto y me buscará una casa para trabajar. Yo no soy una señorita, como dice Fernando. Yo soy una pobre que quiere ganar la vida.

25 de enero.

—Yo lo comprendo todo, hija mía, —me dijo la mujer de la limpieza—. Tu necesitas trabajar para costearte los estudios.

—Eso.

—Yo veré a ver si te encuentro unas horas de trabajo en la limpieza de una buena casa.

30 de enero.

Hoy no me he levantado. Ni he desayunado.

—¿Estás enferma, María de los Dolores?

—No me encuentro bien, Alicia.

—¿Te hago algo?

—No, vete tranquila.

2 de febrero.

—¿Dónde estuvo ayer, mi niña? La estuve esperando. Tengo una casa donde puede trabajar, no en limpieza, sino cuidando unos niños de tarde.

- ¿Cuántas horas?
 —De tres a siete de la tarde.
 —¿Hay que sacar los niños de paseo?
 —Creo que sí.
 —¡Dios mío! ¿Y si me ve Fernando?
 —¿Algún novio?
 —Sí.
 —No importa. El ganarse la vida no es vergüenza.
 —Preferiría trabajar dentro de casa.

6 de febrero.

¿Qué hago? Si acepto me juego la amistad de Fernando. Si no acepto me muero de hambre. ¿Por qué no se lo digo antes a Fernando? Sí. Sí. Se lo diré.

10 de febrero.

- Mira, Fernando. Estoy en un apuro muy grave.
 —¿Qué te pasa, Amapola?
 —Tuve que emplear mi Ayuda Económica en la enfermedad de mi padre y me he gastado casi todo el dinero que me trajo doña Basilisa. ¿Quieres que te diga una palabra? Estoy pasando hambre.
 —¡Amapola! ¡Pobre Amapola! ¿Por qué no me lo has dicho antes?
 —Tenía vergüenza.
 —A ver si mañana puedo traerte algo. En casa creo que tampoco andan bien.
 —No. No traigas nada. Yo tengo ya un plan. Trabajaré las tardes en una casa. Y, con lo que gane, tendré suficiente.
 —¿Tu? ¿De qué? ¿De sirvienta?
 —No, cuidaré unos niños. Los sacaré de paseo.
 —Yo...
 —No te gusta, ¿verdad? Pero el hambre tiene mala cara.

—¡Mi Amapola de sirviental... Si no hay otro remedio...

—Ayúdame a buscarlo. Tu Amapola es más pobre que las ratas. Hazte a esta situación.

11 de febrero.

Accedió, pero se le notaba muy dolorido. Y, desde su punto de vista, tiene razón. ¿Cómo ser novio de una pobre sirvienta? No porque Fernando sea orgulloso, sino por lo que dirán sus amigos, sus padres. Todos se burlarán de él.

13 de febrero.

Fernando estaba hoy muy triste y abatido.

—Me pides mucho, Amapola. Mucho. Mucho.

—Lo comprendo. He descendido mucho. Soy una pobre sirvienta.

—Dime. ¿Cómo resuelves entonces mi problema? Me muero de hambre y se mueren los míos. Fernando: sé que se me parte el alma diciéndotelo: Búscate otra novia, que sea de tu condición social.

—No. No. No. Lo comprendo todo, y admiro tu heroísmo.

15 de febrero.

Hoy me ha visto Gilberto con los niños. Se me acercó y me dijo:

—Hola, Amapola, ¿estás de niñera?

—Ya lo ves.

Tu Fernando está de enhorabuena.

17 de febrero.

Hoy me ha visitado doña Basilisa.

—¿Qué me dicen María de los Dolores? ¿Que estás colocada de niñera?



—Sí, es verdad, doña Basilisa. Mis padres se mueren de hambre y debo ayudarles mientras pueda.

—¿Tienes tiempo para estudiar?

—Trabajo después de mediodía, y por las mañanas asisto a clase.

20 de febrero.

Yo estaba sentada en el Parque de San Telmo cuidando de los niños. Se acercó Gilberto.

—¿Todavía eres novia de Fernando?

—Y a ti ¿qué te importa?

—Creí que convertida en una vulgar sirvienta ya no le interesabas. Si vieras cómo se ríen de él los compañeros. Le dicen: ¿Cómo vas de niñera?

25 de febrero.

Hace días que no veo a Fernando. ¿Qué le pasa? ¿Es que no me quiere? No puede digerir el ser novio de una niñera.

28 de febrero.

Yo estoy contenta. Puedo perder a Fernando; pero salvo a mi familia. Al menos, como algo sólido y substancioso. ¡Vaya meriendas! Doña Rosa, la mamá de los niños, es una excelente señora. Con la merienda de los niños me regala cada día unos magníficos bocadillos que me saben a gloria. ¿Cómo me puedo quejar de mi suerte?

2 de marzo.

Pepito y Rosita son niños buenos y obedientes. Ya son grandecitos. Me quieren mucho; y yo les he puesto cariño a ellos. Yo me llevo un libro y estudio en nuestros paseos por la Ciudad del Mar, por el Parque de San Telmo y por el Paseo de Chil. Al anochecer volvemos a casa.

7 de marzo.

—¿Quiere, doña Rosa, que enseñe a leer a los niños?

—Distráeles. Cuéntales algo, pero no los hagas trabajar.

—Yo los enseño a leer jugando.

—¡Ah, entonces!

10 de marzo.

—¿No comes, Amapola? —me dijo Alicia esta noche.

—No. No tengo gana. He comido mucho esta tarde. ¡Si tu vieras!

16

Cuando don Jaime García llegó del Banco aquella tarde encontró a su esposa doña Gloria muy preocupada.

—¿Qué te pasa, Gloria?

Gloria tenía un carácter muy franco. Era, de ordinario optimista. Reía por nada. Así Jaime, al verla así, creyó que le había pasado algo grave

—Nada, ya te contaré.

Se realizó el almuerzo, con la mayor normalidad, y entonces Gloria contó a su marido lo siguiente:

—Al llegar Fernando del Instituto lo encontré bastante preocupado. Apenas me miró. No jugaba como otras veces con sus hermanos. Entré en su habitación y lo encontré llorando. —¿Por qué lloras?, le pregunté. ¿Te pasa algo? —Nada, me dijo. —Algo te ocurre. Un hombre como tu no llora por nada. ¿Se lo niegas a tu madre? Sabes tu, Jaime, que Fernando ha sido siempre muy comunicativo conmigo. Me cuenta todo. Incluso tonterías de novia. —¿Te pasa algo con tu novia? Dime que sí. —Yo, me di-

jo, como te lo he dicho otras veces, no tengo novia. Se trata de una chica con quien me paseo y me distraigo. —Y ¿qué te pasa hoy? —Esta chica tiene el padre enfermo y se ha gastado el dinero que tenía para los estudios en medicinas. Ahora se ve sin nada. Ni para pagar la habitación ni para comer. ¿Cómo resolver el problema? Ella ha escogido el camino de enmedio. Ha buscado una casa y se ha colocado durante unas horas de niñera. A mi esto no me gusta. ¿Qué dirá la gente? ¿Qué dirán mis amigos? ¿Qué direis vosotros mismos? Que yo tengo una novia niñera. ¿Ves qué desgracia, mamá? ¿Has visto cosa más desapaçible? Y la chica vale mucho. Por sus condiciones físicas, por sus prendas morales. Esto mismo, el gastarse el dinero de su beca en la enfermedad de su padre demuestra el temple moral de Amapola. —¿Cómo se llama, hijo? —Amapola. —¿Qué nombre más raro! ¿Hace mucho que hablas con ella? —Más de un año. —¿La quieres mucho? Porque creo yo que esas relaciones no las puedes seguir. Están en contra muchas cosas.

—¡Y tantas! —acentuó don Jaime.

—Está el nombre de tu padre, Jefe del Banco Hispano. Está el nombre de tu familia. No puedes casarte con una campesina, aunque se llame Amapola. Y él me replicó: —Pero, madre, el amor... —Sí, el amor lo iguala todo, pero no tanto que se rían de ti en plena calle de Triana. Dime, Fernando, ¿qué quieres tu ahora? ¿Que tu padre te dé algo para esa campesinita de Amapola? ¿No es eso? —Sí, madre. —Pues te hago saber que estamos pasando en estos momentos por una crisis económica muy grave. Las cosas están todas muy caras. No sé. Yo hablaré con él esta tarde. Pero te advierto que pondrá una cara de pocos amigos.

—Eramos pocos, y ahora llega Amapola. ¡Ja, ja, ja!
—dijo don Jaime.

—Casi eso mismo le dije yo. Y le añadí: —No, hijo, procura desprenderte de esa Amapola. Tu, procedente de la familia que eres, encontrarás otra novia guapa, inteligente, decorosa. Deja esa flor del campo que no es sino un trozo de carne pintada de rojo. Pero él, tenaz, me respondió: —Por Dios, madre, no me ofendas. Y salió de mi presencia echando lumbre por los ojos. Jaime, hay que darse trazas para que olvide a esa chica. Tu, hombre de mundo, hombre social, sabrás la manera; pero yo amapolas no las quiero para nueras.

Don Jaime, mientras su señora relataba estas cosas daba chupadas a su puro y unas veces sonreía y otras ponía cara de extrañeza. Y, al fin, dijo: Hay que ir despacio. Fernando es un chiquillo y todo esto se convertirá en una chiquillada.

Pasaron los días, pasaron las semanas, y no se volvió a hablar en casa de don Jaime de la novia de Fernando.

Un día recibió don Jaime en el Banco una carta y le llamó la atención. Rasgó el sobre. Mira la firma y nota que no traía ninguna.

—¿Quién será este canalla que tira la piedra y esconde la mano? Estuvo a punto de tirarla al cesto de los papeles, pero venció la curiosidad:

«Sr. D. Jaime: Le supongo enterado de que su hijo Fernando se ha echado de novia a una niñera. ¿Lo sabía usted? ¿Si? Nunca creí que todo un Jefe del Banco consintiera tener una criada por nuera. Sea enhorabuena».

Don Jaime se rió. Cosas de muchachos. ¿Cómo conoceremos al autor de este papelejo? Muy sencillo. Es, desde luego, de los que están con Fernando en el Instituto. ¿A quién aprovecha? La pista es infalible. Nadie se ocupa de uno, si no hay interés por medio. Este es otro chico que desea que quede vacante la plaza de Fernando. Quien lo puede averiguar es la madre. Gloria y su hijo Fernando se llevan muy bien.

Y, en efecto. Fernando le contó las pretensiones de Gilberto. Gilberto vió los cielos abiertos, cuando supo que Amapola estaba de niñera.

—Ahora —se dijo— Fernando la deja. ¿Cómo puede ser él, que tira tan alto, novio de una criada?

Y Gilberto, sometido a hábil interrogatorio confesó que él había sido el autor del anónimo, o al menos, lo dió a entender. Y casi, casi le da resultado la estratagema.

La campaña contra Amapola prosiguió cada vez más intensa, especialmente de parte de doña Gloria:

—Pero ven acá Fernando, hijo mío, ¿con qué cara te presentas ante tus padres enamorado de una pobre criada? ¿Cómo la presentas a tus amigos? ¿La tendrás siempre en un rincón de la casa? No, hijo, despide a esa chica. Déjate de valores morales y otras antiguallas. Los héroes tienen que sucumbir por ser héroes y tu puedes vivir con tu esposa en una vida placentera y feliz.

Y esto un día y otro día. Fernando tenía miedo de llegar a la casa, porque su madre era más pesada que un mazo de batán.

—¡Ay, si tu la vieras, madre y hablaras con ella, aunque sea unos minutos! ¡Qué semblante! ¡Qué finura de trato! Parece que no es del campo.

—¿Si? Pues tráela por aquí a ver si me hipnotiza a mi también. Pero lo veo difícil.

15 de marzo.

Fernando no se acerca. Pero el corazón me dice que Fernando volverá.

18 de marzo.

Si Fernando viera cómo sufro yo, ya no me llamaría Amapola, sino María de los Dolores. He matado el hambre; pero han aumentado mis sufrimientos.

21 de marzo.

Hoy me dijo Alicia Gutiérrez:

—Estás mucho más delgada, Amapola. ¿No comes?

—Mucho.

—¿Entonces?

—El dolor y la tristeza consumen. Estoy muy triste y muy sola, Alicia.

25 de marzo.

Hoy, cuando iba por Triana con los niños, vi a Fernando. Iba solo. Con las manos atrás y meditando. ¿En qué pensaría? Esta noche dormiré mejor. ¿Me vería?

31 de marzo.

He tenido un mal pensamiento. Dar entrada a Gilberto. Pero no para sustituir a Fernando. Eso, nunca. Fernando está muy adentro de mi alma. Sino para darle celos y que vuelva a mi. Pero, eso no lo haré nunca. ¡Fernando!

2 de abril.

Vuelve el sol, vuelven los aires templados, vuelve la primavera. ¿Vuelven también las amarillas retamas y las rojas amapolas?

5 de abril.

Ha venido doña Basilisa y me ha traído bastante dinero. Creo que ahora estoy en condiciones de dedicarme solamente a los estudios. Dejaré los niños de doña Rosa. Dejaré de ser niñera.

7 de abril.

—¿Te vas, María de los Dolores? —me dijo doña Rosa.

—Me voy, doña Rosa. Necesito todo el tiempo para mis estudios.

—Lo siento de veras. Los niños estaban muy contentos contigo.

—Y yo con ellos. Pero no puedo descuidar lo principal.

9 de abril.

He mentido a doña Rosa. La causa de mi salida no son los estudios. No. Es ese Fernando que no me quiere ver con uniforme de niñera.

—A ti, Amapola, te cae muy mal ese uniforme.

15 de abril.

¿Qué es de mí sin Fernando? Tres meses sin acercarse. ¿Lo habré perdido? Sí. Lo he perdido.

18 de abril.

Hoy he llorado mucho. Dejé los niños y mi bienestar por causa de él. ¿Y ahora? Ni Fernando ni empleo.

¿Qué será de mí?

22 de abril.

Estoy agotada. La angustia me mata. Ni como, ni duermo, ni... estudio.

25 de abril.

Alicia Gutiérrez ha bajado hoy de Las Lagunetas.

—Si vieras, Dolores, lo que yo he visto estos días.

—¿Qué?

—Los campos todos florecidos de amapolas. ¡Qué hermosa!

—¿Amapolas dices? Para mí hoy es la flor más fea y antipática. El símbolo de la sangre y la crueldad.

27 de abril.

—Ya vendrá, mujer. Ya vendrá. A lo mejor llega acompañado de un ramo de amapolas.

—Creo que él también odia las amapolas.

—No. No puede ser. Para él la amapola es la vida y la felicidad.

29 de abril.

Hoy me levanté tarde. Tenía sueño retrasado. Alicia ya muy tarde entró en mi habitación.

—¿Estás enferma, Amapola?

—¿Por qué no me llamas María de los Dolores?

—Hoy no es día de los Dolores, sino de San Pedro Mártir. Levántate. Vamos a la fiesta. Tal vez...

30 de abril.

Estaba. Estaba en la fiesta el muy pillo. Se alegraba con otros amigos. Me vió.

—¿Sabes, Fernando, quién va ahí?

—Lo sé.

—¿No te le acercas?

—¡Claro, hombre!, ¿por qué no?

Y se acercó. Yo iba con Alicia, y me soltó a quemarropa:

—¿Dónde dejaste hoy los críos, Amapola?

—En casa de su mamá.

—¿Ya no eres su «nurse»?

—Hace rato que renuncié a ese compromiso. ¿No lo sabías?

—Ahora me entero.

—¿Con alegría?

—Desde luego, ese empleo te caía mal.

2 de mayo.

—Ayer estuve en la Cumbre. ¡Qué hermosura! Me acordé mucho de tí, Amapola.

—¿Por qué?

—Por tantas flores como vi. Flores amarillas de code-so, flores de retama, flores de escobón, flores de lenteja...

—Flores de amapola.

—Sí, flores de amapola.

—Pero no pensabas en lo mucho que me hacías sufrir.

—También.

—Y te divertías y distraías con los amigos. ¿Por qué no? Si me quisieras no me hacías sufrir así. ¿Crees que lo hago por gusto?

—Exageras, Amapola. Es que a ti te gusta servir.

—Me calumnias, Fernando. No tengo nada de servil. Es el hambre de los míos la que me obligó.

—Eres una heroína.

—Por Dios, Fernando, estás hoy muy cruel conmigo.

10 de mayo.

Se acercan los exámenes. Y me duele la cabeza estos días. ¿Por qué será? ¿Cómo voy a aprobar el curso este año?

15 de mayo.

—Cada vez te veo peor, Amapola. ¿No comes?

—No tengo apetito.

—Vas a caer enferma. ¿Quieres ir al médico?

—No te preocupes por mí.

—¿Por quién, entonces, me voy a preocupar?

25 de mayo.

Ya me he examinado de cuatro asignaturas. He tenido suerte. Estoy deseando terminar para irme para la Lechucilla.

1 de junio.

Ya he aprobado el curso. Mañana me voy. ¿Quieres algo para el campo, Fernando? Estoy mal. Cayéndome.

2 de junio.

—Tengo fiebre, madre. Vengo mal.

—Tanto trabajo y tanto disgusto.

—Sí, madre.

18

Era de prever. María de los Dolores contrajo una grave enfermedad. ¿Cómo pudo resistir tanto tiempo? Apenas llegó de vacaciones a la Lechucilla, en los primeros días de junio, se sintió con desvanecimientos y con bastante fiebre.

—¿Te sientes mal, Dolores? Acuéstate, hija. Descansa y eso se te pasará.

Pero la fiebre iba en aumento. Cunde la alarma en la familia y los vecinos. Llaman al médico del pueblo. El médico la puso en observación algunos días y, al fin, diagnosticó una fiebre tifoidea.

—¿Mejorará, doctor?

—¿Por qué no? La chica es fuerte y saludable. Pero en esta enfermedad hay que tener mucho cuidado para evitar complicaciones.

María de los Dolores sufría algunos días un letargo. Ni hablaba ni abría los ojos. La familia estaba desolada.

Doña Basilisa, la maestra, pasaba los días enteros a la cabecera de la enferma. Se hacía cargo de la infelicidad de aquella familia tan buena y tan poco afortunada.

¿Se enteró Fernando?

Fernando acudió un domingo y otro al Calero, y Amapola no aparecía. Hasta que, lleno de ansiedad, preguntó a unas jóvenes que por la carretera de Valsequillo se paseaban.

—Hace quince días —le dijeron— que está enferma.

—Y muy grave —añadió una de las chicas.

—¿Queda muy lejos la casa?

—Poco. ¿Va usted a ir?

—Sí.

—¿Quiere que le acompañemos?

—Se lo agradezco.

Y los tres jóvenes se pusieron en camino a casa de María de los Dolores. Y, entre otras cosas, una de las jóvenes le dijo a Fernando:

—¿Es usted el novio de María de los Dolores?

—Sí, soy su novio desde hace tiempo.

—¿Tan pequeña y con novio? —dijo la otra.

—Desde el mismo año que salió de aquí para estudiar.

—Es tan guapa y tan agradable.

—Y, sobre todo, tan sencilla y tan humilde, que cuando llegó a Las Palmas, se distinguía de todas sus compañeras. Su expresión es tan bella. Sus colores tan finos.

—¿Y por eso la llaman Amapola?

—Sí. Para mí no es María de los Dolores, sino Amapola. Una amapola silvestre, salida de estos campos.

En la casa estaban doña Basilisa y la madre.

María de los Dolores se impresionó, cuando le anunciaron que un joven quería verla.

—¿Tu, Fernando?

—Sí. Yo. ¿No tengo la obligación de visitarte?

—Pero...

La emoción fue muy grande. La enferma cayó en un espasmo, siéndole difícil recuperar el conocimiento.

Doña Basilisa, llena de solicitud y de la mayor habilidad y delicadeza, resolvió al fin la embarazosa situación.

Fernando, pasados unos minutos, salió de aquel nido del dolor, convencido de que Amapola no superaría tan grave enfermedad.

* * *

Pasaron los días y las semanas y María de los Dolores no reaccionaba en su grave enfermedad. Tenía muchas horas de inconsciencia y letargo.

Y otras en que el visiteo constante de los vecinos le molestaba enormemente. Pero, ¿cómo se les decía que la enferma no podía recibir visitas? Lo llevarían muy a mal.

Una tarde la atmósfera de la única habitación de la casa era muy densa. Tres o cuatro mujeronas hablaban hasta por los codos. María de los Dolores se quejaba de la cabeza. La situación era insostenible. Y precisamente en esa tarde fatal, a doña Petra se le ocurre venir a ver a su ahijada. Doña Petra hablaba muy alto. Y con notorio narcisismo, se comía a preguntas a la enferma. Esta contestaba como podía. Y alguna vez callaba. ¿Qué iba a hacer?

Y el coro de mujeres seguía implacablemente quitándose unas a otras la palabra, siendo doña Petra la directora de orquesta. ¿Cómo podría sufrirlo la enferma?

—Afortunadamente, cuando las voces eran mayores, entró el médico y examinada la enferma, levantó la voz y dijo:

—¿Quién manda en esta casa?

Silencio. Luego se levantó doña Basilisa y dijo:

—¿Se le ofrece algo, doctor?

—Sí. Algo muy importante. Aquí, en adelante, no recibirá usted una visita más. La enferma está muy ator-

mentada y no puede oír hablar a nadie. Señoras, están ustedes robando oxígeno a los pulmones de la enferma. Yo les ruego que se marchen a sus casas. Es el mejor favor que pueden hacer a la enferma.

Y detrás de doña Petra se marcharon todas las mujeres con caras muy largas y muy ofendidas.

Y cuando llevaban un buen rato de camino, se volvió hacia ella la figura imponente de doña Petra, y les dijo:

—Así le pagan a uno los favores que les he hecho.

19

Cualquier hecho o sucedido es noticia en el pueblecillo de la Lechucilla. María de los Dolores era muy conocida y apreciada. Doña Basilisa le había dado mucha fama. Era muy buena estudiante. Buena. Sencilla.

Cuando el público se enteró de que doña Petra le había retirado su protección, hubo indignación general. Y más, cuando, al caer enferma, se dijo que había sido a consecuencia del hambre y de las calamidades sufridas. La gente no podían creerlo. —¿Para qué quiere, decían, tanta rigueza y tanto dinero como tiene esa mujer?

Y, al llegar María de los Dolores aquel año a su hogar enferma, todos los vecinos se alarmaron.

—¡La pobre! —decían—. Es mucho lo que sufrió este año en Las Palmas. Hambre, frío, escaseces y privaciones. Todo eso la fue debilitando, hasta que cayó.

—Sé de buena tinta —decía una comadre del barrio— que para poder vivir tuvo que colocarse de sirvienta en una casa.

—Pero eso ¿es verdad?

—Como el sol que nos alumbra.

—¡Jesús! ¡Jesús! Y esa egoísta de doña Petra llenando de pesetas sus cajas.

De aquí que mientras crecía como el arroz la popularidad de María de los Dolores, más odiada era doña Petra. Y por cierto en un momento crítico para ella.

—¿Por qué? ¿Qué le pasaba a doña Petra? Es —como hemos dicho— que a doña Petra le había dado por casarse, precisamente por estos tiempos. Y, ¿qué tenía de particular? ¿No era ella una mujer como otra cualquiera? Desde luego. Pero doña Petra se dejó pasar el tiempo. Desperdió más de una ocasión en su juventud por las razones en otro lugar de nuestra historia apuntadas. Y, pasados los cincuenta le entró la fiebre del matrimonio. Y es lo que ella decía para justificar sus propósitos:

—Una mujer sola vale poco, nada. No tiene quien la defienda. Y está dispuesta incluso a perder su hacienda, si a alguien se le antoja quitársela.

Y todos los días con aquellas dotes de predicadora de que gozaba, salía a las esquinas y echaba al aire esta perorata a cualquier pordiosera que se le acercara.

—Lo mejorcito que usted hace, señora. Un hombre en una casa impone respeto.

Y, doña Petra, muy oronda le volvía la espalda, y le traía un buen gánigo de mazorcas de millo de su granero bien repleto.

Y la mendiga se iba a su casa muy contenta e interiormente sin poder contener la risa, diciendo:

—Vaya fiebre de matrimonio que le ha entrado a esta señora. Cuidado con este viejo loro. Dios quiera que no le pese porque el señorito, según me han dicho, es de aúpa.

¿Quién era este señorito?

Pues un quidam de la misma Lechucilla, que preten-

dió también a Petrita en su juventud y ella lo despreció por su notoria inferioridad social y por su físico un tanto repugnante.

El pobre señor, rechazado, se marchó a Cuba y allí llevó una vida azarosa que le produjo mucha hambre y calamidades. A Antonio González no le gustaba trabajar. Vivió a la sombra de unos parientes simulando enfermedades, que no tenía, pero que le servían para ocultar su gandulería. Pasó el tiempo y se le acentuó una cojera que le produjo una caída desde un risco en la Lechucilla, cuando era joven. Luego le vino una piorrea que le dejó sin dientes, los cuales sustituyó por metal dorado. El tiempo también le trajo un asma que le tenía parado durante temporadas. Un día el machete con que cortaba caña, alguna que otra vez, le llevó dos dedos en una mano. En fin, él se vió tan perseguido por la fortuna, que al cabo de los años el hombre se dió a meditar hondamente.

—¿Qué va a ser de mí en la vejez? ¿Me tiraré aquí junto al cañaveral a morir de hambre? No. No puede ser. ¿Por qué no le escribo a Petra, a ver si ahora que está vieja me recibe y se casa conmigo? Sí. Le escribiré. No pierdo sino unos centavos.

Y le escribió a doña Petra. Entre otras cosas le decía: Que había ahorrado unos pesos y deseaba venir a disfrutar de ellos a Canarias. ¿Por qué no nos casamos, Petra? Con lo que yo llevo y lo que tú posees tendremos una vida dichosa. ¿Quieres? ¡Ah, cómo ansío verme de nuevo en la Lechucilla, junto a ti, disfrutando de tus caricias y de mucha tranquilidad!

Doña Petra se sorprendió en un principio. Pero después reflexionó bastante y creyó que le ofrecían el secreto de la felicidad.

—Antonio González —se decía— es un hombre bue-

no, desengañado de la vida. Con bastante dinero. Saludable. Creo que es el que me conviene.

Pero quiso ir con alguna cautela, y se dijo: —Bien, se lo diré a mi tío y se lo consultaré también al señor Cura. ¿No te parece, Petra? ¿Y si uno y otro te dicen que nones? No les haré caso. ¡Vaya!

Un día fue a casa de su tío, un viejecito que vivía más arriba de su casa. Era un hombre sensato. De vuelta ya de todas las cosas del mundo.

—¿Qué te parece, tío?

—Muchacha, creo que haces un disparate. ¿Casarte tú, a tus años? ¿Tienes necesidad tú de enredos y de tener quien te mande? Haz lo que quieras, pero yo...

—Pero, tío, ¿voy a estar sola toda la vida?

—Más vale estar sola que mal acompañada. Además, ese González es un hombre de edad. Siempre ha sido un gandul y viene a que tú le mantengas. A lo mejor, enfermo. ¡Cuidado, Petra!

Al salir de casa de su tío Petra se dijo:

—Lo que quiere mi tío es que mi herencia quede en la familia, pudiendo quedar en un hijo de mis entrañas.

El señor Cura le aconsejó casi lo mismo:

—Doña Petra, a sus años, es un peligro casarse. Y más usted que ya tiene, hace muchos años, su plan de vida. No obstante usted hace lo que quiera.

A este consejo Petra, por el camino, de la Vega de San Mateo a la Lechucilla decía:

—Es lo que digo. Cuando se está chupando del bote, se teme perderlo todo. Don Hermenegildo, como le doy tanto para la Iglesia, cree que si me caso, ya no le doy nada. Pero esto lo tengo decidido y no hay nadie que me eche para atrás.

Mientras en la Lechucilla no se hablaba de otra cosa.

—Esta doña Petra se ha vuelto loca —decían unos—.

Nadie le tiene a mal que se case, pero con un hombre saludable. ¿Para qué quiere este eserpento?

Había que ver caminar por caminos de la Lechucilla al indiano Antonio González. Parecía un esqueleto. Una ligera brisa le hacía parar y descansar en su camino.

—El día menos pensado —decía uno— se le acuesta en la cama y de dueña y señora doña Petra pasa a ser su enfermera.

—Vaya suerte que ha tenido González. Siempre ha sido un gandul —decía otro—. Y para la vejez ya tiene quien le mantenga.

—¡Dinero! —decían—. Ni lo tiene ni lo ha visto en su vida. Para los tontos de la Lechucilla un sombrero jipi-japa, una cadena de reloj dorada, un traje claro y unos dientes dorados suponen un millonario.

Doña Petra con motivo del caso de María de los Dolores había perdido casi todo el prestigio. He aquí lo que de ella decía una de las vecinas:

—Habla mucho, querida. Habla como un abogado. Promete mucho, pero nada da. Y si puede hace trabajar a los pobres de sol a sol, y no les favorece en nada. Si no ved lo que últimamente ha hecho con la pobre madre de María de los Dolores. Esta no encontró leche para la enferma en ninguna parte y se vio obligada a acudir al boyero de doña Petra. El boyero consultó a doña Petra y ésta le dijo:

—Se la das, Alejo, pero con dinero en mano. Estos días tengo yo muchos gastos con motivo de mi matrimonio.

—Y esa gente, señora, ¿tendrá dinero?

—Y si no lo tienen no le das la leche.

—Como usted es madrina de la chica...

—Soy madrina de todos los chicos de la Lechucilla. Si me fio...

Y todos los días, por la tarde, la madre de María de los Dolores venía a la gañanía de doña Petra abriendo las manos para que el boyero viera las pesetas y le despa-chara la leche.

¡Cómo se difundió esta anécdota por todos los hogares de la Lechucilla!

Pocos días antes de celebrarse el matrimonio cayó enfermo el novio.

—¿Lo ven ustedes? —decía la gente— ese carcamal no tiene fuerzas ni para llegar al altar.

Pero se repuso. Llegó al Calero, entre dos hombres, y allí estaba un coche para conducirlo a la Vega de San Mateo.

En la Lechucilla aquel día fue un día de fiesta. Por los cerros y laderas del barrio se apostaron muchos jóvenes para celebrar la fiesta. Sonó primero un caracol. Luego otro y otro, hasta ocupar los puntos cardinales de la Lechucilla. Cientos de cohetes estallaron al llegar los novios de la Vega. Sonaron varias tracas al bajarse en el Calero. Los chicos hicieron sonar cencerros y cacharros. Y así hasta bien entrada la noche, en que las tracas se sucedían cada cinco minutos.

Los que iban junto al nuevo matrimonio pudieron ver como González reía con risa nerviosa de vez en cuando.

¿Y doña Petra?

Doña Petra se tapó la cara para que no la vieran llorar. Cuando llegó a la casa, levantó la cabeza, muy soberbia, y dicen que dijo:

—Así es cómo me paga este pueblo los beneficios que le he hecho. ¡Granujas!

Al día siguiente se corrió por el pueblo que doña Petra estaba enferma. Dicen que dijo que le había pesado casarse, porque González era un embaucador. Le habían dicho que tenía mucho dinero y le pidió para pagar el

coche que le condujo a la Vega. Excusa de González: Como he estado enfermo no he podido sacar dinero del Banco.

—¿En qué Banco lo tienes? —le dijo doña Petra.

—En el Banco de España. Es el más seguro.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! No tienes ni una gorda.

Y cada día se corría un rumor distinto.

Que había pedido prestado el pasaje para regresar de Cuba.

Que González no podía vestirse ni desvestirse solo, porque se hallaba lisiado.

Que cuando se quitaba la dentadura postiza su boca era una cueva sin fondo.

Que un día doña Petra, llena de broncoja, no pudo más y dijo:

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! me caí en una trampa. Me he casado con un hombre mejor muerto. Bien me lo dijeron mi tío y el señor Cura.

La juventud de la Lechucilla, al enterarse de lo que había hecho doña Petra con María de los Dolores lo había jurado:

—Esa nos la pagará.

Y doña Petra vivió en adelante en el barrio aislada de sus vecinos.

Las Lagunetas forma con Tirajana y Tejeda el gran trió de Calderas del Centro de la Isla. Las Lagunetas es una caldera inmensa, abierta, de extraordinaria belleza geológica. Riscos inmensos entre los que destaca el gran risco Prieto, barrancos profundos, que se prolongan por la Ye-

dra y Utiaca, laderas interminables, que el hombre con el sudor de su frente, va convirtiendo en tierras de sembradura.

En uno de los bordes de esta gran caldera, así que se asciende a la Cruz de Tejeda, hay un gran poblado de casas y casitas dispersas llamado El Estanco. En una de sus casitas vive Alicia Gutiérrez, la amiga de María de los Dolores. Alicia era una joven sencilla, nacida en el seno de una familia modesta, a quien espoleó también el deseo de alcanzar un mejor porvenir por medio del estudio.

Y a este barrio de El Estanco, tan bello y pintoresco, regresó Alicia Gutiérrez para pasar sus vacaciones de verano. Y descansar de las faenas del estudio, de los apuros de los exámenes y de las privaciones de todas clases que sufría durante el año en una azotea de Las Palmas.

En la desdichada azotea apenas podía respirar. En cambio, desde que llegó al Portillo, se le ensancharon los pulmones. Respiraba felicidad y disfrutaba del placer de la propia tierra.

Alicia vivía con sus padres y dos hermanillos menores.

Apenas llegó, uno de ellos le dijo:

—¿Comes leche mañana, Alicia, de la cabra blanca?

Y la otra:

—¿Con gofio de millo acabado de traer del molino?

—Sí —les respondió— comeré leche mañana de la cabra blanca con gofio de millo acabado de traer del molino.

Alicia colmaba la felicidad de aquella pobre familia de labradores que en un momento se dieron cuenta de que tenían la casa llena.

Alicia y María de los Dolores se llevaban muy bien. Jamás tuvieron un disgusto. Pero María de los Dolores recibía más beneficios. Era económicamente más débil. Y Alicia le ayudó en muchas ocasiones a soportar sus penalidades y escaseces.

Vinieron juntas hasta la Vega de San Mateo, y, al despedirse, María de los Dolores quedó en escribir a su amiga. Alicia esperó una semana. Y otra. Y la carta de María de los Dolores no llegaba.

—¿Que le pasará? No creo que se haya enfadado. María de los Dolores es incapaz de enfadarse. De seguro que está enferma. Entonces le escribió Alicia; pero no recibió contestación.

—Está enferma. Ella se quejaba mucho los últimos días.

Y un día muy de mañanita, para evitarse el calor, se puso Alicia en camino hacia la Lechucilla. Sus presentimientos quedaron confirmados. María de los Dolores estaba enferma.

—¿Cómo te encuentras, María de los Dolores?

—¡Hola, Alicia! Has venido a verme, en vista de que no tenías noticias de mí, ¿verdad? El mismo día de haber llegado caí enferma.

—¿Qué es?

—Una fiebre tifoidea —dice el médico. Ya ves lo bien que me paso las vacaciones.

—Estas fiebres son majaderas; pero en este clima de la Lechucilla reaccionarás pronto y te quedarás bien. ¿Ha venido Fernando?

—Sí. Ayer estuvo aquí. Me ha visitado varias veces. ¿No sabes? Ahora no me llama Amapola, sino María de los Dolores.

—¿Por qué?

—Porque ahora, dice, he perdido los colores de la cara. No tengo nada de amapola.

—El aire de la Lechucilla te devolverá los colores muy pronto.

Y toda esta conversación entre las dos amigas transcurría en el patio de la casa, florido, sombreado por una

parra y muy acogedor. Con una tarde espléndida de fulgurante verano. Oyendo el silbar de los mirlos en el bosque vecino de castaños. Y acariciados por un airecillo suave y tibio, y perfumado de azahares y de rosas.

—¡Qué hermosa tarde! —dijo Alicia. Vives en un paraíso. ¿Aquí, donde estoy yo se sienta Fernando?

—Sí, se sienta ahí. Cierra a veces los ojos y parece que está inmerso en un nirvana. Otras veces me dice: Oportuna enfermedad, Amapola, que me ha permitido entrar en este lugar, donde reina tanta felicidad. —¡Ay Fernando, ¿llamas feliz al hogar donde reina la enfermedad y donde se carece de todo?— ¿Por qué no? ¿Crees que el palacio, donde todo abunda, es más feliz que el hogar del pobre en donde todo es escasez? Te equivocas.

«Y así repetimos él y yo, aquella tarde, todos los tópicos que corren sobre este tema. Hasta que llegada la puesta del sol, se levanta suspirando —¡Qué bien se está aquí, a tu lado, Amapola! Pero tienes que recogerte ya bajo techo y yo tengo que llegar hasta Las Palmas.

—Se ve, María de los Dolores, que Fernando te quiere mucho.

—Sí, pero ¡quién sabe! Si tengo que vestir otra vez el hábito de niñera, me dejará definitivamente.

—¿Viene por aquí doña Basilisa?

—Casi todos los días.

—¿Tiene ya arreglado todo para cuando tú bajes?

—Ella no se descuida. Pero, fijate. Mi enfermedad me ha obligado a muchos gastos y mi familia necesita también comer.

Alicia se levantó suspirando.

—Cuántas ganas tenía de estar contigo un rato. Pero corre la tarde. Las sombras caen ya lentamente de los altos montes. Tengo que ir caminando hasta las Lagunetas.

Adiós, querida Amapola. Cuidate mucho y Dios y su Providencia se encargarán de todo lo demás.

21

4 de agosto.

Ya hoy puedo continuar mi Diario. Ya me encuentro bien y con ganas de reanudar mis estudios. El ambiente de la Lechucilla ha hecho el milagro.

15 de agosto.

Esta tarde me ha visitado el Párroco. ¡Qué amable y qué solicitud por mi salud!

29 de agosto.

Hoy pude llegar hasta el Calero. Vino Fernando. Paseamos un rato.

—Parece que vuelves a ser la misma Amapola —me dijo.

1 de septiembre.

Leía tranquilamente debajo de un castaño. Siento que alguien se acerca. Es doña Petra.

—¿Usted por aquí, doña Petra?

—Sí. Estaba aburrida dentro de casa y decidí dar un paseo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Ya me siento bien.

—Creímos que no escaparás.

—Dios lo ha querido.

—Bien, mujer. Ya sabes que no te olvido.

—Gracias.

6 de septiembre.

¡Qué bueno es Dios!

15 de septiembre.

¿Por qué este mirlo se ha empeñado en cantar tan audazmente cerca de mi casa?

¡Qué bien lo hace!

¿Presagiará algo este canto?

18 de septiembre.

Ya mi madre está preparando la ropa que he de llevar a Las Palmas. ¡Qué previsoras son las madres!

25 de septiembre.

Hoy ha venido a verme doña Basilisa.

—Creo que este año nada te ha faltar, María de los Dolores. El Párroco me ha prometido ayudarme también.

—¿Cómo le pagaré yo todo esto?

—Con una pedrada en un tobillo.

—No diga eso, por Dios.

—No eres la primera, ni serás la última.

—Ni yo ni mis padres somos de esa madera.

—Ya lo sé. ¿Sabes que el otro día me tropecé con doña Petra?

—¿Sí? ¿Y qué le dijo?

—Nada. Hablamos de tu enfermedad. ¿Te vino a ver muchas veces?

—Dos veces.

—¡La pobre! ¿Sabes que su matrimonio ha sido un fracaso rotundo?

—Lo que esperaba todo el mundo.

—Por lo visto el marido siempre está en cama. No por enfermedad sino por pereza. Y doña Petra corre con todo. Desde lavar las dentaduras postizas hasta darle masaje en la espalda y en las piernas.

—De manera que doña Petra se ha convertido en una enfermera.

—¿Cuándo te vas para Las Palmas, María de los Dolores?

—A primeros de mes.

3 de octubre.

Este año me siento muy pesada para irme a Las Palmas. Le he cobrado mucho cariño a la familia y al lugar. Son gentes buenas.

Casi toda la Lechucilla está pasando por casa a despedirse de mí. Me colman de atenciones y de regalos.

Saben la indigencia de mi casa y nos compadecen.

8 de octubre.

Ya estoy cerca de Fernando. Esto compensa un poco el estar lejos del campo y de mi familia.

11 de octubre.

—¡Amapola!

—¡Fernando!

12 de octubre.

Alicia se ha retrasado. Estoy sola. Sola conmigo misma y con mis pensamientos.

18 de octubre.

He sido en el Instituto el espectáculo del día. Compañeros y compañeras me han rodeado.

—¿Cómo has engordado tanto, Amapola?

—La vida tranquila, el ambiente y la buena comida.

—¡Qué colores y qué sanos!

—Estás en plena primavera.

20 de octubre.

Hoy me han llegado las primeras castañas de la Lechucilla. Las he compartido con Alicia.

—Están muy sabrosas, Amapola.

25 de octubre.

Hoy me preguntó el de Matemáticas. ¡Qué hombre más antipático!

31 de octubre.

No sé. Me siento muy aburrida. Pienso. Pienso todo el día y gran parte de la noche. No debí volver a estudiar. ¿Qué saca una? A lo mejor una enfermedad incurable. En cambio, en la Lechucilla...

1 de noviembre.

—¿Que qué sacas, Amapola? Muchas cosas. Piensa en lo que serías tu hoy en la Lechucilla, si no hubieses venido a estudiar. Una joven campesina, sin más horizontes que las laderas, el valle, las montañas... La vida hoy para ti es desde luego más complicada; pero más racional, más atractiva. ¿Tendrías tu quién te llamase Amapola? Solamente por esto, por vivir esta vida social, tan bella, merece todos los sacrificios que haces, has hecho y harás.

5 de noviembre.

¿Sacrificios? Pero la compensación vale también mucho. ¿Hay cosa más bonita que la *Libertad*?

10 de noviembre.

El estudio, la cultura, la civilización eleva, levanta al hombre a un nivel superior.

¿Cómo están hoy en la Lechucilla tus compañeras de escuela?

15 de noviembre.

Al venir a Las Palmas —continuó Alicia— me encontraste a mí y yo te encontré a ti, Amapola.

Viniste María de los Dolores y ahora eres Amapola, y pronto...

20 de noviembre.

Hoy no he cenado. Comienzan las restricciones.

25 de noviembre.

¿Por qué soñé yo tanto anoche? Nunca me había pasado esto. ¿Falta de alimento?

27 de noviembre.

Hoy he comido muy poco. Me duele la cabeza. ¿Volveré a caer enferma?

Ahora puedo sufrir menos el hambre. Me siento extenuada. El hambre me da mordiscos en el estómago. ¿Tendré que irme para el campo?

3 de diciembre.

Hoy ha estado aquí doña Basilisa.

—Tienes mala cara, María de los Dolores.

—¡Ay, doña Basilisa!, sufro mucho.

—¿Por qué? ¿Estás pasando hambre?

—Estoy pasando hambre. Y ahora no la puedo tolerar como antes.

—¡Pobre hija mía! Ahí tienes hasta Pascua. Después veremos.

—¿Cree usted que podré seguir tolerando todo esto? ¿No enfermaré otra vez?

10 de diciembre.

—Tienes mejor cara, Amapola.

—¿Sí? Mi providencia, doña Basilisa, ha provisto ya de todo.

12 de diciembre.

—Las pesetas de doña Basilisa se las ha llevado casi

todas el ama de la buhardilla. ¡Qué mujer más chinchosa! Quería que le pagáramos otro mes adelantado.

—Usted está loca, señora.

—¿Loca yo? Si sabré yo lo que tengo en mi casa.

—Jóvenes decentes y honorables. Y cumplidoras. ¿Le quedamos ahora a deber algo? ¿No?, pues entonces, tranquilícese.

—Es que me han venido a ofrecer doble alquiler por esta habitación.

—Pues ahora la tenemos nosotras y creo que bastante cara.

15 de diciembre.

Ya empezamos a preparar las maletas. En la Lechucilla hay bastante frío, pero se vive mejor y más tranquila.

—¿Cuándo nos vamos, Alicia?

—Espérate al lunes. Pasemos aquí el domingo.

18 de diciembre.

Ya comprendo yo porque Alicia no quiere irse el sábado. Alicia ha encontrado un novio.

19 de diciembre.

—Sí. Está en la Normal. Estudia primero de Magisterio.

—¿Va para maestro?

—Eso parece.

—¿Te gusta?

—Es un chico muy simpático.

—¿De dónde es?

—De San Bartolomé de Tirajana. Me ha dicho que irá a Las Lagunetas en estas vacaciones.

—Se muere de frío.

—No. En Tirajana también hace frío.

22 de diciembre

¡Lechucilla de mi alma! Cuando llegué al patio de mi casa mi madre zurcía ropa. No lo podía creer. Trabajo le costó, por la sorpresa, para levantarse y darme un abrazo.

Benito mi hermanillo, hacia un alpénder para sus vacas, de caña.

—¿Traes caramelos, Lola?

—Sí, toma.

Y así comencé a disfrutar del campo y de la paz familiar.

—¿Llegó Dolores? —preguntó mi padre al regresar del trabajo.

—No. ¿Quién te lo ha dicho?

—Felipe, el Tuerto.

Y salí de mi escodite y me colgué de sus brazos.

—¿Vienes bien, hija?

—Muy bien, padre.

—Dijeron que te sentías de algo esta temporada.

—Pero ahora ya estoy bien.

—Dios lo quiera, hija.

Y delante de toda mi familia salieron unos modestos regalos, que me permitió el dinero de doña Basilisa.

Una blusa para mi madre.

Unos pantalones para mi padre.

Unos zapatos para mi hermano.

—Hija, ¿te has sacado la lotería?

—No, padre, pero el ahorro de unas pesetas cada día hace este milagro.

—¡Tú ahorrar! Te lo has quitado de la boca, que no es lo mismo.

—Es que yo como muy poco.

—Te lo agradecemos, Dolores, y hacemos lo posible porque no pases falta de nada.

25 de diciembre.

—Te voy a dar una sorpresa, Dolores.

Y, en la noche de Navidad, después de la cena, presentó mi madre una bandeja de castañas muy tiernas.

—¿Cómo las has conservado, madre?

—En arena. La arena las mantiene muy tiernas.

—Están estupendas.

—Comed, este es nuestro regalo de Nochebuena.

—Le voy a guardar unas cuantas a Alicia. A mi buena compañera.

—¿Es buena para tí?

—Buena no. Buenísima. Cuando se me acaban las provisiones, ella se encarga de que no me acueste sin cenar.

26 de diciembre.

Amaneció lloviznando.

—Que día más feo, madre.

—Ahora, hija, los días son casi todos así. Estamos en invierno. Creo que hacia el mediodía, el día estará mejor.

—Dios lo quiera.

—Ya sé por lo que lo dices.

—Es que viene él.

—¿Crees tú? No pasará de San Mateo con este tiempo.

—Llega aquí. Fernando no regresará a Las Palmas sin verme.

—Se ve que te quiere mucho.

—Mucho, madre. Y yo a él.

El tiempo fué a peor. Después del mediodía llovía más.

—Vendrá, vendrá, no obstante.

Y a las cuatro de la tarde, cuando más llovía, sienten unos pasos en el exterior de la casa. El perro comenzó a ladrar. Fernando, sin pedir permiso a nadie, entró como una tromba en la casita. Venía embutido en un impermeable, que soltaba agua por todas partes.

—Perdonen que entré sin llamar. Este es un diluvio.

Fernando se sentó en un taburete en un lado de la casa, siempre con la risa y buenas palabras en la boca.

—¿Por qué no te marchaste de la Vega para Las Palmas? —le dijo Amapola.

—¿Marcharme yo sin verte, Amapola? No me conoces. Busqué un taxi que me trajo hasta aquí mismo. Como ves el agua no me asusta.

—¿De verdad que no te has mojado?

—No, estoy bien. Además, hoy no me podía ir sin darte una buena lluvia.

—¿Sí?

—Sabes que he conseguido un buen empleo en el Banco Hispano. Esto me ha dado mucho ánimo. Tenemos ya resuelto nuestro problema. Ya no tienes que vivir con mil privaciones.

—¡Ay, eso me alegraría mucho; pero Dolores es aún muy niña!

—De las niñas que se van con las grandes señoras de su casa.

Y, aquella tarde, cuando empezó a llover de nuevo, y de agua, se habló mucho del porvenir.

30 de diciembre

—¿Gana mucho cuando en ese empleo?

—Dicen que gana bastante, madre.

—¿Qué piensas hacer, María de los Dolores?

—Por ahora nada, madre. Estudiar.

—Es verdad. Aún eres muy niña para pensar en otras cosas.

1 de enero.

No sé si vendrá hoy Fernando. El día está bueno.

4 de enero,

Tengo que ir pensando en el regreso a Las Palmas.
¡Con lo bien que se está aquí!

10 de enero.

De nuevo a oír graznar a la vieja Clotilde, la casera.
¿Tienes muchas ganas de oírla hablar, Alicia?

—Soñaba con ella.

15 de enero.

Ayer al entrar en el Instituto, pude oír esta conversación:

—¿Te fijas, Anselmo?

—¿En qué?

—¿Quién va allí?

—Amapola, la novia de Fernando García.

—¿Se llama Amapola?

—No; pero la llama así.

—¿Es buena estudiante?

—De sobresaliente, dicen.

NOTA: Y aquí termina la vieja libreta de María de los Dolores con su «Diario Intimo». ¿Habrà otra libreta? Los cronistas no la han encontrado todavía.

En junio de 1951 terminaba Amapola con buenas notas el Bachillerato Elemental. No sabemos cuáles fueron las peripecias del último curso. Los cronistas no nos dicen nada de su vida. Si había llevado algún diario. Lo que si podemos asegurar es que pasó bastantes calamidades. Este es el signo de los estudiantes pobres

Doña Basilisa siguió protegiéndola. Le reunía algunas pesetas, pero no le alcanzaban para los gastos más indispensables.

Y así hacen la carrera nuestros estudiantes pobres. Con miles de sacrificios, que pasan, casi siempre, en la humildad y el anonimato.

A veces se da el caso de familias pobres que venden su casita del campo y sus trocitos de terreno para hacer sus estudios. Se enferman. Se quedan sin carrera y viven el resto de sus días en la mayor miseria. Sin casa donde vivir. Sin tierra y sin carrera. Héroe anónimo de una civilización que no supieron digerir, porque no todos pueden ser maestros, o escalar un puesto rector en la sociedad en que vivimos.

Amapola y su compañera Alicia, alumnas bien dotadas, en el curso siguiente se matricularon en la Escuela Normal del Magisterio, donde hicieron sus cursos con toda brillantez. Su mentora era doña Basilisa, ángel tutelar que las alentaba en todas sus dificultades.

¿Y Fernando? ¿Pudo cumplir su palabra de ayudar a su novia con el sueldo que en el Banco Hispano ganaba? Imposible. El sueldo lo cobraba su padre, quien apenas le daba al hijo unas pesetas para cigarros.

Además, Amapola se lo dijo claramente.

—De tu sueldo, Fernando, no quiero ni una gorda. Dile a doña Gloria, tu mamá, que no lo necesito y, aunque lo necesitara, no lo recibiría. ¿Entiendes? Aún hay clases.

Y Amapola, llena de dignidad y entereza, empezó a estudiar la manera de salir de tanta indigencia. En la Normal tenía que estudiar menos que en el Instituto. ¿Por qué— decía ella— no emplearme en alguna parte unas horas? Volver de niñera no debe ser ni lo quiero. Soy mayorcita y otros horizontes me sugestionan. ¿Dónde?

Amapola en la Escuela del Hogar del Instituto se había ganado la estimación de la Profesora de Corte y Confección. Doña Salomé Restrepo le tomó mucha simpatía por su trato, por su listeza y por su habilidad técnica. Hacía el corte tan bien como las primeras y en poco tiempo se había colocado a la altura de una buena Ayudanta de la profesora. ¿Por qué no le contaba su caso a doña Salomé que poseía el mejor taller de costura de Las Palmas?

Y, en efecto, le habló un día en el Instituto de su problema, y le acogió con todo cariño:

—Vete una tarde— le dijo— por nuestra Costura, calle de Perdomo, 10. Creo que puedo resolver tu problema.

Amapola quedó deslumbrada ante los talleres de corte y confección de doña Salomé. Aquello era lujo y llevar las cosas por todo lo alto. Al final, pasó al despacho de la Maestra, y ésta le dijo:

—Creo que te habrá gustado, ¿verdad?

—Muchísimo.

—¿Cuánto tiempo podrás dedicar a este trabajo?

—Las tardes.

—Bien.

—Ven para que veas en que va a consistir tu trabajo.



Y le explicó ampliamente. A la semana siguiente Amapola era una de las operarias más inteligentes de los talleres.

Poco tiempo después enfermó la empleada que atendía al público y doña Salomé no sabía cómo llenar este vacío. ¿Que me hago yo, Dios mío? decía.

—¿Serías tú capaz, Amapola de atender a las señoras por unos días?

—Creo que sí, doña Salomé.

La primera en atender fue a doña Rosa, madre de los niños que ella en un tiempo cuidara.

—¿Tú por aquí, María de los Dolores?

—¡Oh, doña Rosa, cuanto deseaba verla!

Y doña Rosa salió del taller encantada.

Otro día fue doña Gloria, precisamente la madre de Fernando.

—No era usted la empleada con quién me entendí la última vez.

—Está enferma, y le estoy supliendo, señora. Espero que ha de quedar contenta de mi trabajo.

—Veremos.

—Al salir, la despidió doña Salomé.

—¿Qué tal?

—Muy bien. Muy atenta. Muy inteligente. ¿Dónde la encontró.

—Es una chica del Instituto que me ha venido a ayudar unos días. ¡Parece mentira! Una chica de campo, que en poco tiempo se ha asimilado todos los modales de la buena sociedad de Las Palmas.

—¿Se llama?

—Amapola.

—¿Cómo?

—Amapola. El apellido no recuerdo. Una chica de un brillante porvenir

Doña Gloria se fue haciendo cruces. ¡Con que emplea-

dita de la alta costura! Voy a tener quien me haga los trajes gratis.

Y así es como resolvió Amapola el problema de su estancia en Las Palmas y el de sus estudios, durante los cursos del Magisterio. Al menos así lo pensaba ella, pero...

24

A Fernando disgustó bastante el que Amapola emprendiera los estudios del Magisterio. Según parece, en la casa de Fernando se había hablado de este asunto. ¡Los maestros! ¡Pasan más penas! Siempre están alcanzados. El sueldo mensual les da para muy poco.

Se decía más. ¿En qué consideración tiene la sociedad a los maestros? ¿Cómo los mira? ¿Cómo los trata? No figuran en ninguna parte. Eso te demuestra, Fernando— le decían sus padres— que los maestros son considerados como una clase inferior.

Así que, fijate dónde va a parar tu Dulcinea. Claro, una pobre campesina no tiene otros horizontes más luminosos que los de una maestra de escuela.

Por eso, cuando Amapola iba a ingresar en la Normal, Fernando tuvo varias discusiones con ella para disuadirla. ¿Qué le decía?

—Mira, Amapola, el Magisterio no es carrera ni cosa parecida. Tres añitos de cositas elementales para desasnar a los pobres chicos. El maestro gana muy poco. Y aún en el campo, donde vive, el sueldo apenas le da para los gastos más necesarios. El maestro vive desterrado en un pueblo o en un barrio, siendo con frecuencia víctima

del cacique o de la política local. Allí se embrutece y, cuando viene a la ciudad, apenas sabe caminar.

—Puede, Fernando, que algo de lo que dices sea verdad. Pero las cosas en los últimos tiempos han cambiado mucho. Es desde luego, el Magisterio una carrera de jóvenes modestos, que hoy con el sistema de becas pueden seguir las carreras universitarias. Pero mira. Te lo he dicho otras veces. Yo soy pobre y me gusta vivir con los pobres. ¿Por qué no se puede tomar el Magisterio como un apostolado en el cual se pueden encontrar las más vivas satisfacciones? El maestro y el sacerdote son los conductores morales del pueblo, y no me digas que no se siente satisfacción en enseñar y aconsejar al que no sabe. Un maestro sin vocación, un maestro que trabaja exclusivamente por el sueldo, es un estorbo para la sociedad.

Así me ha hablado del Magisterio doña Basilisa, y fíjate la labor tan grande que esta señora realiza en mi pueblo. ¿A dónde voy yo con mi Bachillerato Elemental? ¿Crees que yo puedo seguir estudiando Bachillerato para luego ir a la Universidad? No. Fernando. Conozco mis posibilidades y a ellas me atengo. No. No estaré nunca fuera de la realidad. ¿Me vas conociendo, Fernando?

—Sí. Veo que piensas con los pies en la realidad.

—Además. Quiero cuanto antes bastarme a mi misma económicamente. Aunque tú me has ofrecido ayuda, yo no hago caso de tus palabras. Sabía que detrás de ti está tu familia, que no lo permitiría.

—Te ofrecí mi ayuda y te la ofrezco. Pero hasta la fecha me ha sido imposible realizar mis deseos.

—Y yo te lo agradezco. Pero quiero que sepas, de una vez para siempre, que no quiero depender de tí. Quiero ser independiente. No admitiré limosnas.

—¿Limosnas, dices? Me ofendes. No me quieres. No tienes confianza en mi.

—Sí, la tengo; pero como el mundo da muchas vueltas, ese dinero tuyo puede convertirse en una tiranía. Y yo nací libre y quiero vivir libre. Por mis propios medios. Independiente. Con lo que yo gane. Por eso seré maestra y tendré con qué vivir e incluso ayudar a los míos.

* * *

El ambiente de la Normal era muy distinto de el del Instituto. En la Normal había menos alumnos, más tranquilidad, más holgura.

Amapola pasaba allí todas las mañanas, siempre acompañada por su inseparable Alicia Gutiérrez. Asistía a todas las clases, que preparaba muy bien por la noche.

Por la tarde asistía dos y tres horas al taller de confección de doña Salomé Restrepo.

A pesar de ello, Amapola, los primeros meses, sufrió muchas escaseces y privaciones. Apenas comía. Los vestidos se deterioraban sensiblemente. Su calzado se estropeaba. Y sin esperanza de reponer nada. ¿Qué hacer?

Porque ahora se daba el caso de que tenía que alternar con otras señoritas en el taller. ¿Cómo ella una pobre campesina, podía vestir y calzar como las demás? ¿Tenía doña Salomé tan aguda la vista que se diera cuenta de esta tragedia de la nueva empleada? Parece que no. Por casa de doña Salomé pasaba lo mejor de la sociedad de Las Palmas. Las empleadas debían estar bien vestidas y bien presentadas, pero Amapola se veía imposibilitada. Llevaba siempre el mismo vestido y el mismo atuendo. Hasta que un día, una de las empleadas más antiguas y más serias salió con ella y le dijo:

—Tienes que cambiar de atuendo, querida. Estás ya faltando al decoro de la Casa. Te lo digo, por que veo que andas escasa de recursos, y, si esperas por los de doña



Salomé, esperas en vano. Doña Salomé es muy buena, pero para soltar una peseta...

—¿Qué me dices, Rita? Yo soy una pobre estudiante que he venido a trabajar unas horas, quitándolas de mi estudio, por la falta de recursos para comer y vestir.

—Sí. Eso nos lo había dicho doña Salomé, pero...

—¿Crees que no me pagará? ¿Cuándo les paga a ustedes?

—A primeros de mes.

—Le esperaré hasta entonces; pero desde luego hay que resolver esta situación cuanto antes.

A perro flaco todas son pulgas. Amapola creía haber resuelto su problema y lo que hizo fue complicarlo.

25

Doña Salomé Restrepo tenía mucha clientela. Toda la buena sociedad de Las Palmas vestía en su costura. ¿Cómo iba a faltar doña Gloria?

Doña Gloria alternaba con la mejor aristocracia de la ciudad. Doña Gloria no pasaba de ser la esposa de un empleado; pero tenía muchos humos. ¿Cómo podía sostener este rango? A veces se quitaba la comida de la boca y de la boca de los hijos para comprarse un traje. Ella iba siempre a la moda. Caminaba con la cabeza muy alta.

—¿Por qué haces eso, Gloria? No ves que mi sueldo no da para comer y para llevar esos lujos? —le decía su marido.

Y don Jaime siempre recibía dinero adelantado del Banco o de algún compañero.

Tenía buen predicamento en el Banco. Era hombre enterado y resolvía allí muchos problemas. Pero la señora le traía siempre por la calle de la amargura.

—¿Por qué no pides un empleo para Fernando? Y, en efecto, lo consiguió en el mismo Banco.

—Por Dios —le dijo Gloria— cobra tú su sueldo, sino se lo lleva todo a la campesina.

El sueldo de Fernando era cobrado mensualmente por don Jaime.

Fernando vivía una vida contrariada. Trabajaba pero no cobraba. Gracias al respeto que a su padre tenía, no había ocurrido ningún incidente.

Por este tiempo había llegado al comercio una tela preciosísima. Preciosísima, pero muy cara. Las señoras muy adineradas ya habían pasado por el taller de doña Salomé.

—¿Cuándo podré yo hacerlo, Jaime?

—Ahora es imposible. Debo ya en el Banco dos sueldos. ¿Voy a pedir adelantado otro? Gloria, en eso no pienses por ahora.

—Se me va a pasar de moda el dichoso trajecito. Míra a ver.

Y aquel día se dijo después de almorzar:

—De hoy no pasa. Iré a casa de doña Salomé a ver cómo resuelvo mi problema. Creo que me dará una solución. Soy su cliente de los más antiguos.

Gloria llegó temblando. Muy nerviosa. Y entró sin tocar.

—Pase señora.

—¿Está doña Salomé?

—No, señora. Viene más tarde. Siéntese, por favor.

Y doña Gloria se sentó muy nerviosa. No cabía en el asiento. Doña Salomé llegó una hora más tarde.

—¡Oh, ¿qué hay doña Gloria? ¿Hace mucho que esperaba?

—Un ratito.

—¿Por qué no has atendido a esta señora, Amapola?

Doña Gloria, cuando oyó el nombre de Amapola, dió un salto en el asiento y se quedó mirando fijamente para la empleada. La sorpresa fue muy fuerte.

—Se lo dije, señora, pero ella me respondió que se trata de un asunto exclusivo de la señora.

—No —dijo doña Gloria— quiero hablar con usted.

—Pase.

Doña Salomé llevó a Gloria a su despacho y ésta le planteó su asunto. Es el caso, doña Salomé que quiero hacerme un traje de esa tela de moda y no tengo ahora caudales. El Banco le adeuda a mi marido una paga extraordinaria y otra está ya casi vencida. ¿Podría usted resolverme este problema?

—Esa tela de moda, doña Gloria, se acabó ayer precisamente. ¿Por qué no me lo dijo antes?

—Entonces doña Salomé, ¿no puede ser?

—Hay que esperar a que me sirvan dos piezas que tengo pedidas.

—¿Cuándo?

—No sé. Creo que muy pronto.

—¡Qué vamos hacer! Y ahora le ruego que me resuelva una duda. Esa empleada nueva que usted llama Amapola, ¿es del campo?

—Sí. Y es una muchacha modelo.

—¿Es nueva?

—Tan nueva que apenas tendrá quince años.

—No es eso. ¿Que si hace poco que la tiene?

—Cosa de un mes. Y tan inteligente que se enfermó la empleada que tenía yo para atender al público y he encargado a ésta, y lo hace admirablemente.

—¡Ah!

—Estudia en la Normal y viene dos horas por la tarde para ayudarse a pagar los estudios.

—¿Es pobrecita?

—Sí. Pobrecita; pero es una alhaja. Estoy contentísima con ella

Doña Gloria se fue bufando. ¡Tropezarse con Amapola!

—La chica es humildita; pero está impresentable.

* * *

—¿No sabes, Jaime?

—¿Qué?

—Que he visto hoy a nuestra Amapola. Está empleada con Salomé Restrepo. ¡Qué birria de niña! Una campesinita de la cumbre. Ni zapatos, ni traje, ni presentación, ni nada. Fernando está bobo. ¿Qué es lo que ve en esa niña? Hay que trabajar para quitársela de la cabeza.

26

Entre los papeles y libros que aparecieron más tarde en la casa de María de los Dolores se hallaron unas páginas sueltas de una libreta del Diario de la joven mientras cursaba el Magisterio.

* * *

«Me encuentro como desplazada en la Normal. ¡Estaba tan acostumbrada a las clases y Profesores del Instituto! Aquí creo que estudio menos.

Pero los agobios económicos no son menos. Alguna vez se tarda doña Basilisa y paso muchos apuros.

¿No encontraré dónde trabajar de tarde unas horas?

* * *

Anoche no dormí. Al despertar se lo conté a Alicia y le pareció bien. Doña Salomé Restrepo, mi profesora de Corte en el Instituto, me quería mucho ¿Por qué no acudir a ella para que me emplee unas horas en su taller?

* * *

«Hoy hablé con doña Salomé. Me acogió con mucho cariño y me dijo que podía venir de tarde las horas que tuviera libres.

¿Cuánto me dará?».

* * *

Doña Salomé parece que está contenta conmigo. Hoy he tenido una sorpresa muy grande. He hablado con doña Gloria, la madre de Fernando. ¡Qué señora mas engolada y mas chinchosa! ¿En qué fundará su soberbia».

* * *

«Se lo he dicho a Fernando.

—Estoy desolada. Fernando. Jamás podré llegar a la altura de tu familia. ¿Son ustedes marqueses, o qué?».

—No hagas caso de mi madre. Sí, ya me lo dijo. Que te había conocido y que eras muy poquita cosa. ¡Si tú supieras los trapisondeos de mi casa!».

«Hoy he tenido la visita de doña Petra. ¡La pobre! ¡Qué angustiada está! Me lo ha confesado todo.

—Ya sabes, María de los Dolores, que me he quedado viuda. ¡Tú no sabes cuanto he sufrido en mi matrimonio. Lo que me decía mi tío era mucha verdad. Antonio era un hombre enfermo e inútil. No fui su señora, sino su sirvienta y su enfermera los años que vivió. Lo mismo que me había dicho el señor cura. ¡Qué error más grande! A mi me parece que este matrimonio mío no ha sido sino una pesadilla. Gracias que Dios se lo ha llevado devolviéndome la libertad y la independencia.

Ya sé que llevas muy bien tus estudios y que pronto serás Maestra Nacional. Toma este dinero que te debo.

—¿A mí? A mi no me debe usted nada, doña Petra. Es un error suyo.

—¿No soy yo tu madrina? Yo te protegeré en adelante. Escribeme, cuando tengas falta de algo. Es una penitencia que me he impuesto y la cumpliré. El título de maestra te lo pagaré yo».

«Doña Basilisa no lo podía creer. ¿Es posible, decía, que doña Petra ha rectificado?

Y doña Salomé, ¿te ha pagado algo?

—Nada. Ya llevo dos meses y no me ha dado un céntimo.

—Dale cualquier excusa y déjala.

—Ya se lo he dicho. Que tengo mucho que trabajar; pero la muy tacaña no quiere soltarme. Tendré que ponerme enferma».

«--Me marchó al campo doña Salomé. No me encuentro bien.

—¿Y me dejas sola?

—No tengo más remedio. Usted está bien acompañada.

—Bueno. Toma estas 500 pesetas. El restante ya te lo pagaré, cuando vuelvas. Que te repongas».

* * *

«No me salió nada bien. Yo contaba con la paga de doña Salomé. Y doña Salomé me fracasó. Vaya señora más cicatera. ¿Y así es la buena sociedad de Las Palmas? ¿Deudas, tacañerías, apariencias, mentiras, enredos, buenas palabras, falsedad, hipocresía?

Pero del taller de doña Salomé obtuve todas estas experiencias. Y sobre todo, conocer a mi futura suegra. Penetraré en el interior de mi futura familia, que quieren vivir como marqueses a costa de sablazos y mezquindades. ¡Ah, doña Gloria, doña Gloria, a mi no me engañas».

* * *

«Hoy ha llegado Fernando con muchas cosas en la cabeza.

—Amapola, tenemos que casarnos. Yo no puedo esperar más.

—Pues tendrás que esperar bastante.

—¿Por qué?

—Porque yo no me caso hasta que no termine el Magisterio.

—Dos años más, ¿no es eso?

—Dos años o tres.

—No puede ser. No puedo vivir en mi casa. Mi madre está insoportable. Quiere dinero, dinero, dinero...

—¿Y los que gana tu padre?

—Eso para ella es una gota de agua. Mi padre ya está en deuda con el Banco. Yo creo que hasta mi sueldo está ya hipotecado por mucho tiempo.

—Bonito porvenir. ¿Y con qué recursos cuentas para casarte? Tu sueldo hipotecado o comprometido. El de tu padre secuestrado por doña Gloria. Y nosotros tenemos que alquilar casa, comprar muebles y vivir. ¿Has pensado en todo ésto? ¿Crees que no hay más que casarse y ya está todo arreglado? Desde ahora comienza a ahorrar. Reclama tu sueldo y ahórralo durante dos o tres años, y entonces será la hora de casarse.

—Me desinflas Amapola. ¡Que pesimismo me invade! Tendré que dejar mi casa, porque en mi casa no puedo ahorrar nada».

27

Era el año 1958. El mes de junio de 1958. Mes de exámenes y de las máximas preocupaciones de los estudiantes, y de sus familias. Amapola había terminado el tercer curso del Magisterio y estaba haciendo las pruebas de Reválida. La Reválida era fuerte, pero Amapola había hecho los cursos con las máximas calificaciones. Llevaba a la Reválida el mejor concepto de los profesores.

—¿Por qué temía? El examen, todo examen tiene también un tanto por ciento de suerte. Y por eso cohibe bastante al estudiante por muy bien preparado que esté.

En los pasillos de las aulas, compañeros de los examinandos y algunos de los familiares y amigos, para infundirle ánimo. Amapola estaba acompañada de su amiga

Alicia Gutiérrez y de su protectora doña Basilisa, que por aquellos días veía culminar una de sus mayores obras. Sacar adelante a su discípula.

Amapola le había costado a doña Basilisa muchos dolores de cabeza. Otra cualquiera que no fuera del temple de doña Basilisa, tal vez hubiese desfallecido. Ahí es nada traer del campo, sostener en Las Palmas a una chica que no tenía más recursos que el día y la noche. Agenciar becas y ayudas económicas, costearle de su propio peculio muchas cosas, cuando no tenía necesidad también de ayudar a los padres de la chica en sus hambres y enfermedades. Ahora recogía doña Basilisa el fruto de siete años de trabajos y preocupaciones. Había conseguido el título de Maestra Nacional para una chica que había salido de la nada.

Y, en efecto, Amapola salió triunfante de todos los ejercicios y obtuvo el codiciado título de Maestra en aquellos exámenes.

—¿Qué piensas hacer ahora, María de los Dolores? —le preguntó doña Basilisa.

—Presentarme a oposiciones y obtener una plaza en propiedad.

—Así, hija. Eso me satisface. Lo importante es tener algo seguro para tí y para toda tu familia. Ahora tienes los estudios muy recientes y puedes hacer unas oposiciones brillantes. Es que me dijeron que pensabas casarte y ..

—Y no le pareció acertado ¿Para qué me caso yo ahora? Para seguir pasando trabajos y escaseses? Mi novio está empleado; pero supongo que el sueldo le dará para poco.

—Y aunque le diera, querida. No hay nada que dé tanta autoridad en el matrimonio como el valerse por sus propios medios. No tener que depender del marido en todo. Hoy la vida está muy complicada y todo cuanto se

gane es poco. Además tu eres muy joven todavía y tienes que gozar un poco de la vida libre, ya que hasta aquí has sufrido tanto.

Al poco rato de esta conversación llegó Fernando.

—¿Cómo vas? ¿Ya eres maestra?

—Casi, casi.

—¿Ya puedo ir alquilando una casa?

—No, Fernando. No te precipites. Yo todavía no puedo casarme.

—¿Cómo?

—Te lo he dicho y te lo repito. Todavía no pienso casarme.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando tenga una Escuela en propiedad.

—Me engañas, Amapola. Me dijiste que cuando terminaras la carrera. Y con esta Reválida, ¿no terminas la carrera?

—La carrera, sí, pero no tengo nada en propiedad. Aún no gano una peseta.

—¡Ah!, con esto no contaba yo. De modo que ahora tienes que hacer oposiciones y sacar plaza. Es decir, de aquí a diez años.

—Te equivocas. Hay oposiciones casi todos los años y...

—¿Y qué? Que pienso sacar pronto una plaza, que dentro del matrimonio, me dé cierta independencia económica.

—Ya, ya entiendo. Que aunque te cases conmigo, no te fías de mí. Que te dejaría pasar hambre y calamidades.

—Desde luego, si sigues el régimen de tu familia, la verdad, no las puedo yo tener todas conmigo.

—Amapola, estás hoy terrible. El título de Maestra se te ha subido a la cabeza. Veo que no te fías de mí.

—¿Como me voy a fiar de tí, si el sueldo que ganas no lo cobras tú sino tu padre? Crees que desde que me

case contigo le voy a pedir a tu padre el dinero para ir diariamente a la plaza? No, hijo. He pasado yo muchas calamidades para obtener el título, para ahora despreciarlo y no sacarle todo el jugo posible.

—¿Entonces?

—Que me casaré contigo, pero cuando tenga una escuela en propiedad.

—En Tiscamanita o en los infiernos. ¿Crees que te voy a seguir a esos pueblecillos indecentes? No, niña. Yo no dejo el Hispano ni Las Palmas para ir a vivir con el mísero sueldo de un maestro por esos andurriales. Así que...

—No te exijo que me sigas, que yo me acercaré a tí en poco tiempo. Te lo prometo. Hay oposiciones para obtener puestos superiores, que yo creo que ganaré.

—Sueña, sueña, jovencita...

Aquella tarde Fernando se fue sin despedirse de Amapola. Esta fue la enhorabuena que ésta recibió de su novio por haber aprobado con sobresaliente la Reválida.

Desde que Gilberto llegó a Las Palmas de vacaciones lo primero que hizo fue enterarse de la vida de Amapola.

—Amapola, chico, le dijo su amigo Francisco, está hecha una real moza. Ya terminó el Magisterio y piensa hacer este mismo curso oposiciones.

—¿No se ha casado?

—Parece que las relaciones con Fernando están un poco tirantes.

—¿Si?

—Eso me dijeron el otro día.

—¿Por qué?

—Porque Fernando quiere casarse enseguida y Amapola no se casa hasta que no saque plaza.

—¿No se fía de él?

—En el fondo esa es la causa. Fíjate tu, no cobra el sueldo del Hispano. El sueldo lo cobra su padre. Además, Fernando le ha dado a entender que pueden vivir en la misma casa de sus padres y Amapola le ha dicho. Eso, nunca. Si me caso contigo es para vivir aparte.

—¿No se habrá ella enterado de la vida de Tenorio de Fernando?

—Puede ser. Si se entera, de seguro que no se casa con él.

—¿De modo que las relaciones de Fernando y Amapola están en crisis?

—Tanto como en crisis no sé; pero sí que pasan por un periodo turbulento.

—Dime, Paco, ¿piensas tú que ahora sería el momento oportuno de meter una cuña para deshacerlas?

—Hombre, no sé. Inténtalo a ver; pero esas relaciones tienen raíces muy hondas. Inténtalo, digo. La chica lo merece. Además, se hace con ella una obra de misericordia. Para esa pobre, si se casa no va haber un momento de felicidad. Ese Fernando es un barbián. La va a engañar.

Gilberto era de muy buena familia. Su padre don Ruperto González era hombre de excelente fortuna. Serio, trabajador, buen amigo, incapaz de engañar a nadie. Consiguió lo que tenía trabajando honradamente. No tenía vicios. Fue desgraciado en su matrimonio. Perdió a su señora al nacer el único hijo que tenía. Toda su ilusión era educar a su hijo.

El chico salió muy noble. Muy trabajador y bastante inteligente. Lo ingresó en el Instituto, donde hizo el Bachillerato con buenas notas. Luego lo mandó a la Universidad de Madrid y allí hizo la carrera de Medicina, sin perder curso alguno.

Ahora llegaba a Las Palmas de vacaciones del último curso. Un médico ya. Don Ruperto González estaba orgulloso de su hijo y era para estarlo.

Mientras estudiaba Bachillerato Gilberto se enamoró de Amapola, pero ésta estaba comprometida con Fernando. Acudió a varias estratagemas para meter baza pero le fracasaron todas. Al fin se decidió a hablarle personalmente a Amapola; pero ésta le dijo rotundamente que no.

Pasan los años y Gilberto no tenía novia. Secretamente alimentaba sus esperanzas. ¿Hasta cuándo insistiría Gilberto en sus propósitos?

Al llegar ahora, con la carrera terminada, y casi en crisis las relaciones de Amapola con Fernando, creyó Gilberto que se había abierto una brecha para sus esperanzas. ¿Respondían tales esperanzas a la realidad?

—Desde luego —reflexionaba él— Amapola es la chica que me conviene. Es una chica humilde, sencilla, culta, bien parecida. Curtida en la adversidad. No tiene nada de casquivana, de coqueta, de hipócrita. ¡Ay, si ella me quisiera! ¿Cómo podré conseguirla? Muy difícil lo veo; pero no lo creo imposible. ¿Quiénes influyen más sobre ella? Esa maestra que la trajo de la Cumbre. Esa Alicia compañera de estudios. ¡Ah, si yo pudiera convencerlas del tipejo que es Fernando!

Y así cavilando, cavilando se pasó un mes. Al fin se decidió a ir en el mes de agosto a Las Lagunetas. Allí encontró a Alicia un domingo al salir de misa.

—Te acompaño, Alicia.

—Muy honrada, Gilberto.

Y le contó en el camino de la iglesia hasta el Estanco, donde vivía Alicia, sus propósitos. Créeme, Alicia —le dijo— Mis fines no son tan egoistas como parecen. La pobre María de los Dolores va ser una víctima de Fernando, de la familia de Fernando.

—Porque mira, Fernando es esto, esto y esto. Que se entere Amapola. Que no me crea a mí. Que haga lo posible por enterarse de las relaciones que por ahí tiene Fernando. ¿Me ayudarás, Alicia, a salvar a Amapola? Creo que sí, porque tu la quieres mucho también.

Otro día visitó a doña Basilisa Y le expuso el mismo razonamiento. Doña Basilisa lo comprendió en seguida, pero al fin le dijo:

—Mire, joven, comprendo lo que dice; pero donde reina el amor se acaba el razonamiento. Al amor lo pintan ciego y por eso con tanta frecuencia amante y amado caen en la fosa de la desgracia.

Gilberto después de todas sus gestiones se convenció de que trabajaba inutilmente. Esos amores que se cultivan desde la niñez, difícilmente se rompen. Y con frecuencia, nos dice la experiencia que tienen un fin bastante fatal y desgraciado. Se constituye a veces el hogar y en lugar de la felicidad se encuentra el infierno, y se rompen los lazos familiares, o por el divorcio o por la simple separación de los cónyuges.

En las oposiciones del Magisterio del año 1961 obtuvo plaza María de los Dolores.

María de los Dolores había cumplido su propósito. Ya no dependía de nadie. Ya era económica y socialmente independiente.

Para ello tuvo que reñir una batalla con Fernando. Y puede que, debido a ello, Fernando no la mirara con los mismos ojos.

—¿Qué quieres?— le decía Amapola— ¿Que al día siguiente de casarnos me hincue de hinojos delante de doña Gloria y le pida el dinero para la plaza del mercado? No, Fernando. Yo no nací para eso. Pobre, sí; pero con dignidad y decoro. Además, ¿quién nos compra el ajuar de boda? ¿Tus padres? Me resisto a creerlo. Como tu sabes las cosas no marchan tan bien en tu casa como para ello. ¿Mis padres? Apenas tienen para comer. ¿Lo compramos fiado? ¿Habrà quien lo fie? Pero no hay necesidad. Yo ahorraré en un par de años y compraremos lo indispensable, y después yo me iré haciendo poco a poco con lo que vaya necesitando. Ahorraré de mi sueldo.

—Entonces, ¿no podemos casarnos antes de dos años?

—Creo que no.

—Ahora me iré a Puerto del Rosario. Allí cobraré un doble sueldo.

—Eso es mucho esperar, Amapola.

—No. No es mucho esperar para conseguir la felicidad. Otros la esperan toda la vida y no logran alcanzarla.

Y, en efecto, Amapola se fue a Fuerteventura a desem-

peñar la Escuela que le ha correspondido en la oposición. Se fue con pena por dejar atrás a sus padres, pero contenta, porque ya vivía con recursos propios. Le acompañó unos meses su fiel protectora, doña Basilisa, llena de satisfacción y orgullo con su discípula. Doña Basilisa estaba ya jubilada. Estaba ya bastante anciana; pero siempre unida a María de los Dolores, su predilecta.

En Puerto del Rosario cayó muy bien María de los Dolores. Sus habitantes eran muy atentos, muy hospitalarios y personas cultas e ilustradas, para estar tan lejos de Centros culturales.

María de los Dolores era exacta en cumplir con sus deberes profesionales y sociales, y las mejores familias la recibían y atendían muy bien.

Los jóvenes la admiraban y se disputaban su relación con vistas a un noviazgo permanente; pero doña Basilisa se encargó de difundir la noticia que la nueva maestra estaba prometida y próxima a casarse.

Sin incidentes desagradables pasan los dos años. La dote la tenía adquirida con sus ahorros, a pesar de lo que mensualmente giraba a sus padres.

Y un día, sin esperarlo, se presenta en Puerto del Rosario Fernando. La sorpresa de Amapola fue muy grande.

—¿Por qué has intentado sorprenderme?

—Es que no tuve tiempo de escribirte.

—¡Sí! ¡Sí! ¿Creías que me ibas a encontrar con otro?

—Es que vengo a casarme. ¿No crees que es tiempo ya, Amapola?

—Sí. Es tiempo. Pero esperarás a la vacaciones. ¿No es eso?

—Sí. Pero yo me marcharé. Iré arreglando todo. Buscaré casa, y...

—Y tu familia. ¿qué?

—¿Mi familia? Como siempre. Erre que erre. ¿Tu sa-

bes lo que me dijo mi madre el otro día? Oye: "Fernando, piénsalo bien antes de casarte. No vayas a hacer a esa muchachita una desgraciada" ¿Qué te parece?

—Terrible, Fernando, terrible. Y tu, ¿que le contestaste?

—Todo lo contrario, madre. La haré muy feliz.

—¿Lo crees tú así, Fernando? (Amapola, llena de emoción, se echó a llorar. La frase de doña Gloria coincidía con el anónimo que semanas antes había recibido de ella).

—¿Por qué lloras?

—Tú lo sabes. Se dicen muchas cosas de tí.

—¿Quién las dice? ¿El joven médico Gilberto? ¿Y tú le haces caso?

—Cuando el río suena, Fernando. Ya ves lo que dice tu madre. Fernando, si no me has de hacer feliz, márchate. Déjame. Ya he sufrido mucho. Mi vida toda ha sido sufrimiento y amor... Y que ahora este amor se convierta en sufrimiento también... ¡Fernando, por Dios!

* * *

Y el once de agosto del año 1963 se casaron en la iglesia de la Vega de San Mateo, Fernando García y Amapola.

Doña Basilisa debía ser la madrina; pero Dios se la había llevado unos meses antes. No le permitió presenciar el dolor de su protegida, después de haber conseguido todos sus propósitos gracias a su vigilancia tutelar. ¡Cómo lo sintió María de los Dolores! A ella se lo debía todo.

Le sirvió de madrina doña Petra. Doña Petra asistió de riguroso luto, y ya bastante desengañada de la vida, aunque sin poder disimular su temperamento fachendoso, pues decía a todo el que quisiera oírlo que ella había cos-

teado a María de los Dolores la carrera de Maestra y que tenía mucho orgullo en apadrinarla en su boda.

30

Calle de Villavicencio. Calle de Villavicencio en el número 10 tenían su casa Fernando y Amapola. Acababan de regresar el día anterior de la villa de Moya de su viaje de novios.

—¿Se puede?— se oyó sin tocar ni sonar el timbre.

—Pase— respondió Amapola.— ¡Ah, ¿es usted doña Gloria? Pase, señora. Pase por aquí.

Toda la familia estuvo ausente de la boda de Fernando. ¿Motivos? Las desavenencias que siempre había habido entre ellos y la novia de Fernando. Pero en el fondo no había otro, sino que se le iba a doña Gloria el sueldo de su hijo.

Pero pronto se dieron cuenta de que así no podían seguir. No era lógico ni razonable que no tuvieran relaciones con la casa de su hijo.

—¡Hola, hija!— dijo doña Gloria.

—Siéntese— le dijo Amapola.

—Nos enteramos de que habían regresado ayer de Moya y te vengo a hacer la primera visita.

—Encantada.

—¿Cómo habéis pasado estos días? En Moya se está muy bien. Nosotros también estuvimos en Moya pasando nuestra ya lejana luna de miel. El clima es inmejorable, el ambiente muy sano, la gente muy amable. Por el día paseábamos por unas carreteras llenas de árboles. Pero, hija, a veces, están al margen de unos precipicios terri-

bles. Yo no he visto nunca barrancos más hondos que los de Moya. Asombran. Y se acuesta una... Sueña que cae por unas laderas. ¡Qué miedo! ¡Qué saltos en la cama! ¿Vosotros también dormíais sobre el abismo?

—Ni me daba cuenta.

—¿Y paseábais por los Tilos?

—Sí, muchas veces.

—¡Qué bello aquel bosque!, y eso que el hacha arboricida ha hecho, como en todos los bosques canarios, su tarea criminal...

—Allí se está muy bien.

—Y ahora aquí en esta casita muy mona. Veo que te ha quedado muy mona. Tienes gusto. Hay limpieza. Hay esmero. Claro, los pobres, hija, no pueden hacer otra cosa. Fernando está pendiente de un pobre sueldo.

—Ya nos arreglamos.

—Tienes que arreglarte, hija. Fernando tuvo muy buenos partidos. Se lo rifaban las chicas más guapas y más ricas. Las Pérez, las Curbelos, las Echevarría, las Echeunque... Las Manriques. Hasta una Manrique andaba detrás de él. Pero él te prefirió a ti, que no tenías sino el día y la noche. ¡Cosas de chicos! Porque nosotros somos también de muy buena familia. Jaime alterna con toda la buena sociedad de Las Palmas. Formamos con la aristocracia Asociaciones piadosas. Jaime es socio del Gabinete Literario, del Museo Canario, del Club Náutico. Ahora mismo está muy cerca de la presidencia del Banco Hispano Americano. Fíjate, María de los Dolores, con quien has emparentado.

—Sí. Sí, señora, yo soy una pobre Maestra Nacional.

—¡Ah, sí mujer. Yo no sé porque te dió a ti por hacerse Maestra. Los maestros son los últimos de la escala social.

—Perdone, señora. No comparto su opinión. Los maestros no son los últimos. Son los funcionarios más dignos del Estado. Su misión es muy alta y muy elevada. Llevar la cultura y la educación hasta las últimas capas sociales, ¿le parece a usted poco?

—Perdona, hija, no quería ofenderte. Sé que los maestros son personas dignas, pero...

Suena el timbre. Acude María de los Dolores, y se encuentra con don Jaime.

—¡Ah, ¿era usted? Pase don Jaime.

—Salí del Gabinete y me dije: Vamos a visitar a estos recién casados. ¿Cómo lo pasáis?

—Bien. Muy bien.

—¿Habeis tenido buen tiempo en Moya?

—Muy bueno.

—Allí se pasa muy bien.

—¿Y aquí?

—Hasta la fecha estupendamente.

—Y después también, ¿por qué no? Claro que hay que atenerse cada cual a sus posibilidades. El malestar comienza cuando se gasta más de lo que se gana. Cuando se despilfarra, cuando se quieren muchos lujos. Entonces viene el desequilibrio, comienzan los malos humores, las riñas, las desavenencias en el matrimonio. Pero yo tengo entendido que María de los Dolores es una joven ahorrativa que hace cuatro pesetas de una

—Me he criado en la pobreza. He vivido y me he educado, don Jaime, en la pobreza y creo que ésta ya no me puede sorprender...

—¡Ah, no! Mi hijo ni ha vivido ni se ha educado en la pobreza. No lo puedes dejar pasar hambre.

—Creo que no la pasará, si es juicioso y administra bien el sueldo. De él depende. De lo que él haga depende todo. Si no me entrega dinero yo no lo puedo inventar.

—Es que hoy para sacar adelante una casa no basta un sueldo solo. Si tú ganas también otro sueldo, aunque sea el de maestra, entonces muy bien. Si tú hubieras estudiado para Licenciada o para Catedrática... Pero Maestra y nada es todo igual. Hay que salir de Las Palmas, y... Licenciadas pretendían también a Fernando; pero mi hijo quiso desposarse con la pobreza y así le luce el pelo.

—Gracias, señora, no está usted obligada a hacer el panegirico de la virtud de San Francisco.

Don Jaime se levantó viendo que la visita tomaba malos derroteros. En esto se oyó correr la llave del zaguán y entra Fernando tarareando una cancioncilla de moda.

—Entras contento, hijo.

—¡Ah, estaban ustedes aquí? Si lo hubiera sabido, habría venido antes. ¿Se van?

—Sí, ya es tarde y tus hermanos nos están esperando.

—Han tomado posesión de su casa.

—Toma, Fernando estas 5 mil pesetas, nuestro modesto regalo de boda.

—Oye, Jaime. Hoy estuvo uno en casa con una letra del Banco de Bilbao. ¿Lo sabías? Te lo digo por si acaso no has dejado dinero para pagar.

—Mujer. Eres siempre la misma. Gloria, por Dios, sé discreta. Adiós, hijos. Adiós, hijos. Que seais felices.

Y doña Gloria, antes de salir, besó en la frente a María de los Dolores.

Fernando, cuando se retiraron los padres de éste. Estaban sentados, el uno frente al otro, en el pequeño y acogedor «hall» de su casa.

—¿No viste —dijo Fernando— la cara que puso mi madre cuando don Jaime me dió las cinco mil pesetas? Parece que quería decir: ¿Con que le das a tu hijo cinco mil pesetas y no tienes en cuenta las deudas y necesidades que tenemos nosotros en nuestra casa? Veremos. Haré cuanto me sea posible, porque esas cinco mil vuelvan a su centro de gravedad.

—¿Cómo Fernando?

—¿Cómo? Pues mandando a pedir prestadas todos los días 500 o 1000. ¡Ah, yo conozco al dedillo a doña Gloria. ¿Quieres apostarte algo a que antes de veinte y cuatro horas ya te ha mandado uno de mis hermanillos pidiéndote mil pesetas? Lo verás.

—¿Y qué hago, Fernando?

—Lo que harías o dirías en estos momentos. Las pesetas las tiene Fernando. Ven cuando él llegue a casa.

—¡Magnífica repuesta!

—Y así cada vez. Fórmula general. Incluso cuando te mande a pedir diez pesetas, lo que ocurrirá muchas veces. Mi casa es un desastre. No hay dinero que pare, porque mi madre, doña Gloria, es una derrochadora.

—¿En qué gasta el sueldo de tu padre?

—Lujos, comidas, paseos... ¿Por qué crees que ha venido a verte hoy para hacer las paces? ¿Por qué ya se le quitó el enojo y está arrepentida de su actitud con nosotros? No, niña. Para que tú y yo le ayudemos en sus trampas y derroches.

—¡Nosotros!

—Sí, nosotros. La pobre maestra de escuela y el empleadillo de Banco.

—Tú crees...

—Es más. No asistió a nuestra boda, no porque había razones de prestigio social que se lo impidieran, como ella claramente lo ha dicho, sino para evitarse regalos y gastos. ¡Si la conozco yo!

Amapola tenía la casa como el oro. El aseo, el buen gusto y el cuidado resplandecían por todas partes.

¿Era feliz?

Eso era lo que ella cándidamente y en su sencillez pensaba y deseaba. Ese era el objetivo primordial de su matrimonio. Pero el tiempo pasaba y no sentía aquella satisfacción interior que ella pensaba. No podía decir en los ratos de soledad que eran muchos: He llegado a mi meta. Estoy tranquila. Soy feliz.

Y es lo que ella, a ratos, pensaba. Al fin me he unido con Fernando para siempre. Ciertamente él es de una clase no superior a la mía, pero ha nacido y se ha educado en un ambiente distinto. El ambiente social de Fernando es muy distinto del ambiente social mío. Amapola no podía desprenderse del complejo de campesinidad que siempre llevaba en su imaginación y en su lengua con especial sinceridad.

¿Podré yo ahora —decía— complacer a Fernando sugestionándole con mi amor hasta el punto de que se sienta satisfecho de haberse casado conmigo?

Esto es lo que quería explotar doña Gloria al decir a Amapola:

—¡Cuidado con Fernando! Es un niño tan mimoso y tan delicado.

Parece como si le dijera: Tienes que esmerarte y cuidar de Fernando. Que no sé como tu sabrás hacerlo, tú una pobre campesina.

La pobre Amapola sufría lo indecible con estas diatribas de su suegra. Y no le faltaron ganas de decirle: Fernando estará mejor atendido en nuestra pobre casa que lo ha estado nunca en la suya. Al menos comerá algo caliente y no le oírán a usted haciendo oposiciones al manicomio.

Verá usted, doña Gloria, como Fernando y yo formamos una sola persona en el amor. Fernando será todo para mí. Nuestro amor nivelará diferencias sociales de educación.

Pasaron los meses y la casa de Fernando y Amapola fue tomando consistencia y estabilidad. No pasaba día sin que Gloria o algunos de sus hijos les visitara para pedir algo, incluso para sentarse en la mesa.

Pero a medida que pasaba el tiempo se fue acentuando cierta indiferencia de Fernando para Amapola. Amapola iba notando como un vacío en el alma de Fernando.

—¿Qué le pasaba a Fernando? ¿Se había interpuesto alguna otra mujer entre Fernando y Amapola? ¿O serían tal vez aprensiones exageradas de Amapola?

32

Cuando más entretenida estaba en el aseo de la casa María Dolores, aquella mañana de mayo, siente que alguien entra sin llamar.

—¿Quién?

—Soy yo, Dolores.

—¡Ah!, ¿era usted doña Gloria?

María Dolores se puso a temblar y dijo para sus adentros: ¿A qué vendrá esta lagartona?

—Sí, mujer, soy yo que me veo en el apuro más grande de mi vida. Estaba yo haciendo la limpieza, cuando suena el timbre. Abro. Y ¿y quién crees que era? El del almacén de «Fuentes y Compañía» con una sábana de recibo en que me pasa la cuenta de un vestido que les compré el año pasado por estas fechas. Yo ya no me acordaba del dichoso vestido y creía que lo había pagado. Jaime no sabe nada. Cuando lo sepa se va a llevar un disgusto mayúsculo, él que es tan enemigo de deber nada a nadie. ¡Dios mío! Y viene este hombre a fin de mes, cuando no tiene una ni un céntimo. Así ni un céntimo. Hoy mismo yo no sé que le pongo de comer a la familia. Veremos a ver si me fia Panchito el de la tienda de comestibles... Y vengo, mujer, como Jaime le dió a Fernando cinco mil, a ver si me prestas esas dos mil pesetas, que yo te prometo pagártelas a primeros de mes. Total una semana.

—Con mucho gusto lo haría, doña Gloria, si esas cinco mil estuvieran en mi poder. Las tiene Fernando y no sé dónde las ha puesto.

—¡Qué casualidad! Fernando no llega hasta las dos. ¿De modo, mujer, que tu no puedes hacer nada? Mira a ver si das con el sitio donde las puso Fernando. Yo sé que él me las daría. Mira a ver.

—No. No, señora. No me atrevo. Aún no tengo confianza en mi marido para hacer tal cosa.

—Dime, Dolores, ¿qué vas a comer hoy?

—Aún no lo sé.

—Lo digo por si te sobra algo y me lo das para llevarlo a mi familia. ¡Jesús, que ahorcada vive una con la comida!

—Por Dios, señora, nosotros somos dos personas nada más. Con poco comemos. ¿Cómo pretende usted que de una comida para dos coman seis o siete?

—Está visto, estas maestritas de escuela son muy cerradas. Son como peñas. No hay quien les saque nada.

—Ah, pero usted pretende que nosotros le mantengamos ahora su casa? Lo nunca visto.

Y doña Gloria salió de casa de María de los Dolores dando portazos con un humor de mil diablos. María Dolores se sentó un rato a pensar. El caso lo merecía.

«La verdad que esto no me lo esperaba yo. Estas familias que se las echan de aristocráticas son lo más raro que he visto. Viven del sablazo, del enredo, del engaño, del cuento y de la fanfarria. Y así un día y otro día despreciando a los que ganamos la vida con el sudor de nuestra frente».

Al llegar Fernando le contó la escena que le había pasado con doña Gloria.

—¿No te lo dije? Todavía seguirá rondando esas cinco mil pesetas que parece que se las sacaron de las entrañas. Hiciste bien. Esas pesetas nos las gastamos nosotros.

—Pero hay más. Quería que de nuestra comida de hoy le diéramos una parte para comer ellos.

—Doña Gloria está loca. ¿Y nosotros? ¿De una comida para dos personas como se puede estirar para que coman seis o siete?

Cuando estaban en estas pláticas oyen la cancela, y una persona que se cuele. Era doña Gloria de nuevo.

—Esa viene por las cinco mil —dijo Amapola.

—Veremos. Habla mamá, ¿que te trae por aquí?

—Ya Dolores te lo habrá dicho. (Y comienza a lloriquear).

—¿Vienes por las cinco mil? Pues, pierde toda espe-

ranza. Las he pagado esta mañana en el Banco, que me las dió adelantadas para preparar nuestra casa.

—Eso es mentira, Fernando. Las tienes, las tienes aquí y me lo niegas. Esas pesetas son del sueldo de tu padre.

Fernando entonces saca la cartera, y la madre creyó que se las iba a dar, pero sacó un recibo del Banco donde constaba que había abonado al Banco cinco mil pesetas.

—¿Te convences, mamá?

Doña Gloria les volvió la espalda al mismo tiempo que decía:

—Para esto cría una y educa los hijos.

Pasa el tiempo y pasan los años velozmente. ¿Cuántos? No lo dice el cronista de nuestra verdadera historia.

Amapola dió a luz una niña, no quedando muy saludable del parto. Fernando hubiera preferido varón.

Pero no era esa precisamente la causa de su mal humor creciente.

—¿Qué le pasaba a Fernando?

Fernando estaba cada vez más triste, cabizbajo y huido.

—¿Por qué estás así, Fernando? ¿No te alegra la presencia de nuestra hija? Dime, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Nada y no comes, ni duermes, ni se te ve en el rostro la risa y satisfacción por tu hija?

Pasaban los años para la familia de María de los Dolores como pasan los sueños y las ilusiones para los hogares pobres. Siempre las mismas penas, los mismos trabajos, los mismos desengaños.

Pero no pasaban inadvertidos para la joven madre los desvíos cada día más crecientes de Fernando para ella y para la niña.

¿Que le pasará a Fernando? — se decía— ¿Le habrá llenado doña Gloria la cabeza de cucarachas? ¿Por qué falta Fernando tanto en casa? ¿Quién le entretendrá?

Pero, no. Estos desvíos son unos desvíos y unas ausencias especiales. No parece sino que Fernando tiene otro amor. Amapola ya no está sola en su corazón.

Ha llegado la hora de mi calvario. Se acabaron aquellos días de color rosa. Tengo que luchar en dos frentes. Contra la frialdad de Fernando y contra las contrariedades de la casa, donde no es la menor la presencia continua e inoportuna de doña Gloria. ¿Habrá aquí otra mujer en la vida de Fernando? Casi, casi estoy por asegurarlo. Cuando me junto a Fernando, éste parece temblar. ¿Será el temblor de su conciencia?

Mi intuición no me engaña. Fernando se ha encontrado otra mujer.

Silencio.

—Fernando, nuestra hija está enfermita, muy enferma. ¿Qué hacemos?

—¿Qué dice el doctor?

—La encuentra muy débil. ¿No la ves tan pálida? ¿Inapetente? ¿Ojerosa? ¿La mirada tan turbia?

—El domingo cuando fuimos a casa de tu madre, estaba tan vividora.

—¿Qué te parece si nos fuéramos al campo unos meses?

—¿Lo manda el doctor?

—Sí.

—Pues el dinero no nos alcanza. Son dos alquileres. ¿A qué campo?

—Hoy estuve hablando con el encargado del Banco en la Vega de San Mateo. Le hablé de una casita. ¿Te gusta ir a San Mateo?

—¿Por qué no? Me encanta.

—Hoy me ha llamado por teléfono Quintana, el de San Mateo. Tiene ya la casa. Precisamente en el camino que a la Lechucilla conduce. Es una casa nueva. Bien situada y no muy cara. ¿Te gusta? Allí estás cerca de tu madre.

—Ya sé donde es. En los Chorros. Rodeada de castaños. ¿Vas tú con gusto?

—Sí. Subiré todos los días. El empleo no lo puedo dejar. Por tí y por la niña todo sacrificio es poco.

—Eso que acabas de decir, Fernando, te sale del alma o lo dices de dientes afuera?

—¡Mujer!

—Es que, Fernando, tú no eres el mismo de antes. Tú has cambiado. Tus ausencias.

—¿Me quieres tener siempre en casa?

—Pero sí siempre en tu corazón. De aquí ni un momento fuera.

- ¿Lo dudas?
- Tengo motivos.
- Dílos.
- Mi instinto, Fernando.
- Con el instinto —tú lo sabes— no se razona.

A la semana siguiente se trasladaron a la Vega de San Mateo. Los primeros días Fernando acompañó a su esposa y a su hija. Días felices. Mucha alegría. Mucho optimismo al principio. Excursiones a la Lechucilla. Tranquilidad y paz familiar. La niña tomó colores y mejoró bastante.

—Qué vida tan feliz esta de ahora, frente a frente, a esa Montaña Cabreja. ¡Si tú estuvieras siempre así, a mi lado!

—No puedo.

—No hablo de tu presencia física. Ya sé que eso es imposible. Sino de tu presencia espiritual. Con el corazón.

—Yo estoy siempre con mi Amapola.

—No. No. No. Cuando estoy sola pasa un tiempo en que estoy tranquila. Pero, llega un momento, en que comienza el desasosiego y la congoja.

—Son tus presunciones las que te engañan.

—No. Cuando en mí empieza la congoja es que en esos momentos ya tú estás con otra.

—¡Amapola, por Dios!

—Cómo lo adivino, no sé. Pero creo que me doy cuenta por cierta telepatía. Desde que estás con otra, comienza mi tormento.

—Estás enferma, Amapola. Debes consultar a un doctor.

Fernando estuvo con Amapola quince días. Pero su presencia en la casita de campo de Los Chorros apenas era una presencia física. Ni le producía alegría aquella Amapola que tan románticos ensueños le había inspirado en otros tiempos, ni su hijita enferma. Ni el despertar de la mañana campestre saludada por todos los seres de la naturaleza, que entonaban himnos aurorales o despedían en las tardes tibias al sol mortecino y de débiles rayos. Ni al llegar el sol ardiente del mediodía. Ni la panzuda Montaña Cabreja. Ni el bullir de los campesinos en sus habituales quehaceres. Nada. Nada. Fernando tenía el alma encogida y enfurruñada por unas ausencias pecaminosas que embargaban su ánimo.

Amapola hacía por distraerlo. Le llevaba por los caminos y veredas, llamando su atención sobre los verdes tapices primaverales o sobre las hierbecillas que reían a su paso. Así creía ella que podía sacarle de su sueño.

—¿No oyes, Fernando, ese capirote?

—¡Ah sí! Su canto es maravilloso.

—Mira qué ciruelo tan florido. Como la tierra toda se cubre de flores y de hojas. Despierta, hombre. Parece que vas dormido. Tú ya no eres mi Fernando. Aquel Fernando romántico, vibrante, que se extasiaba contemplando las laderas de castaños de la Lechucilla. ¿Te acuerdas?

—Bastante.

—Pues, hijo, no lo pareces. Y ahora que tenemos nuestra hijita, que es un encanto. ¿Dónde están tus ternuras de padre?

—Si la he tenido toda la mañana en mis brazos, mientras tu hacías la comida, y le he dado más de mil besos.

—Exagerado. No han llegado a diez.

—¡Qué desconfiada te has hecho, Amapola!

—Tengo razones para ello. ¿Eres tú el mismo Fernando de los tiempos pasados? ¿el que me tropezaba en cualquier parte y me abrazaba y me besaba aunque fuera delante de cualquier persona?

—Ya he dejado de ser chiquillo.

—El amor lo es siempre. Cuando se quiere de verdad es cuando se cometen más disparates. Dime, Fernando, entre nosotros dos se ha interpuesto alguna. ¿Lo oyes?

—¿Quién?

—Otra mujer.

—No. De ninguna manera. Estás disparatando.

Amapola notó que el diálogo le fatigaba. Que en cualquier momento aquel carácter concentrado y que no le miraba de frente, podría explotar y ofrecer una escena nada agradable. Y optó por callarse y esperar.

Al cumplirse los quince días, Amapola le dijo:

—Vaya ya tienes la suelta, Fernando. ¿A qué horas te vas?

—En el coche de la mañana, para llegar a la hora de oficina.

—Hoy te veo muy animado. La estancia con tu Amapola y con tu hija se ve que no te agrada.

—Esta vida aquí es muy sosa. No hay distracción alguna.

Fernando marchó a Las Palmas muy temprano. María de los Dolores notó que iba muy alegre. Mientras ella se quedaba muy triste. No por quedarse sola. Lo había estado siempre. Sino porque estaba convencida de que había perdido a Fernando. ¿Qué sería de ella?

Al día siguiente estaba sentada, como de costumbre, en el patio con la niña en sus brazos, cuando ve entrar a Alicia Gutiérrez, su mejor amiga.

—¿Tú, Alicia?

—Aquí me tienes, mujer.

—¡Cuánto celebro que hayas venido!

—Sí. Hoy se ha marchado Fernando y me quedé sola.

—Entonces he sido oportuna. ¿Qué te cuentas?

—Muchas cosas, Alicia, puedo contarte. Ya las oirás. Mi matrimonio ha sido un fracaso completo.

—¿Tanto?

—Sí un tremendo fracaso.

Y le contó a su amiga lo ocurrido ultimamente. A Fernando ni le interesaba ya Amapola ni le interesaba su hija.

—Creo— le añadió María Dolores—, casi estoy segura, de que hay otra mujer por medio. Tú, ¿que opinas?

—Sí, mis noticias son esas también.

—¿Por qué no me lo has dicho, Alicia?

—Por si acaso este conflicto tenía remedio, pero las cosas, según mis referencias, van cada vez empeorando más.

—¿La conoces?

—Y tú también. ¿Te acuerdas de una esmirriadilla que estaba en el Instituto, con ojillos muy vivos, a quien Fernando daba muchas bromas?

—¿Una peninsularita que masculaba muchas eses y que se llamaba Tecla?

—La misma. Esa niña creció. Gastaba mucho lujo. Y andaba sola por todas partes. No tenía madre. Vivía con una tía, de cascos livianos y, que cuando ella no podía pescar, utilizaba a la sobrinita para el oficio.

—Y Fernando...

—Fernando hacía dos caras. Te quería a ti mucho, y atendía a las exigencias de la niña y de su tía.



—¿Antes de casarnos?

—No. Creo que el enredo más grave ha sido posterior a tu casamiento.

—¿Gilberto lo sabía?

—Sí. Y te lo dijo, pero tú no le hiciste caso. Tenías absoluta confianza en Fernando.

—¡Ay, Alicia, qué desgraciada soy! ¿Y ahora?

—Tú eres una mujer, cuyo carácter ha sido forjado en la adversidad. Piensa en que tienes una carrera y que para vivir tú y tu hija no necesitas de él. ¿Por qué no conseguir también una independencia espiritual, una vida interior propia, en que ya no entre el traidor? Sé que te estoy pidiendo heroísmos; pero nadie está tan preparado para ellos como tú. Hiciste la carrera luchando contra imposibles. Claro que de otro tipo. Las cosas de amor son las más exigentes. Pero si tu honor y tu dignidad te lo exigen, tú debes luchar también en ese terreno y creo que triunfarás.

—Y ahora, Alicia ni casada ni soltera. Un ser al margen de la sociedad.

—Pero nunca envilecida. Pides el reingreso en el Magisterio y vuelves con tu hija al seno de tu familia, que te recibirá con los brazos abiertos.

—Te agradezco tus consejos, Alicia.

Ahora, lector, espera las últimas escenas de esta tragedia.

Fernando, con muchísima frecuencia, no subía a la

Vega de San Mateo. Amapola lo esperaba hasta las once o las doce de la noche. Era un verdadero martirio. Con la niña dormida en su regazo, oía las horas del reloj del pueblo caer lentamente en medio del silencio del barranco de Los Chorros: Al fin, decía a su hija:

—Papá no viene esta noche, hija de mi alma Acostémonos.

A veces las vecinas del piso bajo se compadecían de ella, y venía señá Olegaria.

—¿Le pasa algo, señorita?

—¿Es que no ha llegado Fernando?

—¿Quiere que le acompañe?

—No. Muchas gracias. Espero que llegará de un momento a otro.

Pero Fernando creía más oportuno dejarla sola en medio del campo y quedarse solazando con su nuevo amor en Las Palmas.

Y así pasó unos meses. ¿Cuántas lágrimas brotaron día y noche de aquellos hermosos ojos?

Los vecinos del vecindario de Los Chorros se daban cuenta de la tragedia de María de los Dolores.

—¡Pobrecilla! —decían— ¡Cuánto sufre!

—Y el bandido del marido dándose gusto. tal vez, con otra o con otras en Las Palmas.

Uno de los domingos oye parar un coche y asoma a la puerta, y se encuentra con don Jaime y doña Gloria.

—¿Qué hay, María de los Dolores?

—Ah, ¿ustedes por aquí? ¿Viene Fernando?

—¿Cómo? ¿Fernando no está aquí contigo?

—Se marchó al empleo desde ayer por la mañana y aún no ha regresado.

—Pero, ¿qué me dices? ¿Eso es posible? —dijo don Jaime.

—Posible y real.

—Este hijo nos va a matar. ¿De manera que te tiene a tí y a la niña solas, en medio del campo y él dándose gusto en Las Palmas?

—Claro. Cobró ayer y le está dando giro al dinero.

—¿Y la niña, cómo está?

—Algo mejorada, pero... aún sigue mal.

María de los Dolores se bebía las lágrimas. Sus padres políticos se encontraron frente a una situación embarazosa. Pensaban pasarse un buen día en el campo y se encontraron con una tragedia. El hogar de Fernando estaba practicamente deshecho.

—De modo —dijo don Jaime, tomando asiento en una butaca que se hallaba en el patio— que esto marcha mal. Tú sola aquí no puedes seguir.

—Bueno, pero hoy se pasan el día aquí, con la tranquilidad que sea posible y mañana ya veremos.

—Y, seguramente este hijo mío te está dejando pasar hambre y necesidades de todo.

—Ciertamente. Lo que me da es insuficiente; pero yo tenía unos ahorrillos y de ello estamos gastando.

María de los Dolores llora. Lloro mucho y de una manera inconsolable. El nombre de Fernando no se le cae de la boca.

El domingo se pasó como se pudo. Don Jaime y doña Gloria se marcharon satisfechos de las atenciones de su nuera; y pudieron rectificar el juicio que de ella se habían formado.

Al marcharse le dijeron:

—Mañana hablo yo seriamente con Fernando. Te marchas a Las Palmas y allí yo creo que se arreglará todo esto.

* * *

—¿Todo se arreglará? Creo que no don Jaime. El matrimonio sin amor mutuo, ya es un matrimonio deshecho.

No hay quien lo arregle. Ni Dios mismo. Ya me haré yo a mis posibilidades, ante las cuales son nada las pobreza y trabajos de mi carrera.

36

María de los Dolores colmó de atenciones aquel día a la familia de Fernando. Les preparó un excelente almuerzo, demostrando con su actitud, su talento y las buenas disposiciones que Dios le había dado.

Doña Gloria no salía de su asombro.

—¡Qué chica más buena! ¿Te enteras, Jaime?

—La que no se merece Fernando. ¡Qué lástima!

María de los Dolores, aunque con lágrimas en los ojos, se hacía fuerte y no se le escapaba un detalle.

A los pocos días don Jaime está a la puerta con un coche que condujo a Las Palmas a su nuera y a su nieta.

—En Las Palmas —le dijo— tiene la niña los médicos más cerca y estamos todos a dos pasos.

Fernando apenas saludó a su mujer cuando llegó, y dió un frío beso a su hija.

—Aquí estás mejor, Amapola. Sabes. Me parece bien la idea de mi padre. San Mateo está muy lejos.

La niña se agravó los días siguientes. A veces la misma María de los Dolores iba casa del médico, porque Fernando era huésped de la casa. Amapola se veía muy mal para atender a todas las necesidades de la casa. Don Jaime lo comprendió y le dió unas miles de pesetas. Lo que aportaba Fernando era una gota de agua.

Al fin, una mañana, en la que el sol no le dió la gana de alumbrar la Ciudad, se murió la niña en brazos de su madre.

María de los Dolores estaba inconsolable. En cambio a su marido no se le vió una lágrima.

Las tentativas que realizó don Jaime para traer de nuevo la unión y la felicidad a aquel hogar fueron inútiles. María de los Dolores permanecía sola el día y la noche. ¿Por qué seguir así? Y demostrando una valentía, impropia de su sexo, llamó un día a don Jaime y le dijo:

—Creo, don Jaime, que mi matrimonio con Fernando ha sido un fracaso. Se ha encaprichado en vivir con otra mujer y a mí me ha abandonado. ¿Qué cree usted que debo hacer yo en estas circunstancias?

—Hija, no sé que te diga. He hecho lo imposible, pero Fernando es hombre muy caprichoso.

—Yo ahora he pensado marcharme un poco de tiempo con mis padres, a la Lechucilla para descansar— si es posible— y reponer fuerzas. Si mientras tanto Fernando reflexiona y vuelve a la normalidad; yo me vengo con él. Si no, pienso pedir el reingreso en mi escuela y hacer mi vida con decoro y con dignidad. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien. Ya se lo comunicaré a Fernando.

María de los Dolores estaba muy atareada aquella mañana haciendo sus maletas. Suena el timbre. Y, al abrir la puerta, se encuentra con Gilberto.

—¿Tú?

—Yo ¿Te extraña?

—Vengo a hacerte una corta visita, María de los Dolores.

—Se te agradece, Gilberto.

—¿Estás preparando las maletas? ¿A dónde te vas?

—Por lo pronto a la Lechucilla.

—¿Con él?

—¡Con él! Ni adiós le diré al infame. ¡Cómo me he acordado de ti últimamente! ¡Si te hubiera hecho caso!

—¿Pides el reingreso en la escuela?

—Ya lo he pedido. Y mientras me viene estaré con mis padres.

—Sé fuerte, Amapola.

—¡Amapola! Amapola se murió, Gilberto. Ahora solo existe la de siempre, María de los Dolores. Ese es mi verdadero nombre. El de Amapola no vino sino a aumentar mi drama y mis sufrimientos.

—Adiós, María de los Dolores. Haz lo posible por hacerte superior a tus penas.

* * *

María de los Dolores estuvo poco más de un año en su escuela de Arucas. Allí hacía una labor extraordinaria. Parecía que se hallaba fuerte de salud. Que se había forjado un ideal y que en todo momento lo servía con lealtad y con alegría.

Pero su cuerpo era débil. Las fuerzas comenzaron a faltarle. Consultó con varios médicos y le recomendaron que no trabajara y que se alimentara muy bien.

Llegó un momento en que ya no pudo atender la Escuela. Las circunstancias y los dolores la dominan. Se despidió de sus queridas niñas. Y de sus madres con lágrimas en los ojos.

Llegó a la Lechucilla agotada por una enfermedad que ningún médico podía diagnosticar. En la Lechucilla

fué recibida como una heroína. Todos la colmaban de atenciones.

María de los Dolores murió como mueren las amapolas, al ser besadas por un rayo de sol. Suavemente. Sin dar un quejido. Perdiendo sus colores y gracias.

María de los Dolores fue acompañada al cementerio de la Vega de San Mateo por el pueblo entero, dando Gilberto un espectáculo muy emotivo.

Cuando el féretro fue colocado en el suelo, Gilberto se acercó y postró de hinojos junto a él y le ofreció un ramo de encendidas amapolas que besó al colocarlas junto a su rostro.

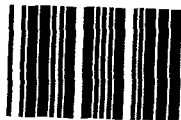
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
COMPUESTO EN TIPO ELZEVIANO
DEL CUERPO NUEVE, EN LA
IMPRESA «LEZCANO», EL
DÍA XXI DE JUNIO
DE MCMLXIX



OBRAS DEL MISMO AUTOR

- I.—*Terminología Gramatical*. 1936
II.—*Horacio (El hombre. El artista. El filósofo. El ciudadano)*. 1936.
III.—*A Vuela Pluma. (Selección de artículos)*. 1939.
IV.—*Poesía del Mar. (Premio Nacional)*. 1947.
V.—*La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote*. 1948.
VI.—*Virgilio y el Mar*. 1946.
VII.—*Ortodoxia de Cervantes. (Conferencia)*. 1948.
VIII.—*La Cueva de Montesinos. (Conferencia)*. 1948.
IX.—*Ratos perdidos*. 1949.
X.—*Farología*. 1952.
XI.—*El Mar en la vida y las obras de Cervantes*. 1952.
XII.—*Menéndez Pelayo y Cervantes* 1957.
XIII.—*Sobre las Cumbres y sobre el asfalto*. 1962.
XIV.—*Mariela* 1962.
XV.—*¿Oro en la Cumbre?* 1963.
XVI.—*La isla de los canes*. 1964.
XVII.—*Silda*. 1965.
XVIII.—*Atamaraseid*. 1966.
XIX.—*El Recluta*. 1966.
XX.—*Luis Ordóñez y «El Monstruo»*. 1967.
XXI.—*La Insula de Sancho en el Reino de Don Quijote. (Ensayo)* 1967. II Edición.
XXII.—*Las Camelias*. 1969.
XXIII.—*Amapola*. 1969.

ULPGC.Bibliot



*623890

BIG 860-3 S